DON CÁRLOS

INFANTE DE ESPAÑA.

POEMA DRAMÁTICO

DE

FEDERICO DE SCHILLER.

TRADUCIDO

DEL ORIGINAL ALEMAN.

MÁLAGA:—1860.

LIBRERIA UNIVERSAL,
Puerta del Mar, números 15 al 22.

13 Enero 1861

DON CÁRLOS.

[342:1]

DON CÁRLOS

INFANTE DE ESPAÑA.

POEMA DRAMÁTICO

DE

FEDERICO DE SCHILLER.

TRADUCIDO

DEL ORIGINAL ALEMAN.

MÁLAGA.—1860.

LIBRERIA UNIVERSAL.
Puerta del Mar, números 15 al 22.

Es propiedad de D. Francisco de Moya, para los efectos de la ley.

Imp. de Gil de Montes.

860.82
Sp24
v.342

REMOTE STORAGE

Á LOS ALEMANES

residentes en esta ciudad,

dedica este trabajo en la fiesta celebrada en honor de SCHILLER, *el centésimo aniversario de su nacimiento*

El Traductor.

Málaga 11 de Noviembre de 1859.

y este ejemplar á su amigo
el Sr. Dn. José Sanchez
en testimonio de gratitud
por haberse encargado de la
penosa corrección de pruebas.

R. F. S.

Digitized by the Internet Archive
in 2020 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/doncarlosinfante00schi_0

AL LECTOR.

«Dos son las opiniones, que corren acerca de la traduccion de »poetas; algunos críticos quieren que se hagan siempre en verso, »otros sostienen que no se han de hacer sino en prosa; la verdad »es, que unos y otros tienen razon. La traduccion en prosa dá »idea de todo lo que dijo el poeta; pero le falta la música con »que acompañó sus ideas, en la traduccion en verso se conserva »la música; pero la fidelidad al testo desaparece á menudo; no »es posible en el verso la exactitud de la prosa.»

J. E. Hartzenbusch.

Cuando la circunstancia de celebrarse en Málaga el aniversario del nacimiento de Schiller (*) trajo á la memoria de mis amigos esta traduccion, hecha en mi primera juventud, no quise negarme á que se imprimiera, apesar de su escaso mérito, porque en esa ocasion, era *este* el mejor testimonio que yo podia dar de mi admiracion hacia este poeta, y porque me parecia, que aun faltando á mi traduccion la armonía, con que el autor acompañó sus pensamientos, las ideas nobles y elevadas que contiene, aun despojadas de la mágia de una diccion pura, bastaban á interesar vivamente á todo el que no sea insensible á lo noble, á lo bello.

Las lenguas de una misma familia, pueden traducirse fácilmente entre sí; pero es casi imposible (aun prescindiendo de mi insuficiencia) hacer en español ú otra lengua latina, completa justicia á la literatura alemana, no solo por su índole enteramente distinta, sino tambien, porque reflejándose el espíritu de una nacion en el idioma, es tan difícil amoldar sin menoscabo la poesía de los pueblos del Norte á la de los del Sur, como distintos son sus caractéres, y como dice un autor: *Una melodía compuesta para un instrumento, no puede ejecutarse con igual éxito en otro de distinto género*, mucho menos si, como en este caso, se traduce en prosa, una obra escrita en verso.

Estas reflexiones me hacen ver claramente, cuan superior á mis fuerzas ha sido esta empresa. Pueda mi atrevimiento hallar al menos disculpa en la poca edad que no reflexiona, y en la verdadera admiracion, que enjendra siempre el deseo de comunicar á otros lo que uno siente, ya que no me lisonjeo de haber hecho mas que allanar el camino, para que otros con mejor éxito, hagan mas justicia al autor y dén mayor agrado al público.

El Traductor.

(*) *El dia 11 de Noviembre de 1859 centésimo aniversario del nacimiento del poeta mas popular de Alemania, ofreció aquel pais el magnífico espectáculo de reunir á todos sus hijos aun los que residen en los mas remotos paises, en un mismo sentimiento de cariño y admiracion hacia su inmortal Schiller. Ese dia no pasó desapercibido para Málaga, pues los alemanes residentes en esta ciudad, dispusieron una modesta fiesta para solemnizarlo.*

PERSONAGES.

Felipe II, *Rey de España.*
Isabel de Valois, *su esposa.*
D. Cárlos, *Príncipe de Asturias.*
Alejandro Farnesio, *Príncipe de Parma, sobrino del Rey.*
Clara Eugenia, *Infanta, de edad de tres años.*
La Duquesa de Olivares, *Camarera mayor.*
» Marquesa de Mondejar.
» Princesa de Eboli.
» Condesa de Fuentes.
} Damas de la Reina.
El Marqués de Posa, *caballero de la órden de Malta.*
» Duque de Alba.
» Conde de Lerma, *capitan de las guardias de Corps.*
» Duque de Feria, *caballero de la órden del Toison de oro.*
» » de Medina Sidonia, *almirante.*
D. Raimundo de Tariz, *director general de postas.*
} Grandes de España.
Fray Domingo, *confesor de la Reina.*
El Inquisidor general.
» Prior de un convento de cartujos.
Un page de la Reina.
D. Luis Mercado, *médico de Cámara.*
Damas, Grandes de España, Pages, Oficiales, guardias de Corps y varias personas que no hablan.

ACTO PRIMERO.

Jardin real de Aranjuez.

ESCENA I.

CÁRLOS *y* FRAY DOMINGO.

FR. DOM. La hermosa temporada de Aranjuez ha pasado ya, y vuestra alteza real no regresará de estos sitios con mas alegria. Hemos estado aquí en vano. Romped ese silencio enigmático, abrid, príncipe mio, vuestro corazon al corazon de un padre. El monarca no puede pagar nunca demasiado cara la tranquilidad de un hijo, de un hijo único.

(Cárlos *baja los ojos y permanece en silencio.)*

¿Habría todavia algun deseo, que el cielo no hubiese concedido al mas favorecido de sus hijos? Yo estaba presente cuando en los muros de Toledo, el altivo Cárlos recibió el homenaje de sus pueblos, cuando los príncipes se apresuraban á besarle la mano, y en una sola... una sola genuflexion, tenia seis reinos postrados á sus piés. Yo estaba allí, y veia esa jóven y noble sangre animar su rostro, levantarse el pecho lleno de altos proyectos, y la vista ébria de alegria vagar por la multitud; entonces, príncipe, esa mirada decia: «estoy satisfecho.» (Cárlos *se vuelve hácia el otro lado.)* Esa pena silenciosa, que hace ocho meses leemos en vuestros ojos, enigma de la córte é inquietud del reino, ha costado ya bastantes noches de insomnio á Su Magestad, bastantes lágrimas á vuestra madre.

CARLOS. *(Volviéndose con viveza.)* A mi madre ¡Oh cielos, haced que olvide, cómo vino á ser mi madre!

FR. DOM. ¡Príncipe!...

CARLOS. *(Pensativo se pasa la mano por la frente.)* Reverendo padre... He tenido mucha desgracia con mis madres. Mi primera accion al venir al mundo, fué un parricidio.

FR. DOM. ¿Y es posible, príncipe, que ése suceso pueda aun inquietar vuestra conciencia?

CARLOS. ¿Y mi nueva madre, no me ha costado ya el cariño de mi padre? ¡Él, que apenas me amaba!... Todo mi mérito consistia en ser hijo único. Ahora ya tiene una hija y... ¡oh! ¿quién sabe lo que dormita en el fondo del porvenir?

FR. DOM. ¿Os burlais, príncipe? La España entera adora á su reina. Y seriais vos el único que la mirase con ódio, el único que al contemplar sus encantos no escuchase sino la fria razon? ¿Cómo, príncipe? La muger mas hermosa del mundo, reina, y en un tiempo vuestra prometida?... No, eso no puede ser; vos no podeis ser el único que aborrezca á quien todos aman. Cárlos no se contradice de un modo tan estraño. Tened cuidado, príncipe, que ella no sepa cuan poco agrada á su hijo: eso la afligiria.....

CARLOS. ¿Lo creeis así?..

FR. DOM. Vuestra alteza recordará los últimos torneos de Zaragoza, en los que la astilla de una lanza hirió á nuestro soberano. La reina con sus damas presenciaba, desde el balcon del palacio, este combate. De repente se oye el grito de «El rey está herido». Todos se alarman, y este rumor llega á los oidos de la reina. «¿Quién? ¿El príncipe?» esclamó ella echándose sobre el balcon, como si fuese á precipitarse de él. «¿El príncipe?»... No, es el rey mismo, responden... «Que llamen á los médicos», dijo entonces cobrando aliento. *(Despues de una corta pausa).* ¿Estais pensativo?

CARLOS. Estoy admirando la habilidad del régio confesor, en narrar cuentos ingeniosos. *(Con tono sério y magestuoso).* Siempre he oido decir, que los espias y los chismosos han causado en este mundo mas daño, que el puñal ó el veneno, en manos de un asesino. Ese trabajo, Señor, os lo podiais haber ahorrado. Si esperais favores, id al rey.

FR. DOM. Haceis muy bien, príncipe mio, en ser circunspecto con los hombres; pero debeis diferenciarlos y no rechazar

al amigo por el adulador. Mis intenciones para con vos son buenas.

CARLOS. En ese caso, evitad que el rey lo sepa, si quereis obtener aun la púrpura.

FR. DOM. *(Sorprendido.)* ¿Cómo?...

CARLOS. ¿Acaso, no os ha prometido la primera que dé España?

FR. DOM. ¿Os burlais, príncipe?

CARLOS. Dios me libre de burlarme del hombre temible, que puede decretar la salvacion ó la condenacion de mi padre.

FR. DOM. No es mi ánimo, príncipe, penetrar en el augusto secreto de vuestra pena. Solo ruego á vuestra alteza no olvide, que la Iglesia ofrece un asilo á las conciencias inquietas, donde los monarcas no tienen acceso, y donde hasta crímenes yacen sepultados bajo el sello del sacramento. Vos no ignorais á lo que aludo. He dicho bastante.

CARLOS. No, lejos de mí, el tentar asi al depositario de ese sello.

FR. DOM. ¡Esa desconfianza, príncipe!.. Desconoceis al mas fiel de vuestros servidores.

CARLOS. *(Tomándole la mano.)* Mas vale que no os ocupeis mas de mí. Sois un hombre santo, nadie lo ignora; pero francamente, teneis demasiado en que pensar, para ocuparos de mí. Vuestro camino á la Silla de San Pedro, reverendo padre, es el mas torcido. El mucho saber puede estorbaros. Decid esto al rey que os envió aqui.

FR. DOM. ¿Qué me envió aquí?

CARLOS. Lo he dicho. Demasiado bien sé, que estoy vendido en esta córte; sé que hay mil ojos pagados para espiarme; que el rey D. Felipe ha vendido á su hijo único al último de sus esclavos, y que cualquiera sílaba que de mis lábios se escape, es pagada como nunca lo fué una buena accion. Sé..... ¡Oh, basta, basta! el corazon quiere desbordarse, y ya he dicho demasiado.

FR. DOM. El rey ha resuelto estar de vuelta en Madrid, antes que anochezca; ya se reune la córte. Puedo tener el honor, príncipe...

CARLOS. Bien... Ya os sigo. (Domingo *sale. Despues de un*

corto silencio.) ¡Infortunado Felipe, digno de compasion como tu hijo! Veo ya tu corazon desgarrado por el gusano roedor de la sospecha. Tu malhadada curiosidad apresura un descubrimiento terrible, que te pondrá fuera de tí, cuando lo hagas.

ESCENA II.

CÁRLOS, *el* MARQUÉS DE POSA.

CARLOS. ¿Quién viene?.... ¿Qué veo? ¡Oh Dios mio, es mi Rodrigo!

MARQ. ¡Cárlos!

CARLOS. ¿Pero es posible? ¿Es verdad? ¿Eres realmente tú?... ¡Oh sí, tú eres! Te estrecho en mis brazos, y siento tu corazon latir contra el mio. ¡Ahora, ya acabó todo! Mi enfermo corazon recobra su alegria. Descanso en el seno de mi Rodrigo.

MARQ. ¿Vuestro enfermo carazon? ¿Y qué es lo que ya acabó, lo que debió acabar? Vuestras palabras me sorprenden.

CARLOS. ¿Y qué te trae tan inesperadamente de Bruselas? ¿A quién debo esta sorpresa? ¿A quién? ¿Y aun pregunto?... ¡Perdona esta blasfemia al esceso de mi alegria, Divina Providencia! ¿A quién podria agradecerla sino á tí, Dios de bondad? Tú sabias que ningun ángel velaba por Cárlos, y me enviastes este; y aun me atrevo á preguntar?

MARQ. Perdon, querido príncipe, si solo mi consternacion corresponde á estos ardientes arrebatos. No esperaba yo encontrar así al hijo de Felipe. Un encarnado demasiado vivo inflama vuestras pálidas mejillas, y tiemblan vuestros lábios con movimiento febril. ¿Qué debo yo pensar de esto, querido príncipe? Este no es el jóven de corazon á quien un pueblo oprimido, pero heróico me envia, pues ahora no estoy aquí como Rodrigo, como el camarada de Cárlos, cuando niño, es un diputado de la humanidad entera quien os estrecha ahora en su seno; las provincias flamencas son las que lloran á vuestros piés, y solemnemente os piden, que las salveis. Cierta es la perdicion de ese pueblo querido, si Alba, representante del fanatismo, marcha á Bruselas para gobernar con leyes españo-

las. En el glorioso nieto de Cárlos V, funda ese noble pueblo su única esperanza. Él sucumbe, si vuestro generoso corazon cesa de latir por la humanidad.

CARLOS. Y sucumbirá.

MARQ. ¡Ay de mí! ¡Qué escucho!

CARLOS. Tú hablas de tiempos que fueron. Yo tambien he soñado con un Cárlos, cuyas mejillas se enardecian al grito de libertad, pero ese yace enterrado largo tiempo há. El Cárlos que ves aquí, ya no es aquel que se separó de tí en Alcalá, y que en dulce embriaguez presumió renovar algun dia en España la edad de oro. ¡Oh! aquella era una ilusion de niño, pero sin igual hermosa..... ¡Huyeron esos ensueños!

MARQ. Ensueños, príncipe? ¿No fueron mas que ensueños?

CARLOS. Déjame llorar en tu seno, llorar ardientes lágrimas, único amigo mio. Yo no tengo á nadie en el vasto circuito de la tierra, á nadie. En todos los paises á que se estiende el poder de mi padre, en todos los paises á que llevan nuestros buques el pabellon español, no hay un solo lugar, ninguno, ninguno, donde pueda dar curso á mis lágrimas mas que este. ¡Oh Rodrigo, por todo lo que tú y yo esperamos en el cielo, no me arrojes de tu corazon. (Posa *se inclina sobre él, en silenciosa emocion).* Figúrate que soy un huérfano, que recogiste piadosamente al pié de un trono. Pues en efecto, ignoro lo que es tener padre. Soy el hijo de un rey... Oh, si es verdad, como me lo dice el corazon, que de millones de hombres, tú eres el elegido para comprenderme; si es verdad, que la creadora naturaleza reprodujo en Cárlos á Rodrigo, y en la dorada mañana de nuestra vida ajustó á una misma clave, las delicadas armonias de nuestras almas; si una lágrima que alivia mi corazon te es mas grata que el favor de mi padre.....

MARQ. Y mas grata que todo en el mundo.

CARLOS. He decaido tanto, me he empequeñecido en términos de que necesito recordarte los primeros años de nuestra infancia, y reclamar el pago de la deuda que contrajiste, cuando creciamos juntos como hermanos. Nada turbaba entonces mi dicha, sino el verme eclipsado por tu superioridad, y porque me faltaban las fuerzas para igualarte, resolví amarte ilimitadamente. Entonces te empecé á importunar con mi amor fraternal, que tú, de altivo corazon

me devolvias friamente. ¡Cuántas veces, aunque tú nunca lo observastes, se llenaban mis ojos de lágrimas, al verte abrazar á muchachos de nacimiento mas humilde, desentendiéndote de mí! ¿Por qué solo á estos? preguntaba yo entristecido. ¿Acaso te profesan mas cariño que yo? Pero tú, postrándote ceremoniosamente ante mí, decias: «esto es lo que corresponde al hijo de un monarca.»

MARQ. No traed, príncipe, á mi memoria, esas historias infantiles, que todavia me ruborizan.

CARLOS. No merecia yo tanto desden. Pudiste despreciarme, lastimar mi corazon, pero no alejarlo de tí. Tres veces rechazastes al príncipe, y tres veces volvió á implorar tu cariño, y á instarte aceptases el suyo. A una casualidad debí, lo que habia intentado en vano. ¿Te acuerdas del dia, en que jugando, tu volante dió en la cara á la reina de Bohemia, mi tia? Ella creyó, que habia sido con intencion, y enojada se quejó al rey. Toda la juventud de palacio se reunió para averiguar quien era el culpable. Indignado mi padre, jura castigar esta insolente accion del modo mas terrible, y aunque fuese en su propio hijo. Yo miré á mi alrededor, y te ví á lo léjos temblando. Al momento me echo á los piés del rey, diciéndole: «yo soy, yo soy el culpable, véngate en tu hijo.»

MARQ. ¡Ah! ¿qué me recordais, príncipe?

CARLOS. Mi padre cumplió su promesa. Ante la córte entera, que conmovida me rodeaba, me castigaron como á un esclavo. Pero yo te miraba, y no lloraba. El dolor me hacia rechinar los dientes, y tampoco lloraba. Mi sangre real corria vergonzosamente bajo inclementes golpes. Yo te miraba, y no lloraba. Entonces te arrojastes á mi cuello, y me dijistes sollozando: «mi orgullo está humillado. Yo te pagaré cuando seas rey.»

MARQ. *(Tendiéndole la mano.)* Y así lo haré, Cárlos. Ese juramento de niño, lo renuevo ahora como hombre. Yo te pagaré. Tambien llegará mi hora.

CARLOS. Ya, ya ha llegado, no la retardes mas. Ya llegó el tiempo en que puedes cumplirlo. Yo necesito de un amigo. Un horrible secreto devora mi corazon. Es preciso, es preciso, que salga de mi seno. En tu pálido rostro voy á leer mi sentencia de muerte... Oye... estremécete... y no repliques nada... Yo amo á mi madre.

MARQ. ¡Oh Dios mio!

CARLOS. ¡No, no quiero indulgencia! Dí, dí, que en este vasto mundo, no hay desgracia que se parezca á la mia, habla. Lo que tu puedes decirme, lo adivino ya. ¡El hijo ama á su madre! Las costumbres del mundo, el órden de la naturaleza y las leyes de Roma condenan esta pasion. Mis deseos chocan terriblemente con los derechos de mi padre. Yo siento todo esto esto y sin embargo amo. Este camino, solo conduce á la locura ó al cadalso. Yo amo sin esperanza... criminalmente... con las ansias de un moribundo y con peligro de mi vida... Veo, conozco todo esto, y sin embargo amo...

MARQ. ¿Sabe la reina que abrigais esa pasion?

CARLOS. ¿He podido acaso revelársela? Ella es la esposa de Felipe, es la reina, y estamos en suelo español. Vijilado por los celos de mi padre, rodeado por todas partes de la etiqueta, ¿cómo era posible acercarme á ella sin testigos? Ocho meses han pasado ya, ocho meses infernales, desde que el rey me mandó llamar de mis estudios, y que estoy condenado á verla, y á callar como un muerto. Ocho meses infernales, Rodrigo, que este fuego devora mi pecho, que esta terrible confesion se acerca mil veces á mis lábios, pero tímida y cobarde retrocede al fin al corazon. ¡Oh Rodrigo!.. Un breve momento en que pudiera verla sin testigos, bastaria...

MARQ. ¡Pensad en vuestro padre, príncipe!

CARLOS. ¡Infeliz! ¿á qué traerlo á mi memoria? ¡Háblame de los mayores tormentos de la conciencia, pero no me hables de él!

MARQ. ¿Le aborreceis por ventura?

CARLOS. ¡Oh no, no, no le aborrezco; pero el terror, la ansiedad de un criminal se apoderan de mí, al oir ese nombre! ¿Es culpa mia, si una educacion servil ahogó en mi jóven corazon el tierno gérmen del amor? Contaba ya seis años, cuando ví por primera vez á ese hombre tan temido, que llaman mi padre. Aquel dia habia firmado de una sola plumada cuatro sentencias de muerte. Desde entonces nunca le he visto, sino cuando por mis faltas me anunciaban algun castigo. ¡Oh Dios mio! mi lengua empieza á ser amarga... Vámonos, vámonos de aquí...

MARQ. No, príncipe. Ya es preciso desahogueis vuestra pena. Las palabras alivian al corazon oprimido.

CARLOS. ¡Cuántas veces he luchado conmigo mismo! ¡Cuántas

veces á media noche, mientras dormian profundamente mis guardias, me postraba bañado en lágrimas ante la imágen de la purísima Virgen, é imploraba con fervor me diese un corazon filial... pero en vano, siempre me he levantado, sin ser oido. ¡Oh Rodrigo, esplícame este portentoso misterio de la Providencia. ¿Por qué, entre miles, darme justamente á mí este padre, y por qué este hijo á él, entre mil otros mejores? No podia la naturaleza encontrar en sus vastos orbes dos séres mas opuestos, ni mas incompatibles. ¿Cómo ha podido unir estos estremos del género humano con un lazo tan sagrado? ¡Oh suerte infausta! ¿Por qué ha de suceder así? ¿Por qué dos seres que se evitan sin cesar, han de encontrarse tan terriblemente en un mismo deseo? Tu ves, Rodrigo, dos astros enemigos, que en el curso entero de los tiempos, solo una vez se encuentran en sus oblícuas órbitas y destruyéndose, se alejan para siempre uno del otro.

MARQ. ¡Presiento un accidente desastroso!

CARLOS. Yo tambien. Como furias del abismo, me acosan sueños espantosos, y en un mar de dudas lucha mi espíritu con horrorosos designios. Mi sutileza se arrastra por un laberinto de sofismas, hasta pararse en el borde del abismo. ¡Oh Rodrigo! si llegase á desconocer en él al padre... veo en la palidez mortal de tu rostro, que me has comprendido; si llegase á desconocer en él al padre, ¿qué seria el rey para mi?

MARQ. (*Despues de una pausa.*) ¿Puedo atreverme á hacer una súplica á mi Cárlos? Cualesquiera que sean vuestros planes, prometedme que no emprendereis nada, sin consultar á vuestro amigo. ¿Me lo prometeis?

CARLOS. ¡Todo, todo lo que me imponga tu cariño! Me echo enteramente en tus brazos!

MARQ. Segun dicen, el monarca quiere volver á la capital. El tiempo es corto. Si quereis hablar á solas con la reina, solo aquí en Aranjuez puede ser. La calma de estos sitios, las costumbres mas libres del campo, favorecen...

CARLOS. ¡Esas eran mis esperanzas, pero vanas por desgracia!

MARQ. No del todo. Voy al momento á presentarme á la reina. Si ella es la misma en España, que en la corte de Enrique, hallaré franqueza. Si puedo leer en sus miradas alguna esperanza para Cárlos, si la encuentro dispuesta á una entrevista y logro alejar sus damas!....

CARLOS. Las mas de ellas están de mi parte. Sobre todo la marquesa de Mondejar es muy amiga mia, por tener de page á mi servicio un hijo suyo.

MARQ. Tanto mejor. Estad pues por aquí cerca, y pronto á salir á la primera señal que yo haga.

CARLOS. Bien, bien; pero no me hagas esperar mucho.

MARQ. No perderé un momento; el cielo os guarde, príncipe. *(Salen por diferentes lados.)*

ESCENA III.

(Sitio campestre, atravesado por una alameda que linda con la quinta de la reina.)

La REINA, *la* DUQUESA DE OLIVARES, *la* PRINCESA DE EBOLI, *la* MARQUESA DE MONDÉJAR, *que bajan por la alameda.*

REINA. *(A la marquesa.)* A vos, marquesa, quiero teneros á mi lado. Los ojos alegres de la princesa me han mortificado toda la mañana. Ved, apenas puede ocultar su alegria, porque dejamos el campo.

EBOLI. No puedo negar, reina mia, que vuelvo á Madrid con mucho gusto.

MOND. ¿Y Vuestra Magestad siente tanto dejar á Aranjuez?

REINA. Al menos siento dejar este hermoso sitio. Aquí estoy como en mi elemento, y desde largo tiempo he escogido por favorito este parage. Aquí me saluda esa naturaleza rústica de mi pais, íntima amiga de mis primeros años, aquí hallo de nuevo los juegos de mi niñez, y respiro los dulces aires de mi Francia. Disculpad mi parcialidad, el corazon siempre nos inclina hácia la patria.

EBOLI. Pero qué solitario, qué triste y muerto está todo esto! Se creeria una en la Trapa.

REINA. Al contrario, en Madrid es donde todo lo encuentro triste. Pero qué dice á esto nuestra duquesa?

OLIV. A mí me parece, señora, que desde que hay reyes en España, siempre fué costumbre pasar un mes aquí, otro en el Pardo, y el invierno en Madrid.

REINA. Teneis razon, duquesa, ya sabeis que nunca disputo con vos.

MOND. Y que animado estará Madrid, dentro de poco! Ya es-

tan arreglando la Plaza Mayor para las corridas de toros, y tambien nos han prometido un auto de fé.

REINA. Nos han prometido! ¿Es la dulce Mondejar, quien así habla?

MOND. Y porque nò? si no queman mas que á hereges.

REINA. Yo espero que la princesa pensará de otro modo.

EBOLI. ¿Yo? Suplico á vuestra Magestad no me tenga por menos cristiana que la marquesa de Mondejar.

REINA. ¡Ah olvido donde estoy! Basta ya de esto. Si no me engaño, hablábamos del campo. Este mes ha pasado admirablemente pronto. Yo me habia prometido mucha alegria de esta jornada, y no he encontrado lo que esperaba. ¿Sucede esto siempre con nuestras esperanzas? Y con todo, no hay deseo que no se me haya cumplido.

OLIV. Princesa de Eboli, aun no nos habeis dicho si hay esperanzas para Gomez, y si podremos acompañaros pronto á vuestros desposorios.

REINA. Es verdad; me alegro que me lo recordeis, duquesa. (*A la princesa.*) Me han suplicado que interceda por él ¿Pero como puedo yo hacerlo? El hombre, á quien yo recompense con mi Eboli, ha de ser un hombre digno de ella.

OLIV. Lo es, señora, es un hombre respetable, honrado, como es notorio, con el augusto favor de nuestro monarca.

REINA. Eso lo hará seguramente muy feliz. Sin embargo, lo que nosotros queremos saber es, si él sabe amar y si es acreedor á ser correspondido; eso lo dirá la princesa.

EBOLI. (*Permanece inmóvil y confusa con los ojos bajos, al fin se echa á los pies de la Reina.*) Generosa Reina, por Dios, no permitais que sea sacrificada!

REINA. ¿Sacrificada? Basta, levantaos. Es una suerte muy dura el ser sacrificada, os lo creo. Alzaos. ¿Hace mucho tiempo que rechazásteis al conde?

EBOLI. (*Levantándose.*) Oh, muchos meses. El príncipe Cárlos estaba todavia en la universidad.

REINA. (*Sorprendida y mirándola de un modo indagador.*) ¿Y habeis examinado bien los motivos?

EBOLI. (*Con energía.*) Eso no podia ser, nunca, señora, nunca, por mil motivos.

REINA. (*Con gravedad.*) Mas de uno, es demasiado. Vos no le amais, esto me basta. Dejemos ya esto. (*A las otras damas.*) Todavía no he visto á la infanta, marquesa, traédmela.

OLIV. (*Mirando el reloj.*) Aun no es hora, señora.

REINA. ¿Todavía no es hora, de ser madre? ¡Eso es muy duro! No olvideis avisarme cuando llegue. (*Un page entra y habla bajo á la camarera mayor, quien luego se dirige á la reina.*

OLIV. El marqués de Posa, señora...

REINA. ¿De Posa?

OLIV. Viene de Francia y de los Paises Bajos, y solicita el honor de entregar cartas de la reina madre á Vuestra Magestad.

REINA. ¿Está eso permitido?

OLIV. (*Titubeando.*) En mis instrucciones no se ha previsto el caso extraordinario, de que un grande de Castilla llegando de una córte extrangera, venga á entregar cartas á la reina en sus jardines.

REINA. Voy pues á recibirle bajo mi responsabilidad.

OLIV. Permitidme entónces que yo me retire entretanto.

REINA. Haced lo que gusteis, duquesa. (*Sale la camarera mayor, y la reina hace una señal al page, que se vá al momento.*)

ESCENA IV.

La REINA, *la* PRINCESA DE EBOLI, *la* MARQUESA DE MONDÉJAR *y el* MARQUÉS DE POSA.

REINA. Sed bien venido al suelo español.

MARQ. Que nunca llamé mi patria con mas justo orgullo que ahora.

REINA. (*A las dos damas.*) El marqués de Posa, que en el torneo de Rheims rompió lanzas con mi padre é hizo triunfar mis colores tres veces; el primer hombre de su nacion que me hizo sentir cuan glorioso era ser reina de los españoles. (*Dirigiéndose al Marqués.*) Cuando nos vimos la última vez en el Louvre, caballero, no soñabais aun, que seríais un dia mi huesped en Castilla.

MARQ. Es verdad, augusta Reina, porque entónces no imaginaba que la Francia perderia en vos, lo único que le envidiábamos.

REINA. Altivo español! ¿Lo único?—¿Y decís esto á una hija de la casa de Valois?

MARQ. Ahora me es permitido decirlo, señora, puesto que ya sois nuestra.

REINA. Segun dicen os han llevado vuestros viajes tambien á Francia. ¿Qué noticias podeis darme de mi madre, de mis queridos hermanos?

MARQ. (*Entregándole algunas cartas.*) A la reina madre la encontré enferma, apartada de todos los placeres de este mundo, escepto del de saber que su régia hija era feliz en el trono español.

REINA. ¿Puedo yo menos de serlo, al pensar en una familia tan querida, en recuerdos tan gratos?.. En vuestros viages, caballero, habeis visitado muchas córtes, habeis visto muchos paises y muy diversas costumbres, y ahora se dice pensais vivir independiente en vuestra patria como un príncipe, tan grande en sus pacíficos dominios, como el rey Felipe en su trono, como hombre libre, como filósofo... Dudo mucho que os guste la vida de Madrid. En Madrid se vive tan tranquilamente!

MARQ. Una ventaja de que no puede vanagloriarse el resto de Europa.

REINA. Sí, así dicen, yo he perdido hasta la memoria de los negocios del mundo. (*A la princesa de Eboli.*) Me parece, princesa, que veo allí un jacinto en flor; quereis cojérmelo? (*La princesa vá al sitio indicado. La reina hablando algo mas bajo al marqués.*) Mucho me engaño, si vuestra llegada a esta córte no ha hecho dichosa á una persona mas.

MARQ. Una he encontrado triste, á quien solo podia consolar en este mundo...

EBOLI. (*Volviendo con la flor.*) Como este caballero ha visto tantos paises, podrá sin duda contarnos muchas cosas interesantes.

MARQ. Ciertamente! y como es notorio, el buscar aventuras es deber de caballeros; el mas sagrado de todos, proteger á las damas.

MOND. ¿Contra gigantes? Ya no hay gigantes.

MARQ. La fuerza es siempre un gigante para el débil.

REINA. Teneis razon, aun hay gigantes, pero ya no se encuentran caballeros.

MARQ. Hace poco, volviendo de Nápoles, fuí testigo de una tierna historia, que los sagrados lazos de la amistad han hecho mia. Si el temor de molestar á Vuestra

Magestad con la narracion.....

REINA. ¿A qué titubear? La curiosidad de la princesa no perdona nada. Al hecho pues, que yo tambien soy amiga de historias.

MARQ. Dos nobles casas de Mirandola, cansadas ya de los celos y enemistades que desde muchos siglos les habian trasmitido los güelfos y gibelinos, resolvieron unirse para eterna paz, por medio de los tiernos lazos del parentesco. Fernando, sobrino del poderoso Pietro, y la hermosa Matilde, hija de Colonna, fueron los elegidos, para anudar el lazo hermoso de esta union. Nunca formó la naturaleza dos corazones mas nobles, ni mas en armonia; nunca celebró el mundo una eleccion mas feliz y acertada. Hasta entónces Fernando habia adorado á su prometida solo en retrato ¡Cómo hacia palpitar su corazon la idea de encontrar realidad lo que en sus mas ardientes ensueños apenas creia del pincel!.... En Pádua, donde sus estudios lo detenian, esperaba Fernando con impaciencia el momento feliz que le habia de permitir arrojarse á los pies de Matilde, rendirle balbuciente el primer homenage del amor. (*La reina presta mas atencion. El marqués prosigue despues de una corta pausa, dirigiéndose, en cuanto la presencia de la reina lo permite, mas á la princesa de Eboli que á ella*). Entretanto queda Pietro libre por la muerte de su esposa. El anciano oye con ardor juvenil el rumor que la fama de los encantos de Matilde difundia ¡Viene, vé y ama! Esta nueva emocion, apaga la voz de la razon. El tio solicita la mano de la muger destinada á su sobrino, y consuma su rapto en el altar.

REINA. ¿Y qué hace entónces Fernando?

MARQ. Ignorando tan terrible cambio, vuela en alas del amor, ébrio de felicidad, á Mirandola. A la luz de las estrellas alcanzó su corcel las puertas de la ciudad. El ruido de una bacanal, de dansas y músicas alegres salia del palacio, iluminado en todas sus fachadas. Sube trémulo las escaleras, y se halla en la sala nupcial; nadie le ha conocido. En medio de los huéspedes del festin, vé á Pietro y sentado á su lado un ángel. Un ángel, que él conoce, y que nunca le pareció tan hermoso, ni aun en sueños. Una sola mirada le enseña lo que poseia, le enseña, lo que para siempre perdió.

EBOLI. ¡Desdichado Fernando!

REINA. ¿Acaba ahí la historia, caballero? Debe concluir ahí.

MARQ. No del todo.

REINA. ¿No dijísteis que Fernando era vuestro amigo?

MARQ. No tengo otro mas íntimo en el mundo.

EBOLI. Continuad la historia, marqués.

MARQ. El resto es muy triste, y su solo recuerdo renueva mi dolor. Permitid que concluya aquí. (*Silencio general*).

REINA. (*Dirigiéndose á la princesa de Eboli.*) ¿Ahora me será al fin permitido, abrazar á mi hija? Traédmela, príncesa. (*Esta se aleja, el marqués hace señal á un page que estará en el fondo, y que se vá al momento. La reina abre las cartas que le entregó el marqués y parece quedar sorprendida. Entretanto habla el marqués en voz baja, y con bastante animacion con la marquesa de Mondéjar. La reina despues de leer las cartas, se dirige al marqués con una mirada penetrante.*) No nos habeis dicho nada de Matilde. Tal vez ella ignora lo que sufre Fernando.

MARQ. Nadie ha sondeado aun el corazon de Matilde.... pero las almas grandes sufren en silencio.

REINA. Estais inquieto; ¿qué buscan vuestras miradas?

MARQ. Pensaba lo feliz que cierta persona, que no me es permitido nombrar, seria en mi lugar.

REINA. ¿Y quién tiene la culpa, de que no lo sea?

MARQ. (*Interrumpiéndola con viveza.*) ¿Cómo? ¿Puedo atreverme á interpretar estas palabras segun deseo? ¿Obtendria perdon, si se presentase ahora?

REINA. (*Alarmada.*) ¿Ahora, marqués, ahora? ¿Qué quereis decir con esto?

MARQ. ¿Podria esperar... podria?

REINA. (*Confusa.*) Me asustais, marqués, él no se atreverá...

MARQ. Aquí está ya.

ESCENA V.

La REINA, CÁRLOS.

(*El* marqués de Posa, *y la* marquesa de Mondéjar *se retiran al fondo.*)

CARLOS. (*Echándose á los pies de la reina.*) Por fin llegó ya

el momento en que Cárlos puede estrechar esta mano querida.

REINA. ¿Qué es esto? ¡Qué sorpresa tan culpable y temeraria! Levantaos, nos observan, mi córte está aquí cerca.

CARLOS. No me levanto... Quiero estar así eternamente, yacer encantado á vuestros pies, permanecer en esta postura...

REINA. ¡Insensato! ¿A qué desatino os lleva mi indulgencia? ¿Ignorais que es á la reina, que es á vuestra madre, á quien dirigís este atrevido lenguage? Sabeis que yo... yo misma diré al rey...

CARLOS. Aunque ya de morir. ¡Que me arranquen de aquí, para subir al cadalso! Un momento pasado en el paraiso, no se paga demasiado caro con la muerte.

REINA. Y vuestra reina?

CARLOS. ¡Dios mio, Dios mio! Voy á dejaros... ¿No he de hacerlo, si lo exigís de ese modo? ¡Madre, madre, cuán cruelmente jugais conmigo! Una señal, una sola mirada, una sola palabra de vuestros labios me dá la vida, ó la muerte! ¿Qué quereis que suceda todavia? ¿Qué hay bajo el sol, que no me apresure á sacrificar, si vos lo deseais?

REINA. ¡Huid, entónces!

CARLOS. ¡Dios mio!

REINA. Cárlos, es lo único que os pido con lágrimas, huid ántes que mis damas, ántes que mis guardias nos encuentren juntos, y lleven esta grave noticia á vuestro padre.

CARLOS. Yo espero mi destino, sea de vida ó muerte. ¡Qué! ¿he cifrado yo todas mis esperanzas en este único momento, en que os habia de ver sin testigos, para que los mas leves temores me alejen? No, señora, el mundo puede girar mil veces sobre sus ejes, antes que él acaso repita este favor.

REINA. Ni debe repetirlo nunca. ¡Infeliz! ¿Qué quereis de mí?

CARLOS. El cielo es testigo, reina mia, que yo he luchado, como jamás luchó mortal. Ha sido en vano. Mi valor desfallece. Yo sucumbo.

REINA. Basta ya de esto, por mi reposo...

CARLOS. Vos erais mia, reconocida por tal ante la faz del mundo por dos coronas poderosas; vos estábais destinada para mí por el cielo y la naturaleza, pero mi padre me ha robado ese don precioso.

REINA. Es vuestro padre.

CARLOS. Y vuestro esposo.

REINA. Que os dá por herencia el mayor reino de la tierra.

CARLOS. Y á vos por madre.

REINA. ¡Gran Dios!... Estais delirando...

CARLOS. Y sabe él acaso lo que posee? ¿Es su corazon capaz de comprender y apreciar el vuestro? No, no quiero quejarme, olvidaria lo inefablemente feliz que hubiera sido á vuestro lado, con tal que él lo fuese. Pero no lo es... Ahí está mi infernal tormento. El no lo es, ni lo será nunca. ¡Hado cruel, tu me quitastes mi felicidad para destrozarla en los brazos de Felipe!

REINA. Pensamiento abominable!

CARLOS. ¡Oh, bien sé, quien arregló este enlace, sé como D. Felipe puede amar y como cortejó. ¿Quién sois vos en este reino? Decidmelo ¿Sois por ventura regente? Oh no, imposible, pues si vos lo fuéseis, como podria un Alba hacer tal carnicería? ¿Cómo podria Flandes desangrarse mártir de su fé? ¿Sois la muger de D Felipe? Imposible, no lo puedo creer. Una muger posée el corazon de su marido y ¿á quién pertenece el suyo? ¿Si en un acceso fébril, se le escapa acaso una caricia, no le pide perdon á su cetro y á sus canas?

REINA. ¿Quién os ha dicho que mi suerte al lado de Felipe, sea digna de compasion.

CARLOS. Mi corazon que siente vivamente, cuan digna de envidia hubiera sido á mi lado.

REINA. ¡Que vanidad! ¿Y si mi corazon me dijese lo contrario? ¿Si la ternura respetuosa de Felipe y el mudo lenguaje de su amor, me llegasen mas al alma que la arrogante elocuencia de su altivo hijo? Si el respeto madurado de un anciano.....

CARLOS. Eso es otra cosa. Ah, entonces, entonces, perdon. Yo ignoraba,... yo no sabia que amabais al rey.

REINA. Honrarle es mi deber y mi deseo.

CARLOS. ¿Vos nunca habeis amado?

REINA. ¡Pregunta singular!

CARLOS. ¿No habeis amado nunca?

REINA. Yo no amo yá.

CARLOS. Porque así lo manda vuestro corazon, vuestro juramento

REINA. Dejadme, príncipe, y no volvais nunca á anudar esta conversacion.

CARLOS. ¿Por que así lo manda vuestro corazon, ó vuestro juramento?

REINA. Porque mi deber... ¡Infeliz! ¿á qué este análisis del destino, á que ambos debemos obedecer?

CARLOS. ¿Debemos... debemos obedecer?

REINA. ¿Qué significa ese tono tan solemne?

CARLOS. Significa, que no es mi ánimo ceder al deber, cuando tengo derecho á querer. Que no estoy resuelto á ser el mas desgraciado del reino, cuando no me costaria mas, que derrocar las leyes, para ser el mas feliz.

REINA. ¿Os he comprendido? ¿Aun esperais, y aun os atreveis á esperar, cuando ya todo, todo está perdido?

CARLOS. Yo no doy nada por perdido, sino á los muertos.

REINA. ¿Y esperais de mí? ¿de vuestra madre? *(Le mira por algun tiempo de un modo penetrante. Despues continúa con dignidad y serenidad.)* Oh! y porque nó? El recien elegido monarca puede ir aun mas léjos, puede arrojar al fuego las disposiciones del que le precedió, destruir sus monumentos, y hasta puede... ¿quién lo impide? sacar los restos del difunto del reposo del Escorial, y esparcir por los vientos las profanadas cenizas; puede, para concluir dignamente...

CARLOS. ¡Por Dios, no continueis!

REINA. Casarse con su madre.

CARLOS. ¡Hijo maldecido! *(Permanece un momento inmóvil y mudo.)* Sí, ya acabó todo, ahora acabó todo! ahora veo claramente, lo que hubiera debido quedar eternamente oculto para mí. Vos no existís para mí. La suerte está echada. Yo os he perdido para siempre, eternamente. Oh! en este pensamiento está el infierno, y el infierno tambien, en saber que otro os posee. ¡Ay de mí! Yo no puedo soportarlo, no puedo comprenderlo, y las fibras de mi corazon estallan.

REINA. Querido Cárlos, sois digno de compasion. Yo siento, cual vos, toda la intensa pena que os devora. Ese dolor es, como vuestro amor, infinito. Infinita tambien será la gloria de vencerle. Luchad con él, hasta lograrlo. El premio es digno de tan noble y fuerte campeon, cuyo corazon encierra las virtudes de tantos reyes, sus antepasados. Acordaos de ellos, y sed hombre, noble príncipe. El nieto del gran Cárlos, empieza á luchar con nuevas fuerzas, donde los demas mortales sucumben sin aliento.

CARLOS. Dios mio, ya es tarde!

REINA. ¿Tarde para ser hombre? ¡Oh Cárlos, cuán guande se ostenta la virtud, cuando vence al corazon! La Providencia os ha colocado muy alto... mas alto, príncipe, que á millones de vuestros hermanos. Parcialmente ha dotado á su favorecido de lo que privó á otros, y estos preguntan «¿Qué mérito contrajo ese, para aun en el seno de su madre, ser ya mas que nosotros?» ¡Animo, pues! Justificad el favor del cielo, y haceos digno de estar á la cabeza del mundo. Sacrificad, lo que nadie sacrificó hasta ahora.....

CARLOS. Capaz soy de hacerlo... Para hacerme digno de vos, tengo fuerzas de gigante; para perderos, me faltan.

REINA. Confesadlo, Cárlos. Es arrogancia, amargura, orgullo lo que os atrae tan locamente á vuestra madre. Ese amor, y ese corazon, que me sacrificais con tanta prodigalidad, pertenece á las naciones, que gobernareis un dia. Ved ahí, vos disipais los bienes confiados á vuestra tutela. El amor es vuestra alta vocacion. Hasta ahora se ha estraviado, dirigiéndose á vuestra madre. Devolvedlo á vuestros futuros reinos, y sentid, en vez de los remordimientos de la conciencia, el deleite de ser como un Dios. Isabel fué vuestro primer amor... que España sea el segundo ¡Con cuanta mas voluntad, elegiria yo á esta segunda amante!

CARLOS. *(Lleno de emocion se echa á sus piés.)* ¡Oh que grande sois, celestial criatura! Sí, voy á hacer cuanto deseais... Así sucederá. *(Levantándose.)* Aquí estoy en manos del Todopoderoso, y os juro un eterno... ¡gran Dios!.. un eterno silencio, pero no un eterno olvido.

REINA. ¿Cómo podria yo exigir de Cárlos, lo que yo misma no puedo cumplir?

MARQ. *(Viniendo de prisa por la alameda.)* ¡El rey!

REINA. ¡Dios mio!

MARQ. Idos de estos sitios, príncipe.

REINA. Sus sospechas serán terribles, si os llega á ver.

CARLOS. Me quedo.

REINA. ¿Y quién será entónces la victima?

CARLOS. *(Dándo el brazo al marques.)* Ven, ven Rodrigo. *(Se vá y vuelve.)* ¿Qué puedo llevarme de aquí?

REINA. La amistad de vuestra madre...

CARLOS. ¡Amistad! ¡Madre!

REINA. ¡Y estas lágrimas de los Paises Bajos! *(Le dá algunas*

cartas. Cárlos y el marqués se retiran. La reina mira con inquietud en torno de sí, buscando á sus damas, que no parecen por ningun lado. Al ir hácia el fondo aparece el rey.)

ESCENA VI.

El Rey, *la* Reina, *el* Duque de Alba, *el* Conde de Lerma, Fr. Domingo, *algunas damas y demás Grandes de España, que se quedan á alguna distancia.*

Rey. *(Mira como estrañando en torno de sí, y guarda un momento silencio.)* ¿Tan sola, señora? Y ni siquiera una dama, que os acompañe. Esto me asombra ¿dónde están?

Reina. Señor...

Rey. ¿Porqué tan sola? *(A la comitiva.)* De este descuido imperdonable, se me ha de dar estrecha cuenta. ¿A quién toca hoy el servicio de la reina?

Reina. Nos os enfadeis, esposo mio... yo soy la culpable, por órden mia, se alejó la princesa de Eboli...

Rey. ¿Por órden vuestra?

Reina. A llamar á la camarera, porque deseaba ver á la infanta.

Rey. ¿Y por eso habeis despedido á toda la comitiva? Pero bien, eso no disculpa mas que á la primera dama, ¿dónde está la segunda?

Mond. *(Que ha llegado entretanto y se ha mezclado con las demás, sale.)* Conozco señor que soy culpable.

Rey. Por lo mismo, os doy diez años de tiempo, para pensar en ello lejos de Madrid. *(La marquesa se retira llorando. Silencio general. Todos los presentes miran consternados á la reina.)*

Reina. ¿Porqué llorais, marquesa? *(Al rey.)* Si he cometido una falta, soberano señor, debia al menos la corona de este reino, que nunca ambicioné, librarme de un bochorno. ¿Hay leyes en este reino, que citen á juicio á las hijas de los monarcas? Guarda solo la vigilancia á las mugeres de España? Necesitan que las proteja un testigo mejor que su virtud?.. Ahora, perdon señor. Yo no estoy acostumbrada, á que se despidan llorando, las personas, que me sirvieron siempre con alegria.... Mondejar *(Se*

quita el cinturon y se lo dá.) habeis ofendido al rey, no á mí; por eso, aceptad esto, como recuerdo mio y de este momento. Abandonad el reino, solo habeis pecado en España. En mi querida Francia se enjugarian con alegria esas lágrimas.—¡Ah, que tenga que reconvenirme siempre! (*Se apoya sobre la camarera mayor y oculta la cara.*) Ah! mi Francia es muy distinta.

REY. (*Algo conmovido.*) ¿Pudo una reconvencion, hija de mi amor, afligiros de tal modo? Una palabra que la excesiva ternura puso en mis labios? (*Volviéndose á la grandeza.*) Aquí están los vasallos de mi trono. Decid si alguna vez bajó el sueño á mis ojos, sin que yo hubiese examinado antes, cómo palpitan los corazones de mis pueblos en mis mas lejanas regiones Y habia de temblar mas por el trono, que por la esposa de mi corazon? Mi espada y... el duque de Alba me responden de ellos; pero solo estos ojos del amor de mi muger...

REINA. Si os he ofendido, señor...

REY. Me llaman el hombre mas rico del mundo cristiano. El sol no se oculta en mis estados.—Todo esto lo poseyó otro ántes que yo, y lo poseerán todavía otros muchos. Esto es mio... Lo que posee el rey, pertenece á la fortuna; Isabel á Felipe, y hé ahí el punto en que soy tambien mortal.

REINA. Temeis, señor...

REY. ¡No las canas, vive Dios! Si empezase á temer, cesaria al momento el temor. (*A los grandes.*) Cuento los grandes de mi reino, y echo de menos al primero ¿Dónde está D. Cárlos el infante? (*Nadie responde.*) El jóven D. Cárlos se me vá haciendo temible. Desde que vino de la universidad, evita mi presencia. Su sangre es ardiente, ¿por qué tan fria su mirada? por qué tan magestuosa y reservada su conducta? Velad, os lo recomiendo.

ALBA. Yo velo. Mientras el corazon palpite bajo esta coraza, puede D. Felipe dormir tranquilo. Como el querubin de Dios en las puertas del paraiso, está el duque de Alba ante el trono.

LERMA. ¿Puedo atreverme á contradecir humildemente al mas sabio de los reyes? Venero demasiado la magestad de mi rey, para dejar juzgar con tanto rigor y ligereza á su hijo. Mucho temo de la ardiente sangre de Cárlos, pero de su corazon nada.

REY. Conde de Lerma, hablais muy bien, para adular á un padre; Alba será siempre el sosten del rey... Basta ya de esto... (*Volviéndose á su comitiva.*) Ahora marchemos pronto á Madrid, mis deberes de rey me llaman. La plaga de la heregia contagia á mis pueblos. La rebelion crece en los Paises Bajos. No hay tiempo que perder. Un ejemplo terrible ha de convertir á los estraviados. El gran juramento, que todo rey cristiano hace, lo cumpliré mañana. Este juicio sangriento va á ser sin igual. Toda la córte está solemnemente convidada. (*Se lleva á la reina y los demas siguen.*)

ESCENA VII.

Don CÁRLOS, *con cartas en la mano, el* MAQUÉS DE POSA, *entrando por el lado opuesto.*

CARLOS. Estoy decidido... que Flándes sea salvada. Ella lo quiere... esto me basta.

MARQ. No hay que perder un momento. Aseguran que el duque de Alba ha sido ya nombrado gobernador, en el consejo.

CARLOS. Mañana sin falta pediré audiencia á mi padre, y solicitaré este empleo para mí. Es la primera súplica, que me atrevo á dirigirle, y no podrá negármela. Hace ya tiempo, que mi presencia aquí en Madrid le enoja ¡qué bien va á parecerle este pretexto para alejarme! Y, si he de confesarlo, Rodrigo, yo espero aun mas. Tal vez, cara á cara con él, logre recobrar su favor. Él no ha oido todavia la voz de la naturaleza, déjame ver, si puede algo en mis lábios.

MARQ. Por fin oigo de nuevo á mi Cárlos.—Ahora sois otra vez vos mismo.

ESCENA VIII.

Dichos, y el CONDE DE LERMA.

LERMA. En este momento acaba de partir de Aranjuez el monarca. Tengo órden de.....

CARLOS. Está bien, conde, yo alcanzaré al rey.

MARQ. (*Haciendo como para irse y con tono ceremonioso*) ¿Vues-

tra alteza, no tiene nada mas que mandarme?

CARLOS. Nada caballero, os deseo mucha felicidad en Madrid. Me contareis aun mas de Flándes (*á Lerma que espera.*) Os sigo al momento. (*Lerma se vá.*)

ESCENA IX.

CARLOS, *el* MARQUÉS.

CARLOS. Te he comprendido, y te lo agradezco. Solamente la presencia de un tercero puede disculpar ese tono violento, pues ¿no somos hermanos?—Desaparezca en adelante de nuestro trato, esa comedia del rango. Figúrate que nos hemos encontrado en un baile de máscaras, tú en trage de esclavo, y yo, por capricho, envuelto en un manto de púrpura. Mientras dura el festin, seguimos con ridícula seriedad la mentira de nuestros papeles, para no distraer á la multitud de su dulce embriaguez. Pero á traves de la máscara, te hace señas tu Cárlos. Al pasar tú le estrechas la mano, y nos comprendemos.

MARQ. Ese sueño es divino. ¿Pero no se desvanecerá nunca? ¿Tiene Cárlos tanta confianza en sí mismo, para arrostrar las seducciones de una soberanía sin límites? Aun no ha llegado el gran dia, el dia en que este heroismo—os lo prevengo ahora—tendrá que pasar por una dura prueba. Don Felipe muere. Cárlos hereda el gran imperio de la cristiandad. Una sima inmensa le separa del resto de los mortales, y convierte en Dios, al que ayer era hombre. Entonces ya no tiene flaquezas. Los deberes eternos son mudos para él. La humanidad, esa palabra hoy tan grande á sus oidos, se esclaviza á sí misma, y se arrastra á los piés de su ídolo. Su compasion cesará con sus sufrimientos, y su virtud se enervará en los deleites. El Perú envia oro para sus locuras, y la corte escita sus vicios. El se adormece engreido, bajo este cielo, que con maña crearon sus esclavos, y su divinidad dura tanto como el sueño; ¡Ay del insensato, que por compasion le despierte!—¿Y qué ha de hacer Rodrigo? La amistad es sincera y atrevida—y la debilitada majestad no podria soportar sus claros rayos. Vos no tolerariais la arrogancia del súbdito; yo no toleraria el orgullo del príncipe.

CARLOS. Verídica y horrible es tu pintura del monarca. Yo te creo.—Pero solo la lujuria corrompe de tal modo el corazon, y lo entrega á los vicios. Yo he cumplido ya mis veinte y tres años, y aun estoy puro. Lo que otros han disipado sin conciencia en desenfrenados deleites, la mejor parte del espíritu, la fuerza del hombre, la he conservado yo para el futuro soberano. ¿Qué podria arrojarte de mi corazon, cuando las mugeres no alcanzan á hacerlo?

MARQ. ¿Y yo mismo Cárlos, podria amaros tan de corazon, si tuviera que temeros?

CARLOS. No, eso no sucederá nunca. ¿Acaso necesitas tú de mí? ¿Tienes por ventura pasiones, que mendiguen ante el trono? ¿Te seduce á tí el oro? Mas rico eres tú, como subdito, de lo que yo pueda ser como rey. ¿Ambicionas honores? Aun jóven, agotaste la medida, y los desdeñaste. ¿Quién de nosotros será acreedor ó deudor del otro? ¿Callas? ¿Tiemblas ante esta prueba? ¿No tienes confianza en tí?

MARQ. ¡Pues bien, cedo, aquí está mi mano!

CARLOS. ¿Es ya mia?

MARQ. Para siempre, y en el sentido mas lato de la palabra.

CARLOS. ¿Serás tan fiel y sincero para el rey, como lo eres ahora para el infante?

MARQ. Os lo juro.

CARLOS. Y si el gusano de la adulacion rodease mi descuidado corazon—si mis ojos olvidasen las lágrimas, que en otro tiempo derramaban, si mis oidos se cerrasen á las quejas,—di, querras, cual intrépido centinela de mi virtud, recordarme el pasado, y despertar mis buenos sentimientos?

MARQ. Si, quiero.

CARLOS. Y ahora otro favor te pido. Tutéame. Siempre he envidiado este privilegio de la confianza, á tus iguales. Ese tú fraternal engaña mi oido y mi corazon con el dulce presentimiento de la igualdad. No repliques. Yo adivino lo que vas á decir. Para tí, es esto una pequeñez, lo sé, para mí, hijo de un rey, es mucho. Di ¿quieres ser mi hermano?

MARQ. Si, tu hermano.

CARLOS. Pues ahora vamos á buscar al rey. Ya no temo nada. Yo desafio á mi siglo estando tu á mi lado. (*Salen.*)

—

ACTO SEGUNDO.

Palacio real de Madrid.

ESCENA I.

El Rey Felipe *bajo un dosel, el* Duque de Alba (*á poca distancia del rey con la cabeza cubierta.*) Cárlos.

Carlos. El Estado tiene la precedencia, y gustoso cede Cárlos al ministro. Él habla por España. Yo soy el hijo de la casa. (*Se retira haciendo una cortesía.*)

Rey. El duque se queda. Hable el infante.

Carlos. (*Dirigiéndose á Alba.*) Entonces, duque, apelo á vuestra generosidad, para obtener el favor de hablar á solas con el rey. Un hijo, como comprendereis, puede tener que confiar á un padre muchas cosas, que no conviene oiga un tercero. No quiero nada con el rey, solo os pido al padre por un breve instante.

Rey. El duque es mi amigo.

Carlos. ¿Merezco, tal vez, contarlo tambien por mio?

Rey. ¿Has aspirado acaso á merecerlo? No me gustan los hijos, que hacen mejores elecciones que sus padres.

Carlos. ¿Puede el orgullo caballeroso del duque de Alba presenciar esta escena? Por vida mia, el papel del importuno, que se introduce entre padre é hijo, sin ser llamado, y que sabedor de su completa nulidad, persiste en quedarse, no lo haria yo, aunque me fuese en ello una diadema.

Rey. (*Se levanta, mirando al príncipe con cólera.*) Retiraos, duque. (*Éste sale por la puerta principal, por la que entró Cárlos, y el rey le hace seña de que se vaya por otra.*) No, al gabinete hasta que os llame.

ESCENA II.

El Rey Felipe, Don Cárlos.

Carlos. (*Se dirige hácia el rey en cuanto el duque abandona la habitacion, y se echa á sus piés con la espresion de la mas profunda emocion.*) ¡Ahora sois otra vez mi padre, ahora sois otra vez mio, infinitas gracias por este favor!.. Dadme la mano.—¡Oh dia feliz! Mucho tiempo hacia ya, que la delicia de este beso, no era concedida á vuestro hijo. ¿Por qué rechazarme de vuestro corazon, padre? ¿Qué es lo que yo he hecho?

Rey. Cárlos, tú eres novel en estos artificios; omítelos, que no me agradan.

Carlos. (*Levantándose.*) Esa es la voz de vuestros cortesanos. ¡Por Dios, padre mio! no todo lo que dice un sacerdote es bueno, ni todo verdad lo que dicen sus hechuras..... Yo no soy malo, padre,—sangre ardiente es mi maldad, y juventud mi crímen. Pero no soy perverso, no lo soy—aunque arrebatos impetuosos acusan á menudo á mi corazon, mi corazon es puro...

Rey. Tu corazon es puro, lo sé, como tu oracion.

Carlos. ¡Ahora ó nunca!—Estamos solos—La barrera de la etiqueta, que apartaba al padre del hijo, se ha hundido; ¡Ahora ó nunca! Un rayo celeste de esperanza luce en mi alma, y un dulce presentimiento penetra en mi corazon. El cielo entero con sus coros de alegres ángeles se inclina á la tierra, y el Tres veces santo se complace, en mirar esta grande y tierna escena.... Padre mio, reconciliacion! (*Se echa á sus piés.*)

Rey. Levántate, y déjame.

Carlos. ¡Padre, reconciliacion!

Rey. (*Deshaciéndose de él.*) Demasiado atrevida se vá haciendo esta comedia.

Carlos. ¿Demasiado atrevido el cariño de un hijo?

Rey. ¿Y para colmo, lágrimas? Degradante espectáculo! Quítate de mi vista.

Carlos. ¡Ahora ó nunca. Reconciliacion, padre!

Rey. ¡Apártate de mi vista! Aun cuando volvieses cubierto de oprobio de mis campos de batalla, siempre hallarias

mis brazos abiertos para recibirte; pero así, te rechazo. Solo la culpa cobarde se lava innoblemente con lágrimas. A el que no avergüenza el arrepentimiento, nunca le faltarán remordimientos.

CARLOS. ¿Qué hombre es este? ¿Porqué estravío de la naturaleza lo es este ser estraño al género humano? Las lágrimas son el eterno testimonio de la humanidad.—Sus ojos están secos, no ha nacido de muger.—Oh! enseñad á vuestros áridos ojos, cuando aun es tiempo, á derramar lágrimas, no tengais que aprender este consuelo en horas aciágas.

REY. ¿Crees tú poder alterar con buenas palabras la grave desconfianza de tu padre?

CARLOS. ¿Desconfianza? Yo la desvaneceré. Yo me abrazaré al corazon paternal, hasta arrancar de él, esa corteza impenetrable, dura como la roca. ¿Quiénes son ellos para espulsarme del favor de mi rey, de mi padre? ¿Qué puede ofreceros ese fraile en lugar de un hijo? ¿Cómo piensa compensaros Alba una vida pasada sin hijo? ¿Quereis ser amado? Aquí en mi pecho brota un manantial de amor mas férvido, mas puro, que en los turbios y pantanosos depósitos, que el oro de Felipe tiene que abrir.

REY. ¡Modérate, temerario! Los hombres que te atreves á injuriar, son los servidores fieles y esperimentados de mi eleccion, y tú debes honrarlos.

CARLOS. ¡Jamás! Sé lo que puedo. Todo lo que vuestros Albas hacen, puede hacerlo Cárlos tambien, y aun mas. ¿Qué le importa á un mercenario el reino, que nunca poseerá? ¿Qué le importa que la cabeza de Felipe se cubra de canas? Vuestro Cárlos os hubiera amado... Me espanta la sola idea de figurarme solo y aislado en un trono...

REY. (*Herido por estas palabras, queda suspenso y pensativo. Despues de una pausa.*) ¡Estoy solo!

CARLOS. (*Acercándose con viveza y calor.*) Lo habeis estado. No me aborrezcais mas, y yo os amaré sinceramente como un hijo; pera cesad de odiarme. ¡Qué grato, qué dulce es sentir nuestra existencia reflejada en el alma noble de otro, saber que nuestras alegrias animan otro rostro, que nuestras penas conmueven otro seno, que nuestros sufrimientos humedecen otros ojos!—Que hermoso debe ser para un padre, volver á pasar en un hijo querido, la sen-

da florida de la juventud, volver á soñar las ilusiones de la vida! Y cuán grato y dulce perpetuarse por muchos siglos en las virtudes de un hijo! Qué hermoso el sembrar lo que él ha de recoger un dia, reunir lo que ha de redundar mas tarde en su provecho, y presentir cuan grande será su agradecimiento! ¡Oh padre mio! de este paraiso terreno no os hablaron muy sabiamente vuestros frailes!

REY. (*Con emocion.*) ¡Oh hijo mio, hijo mio! tú mismo te condenas, pintando con tantos encantos una felicidad, que nunca me has concedido.

CARLOS. ¡Que Dios sea mi juez! Vos sois, quien hasta el presente, hasta hoy mismo, me escluyó de vuestro corazon, de tomar parte en vuestros régios cuidados. Oh! estaba eso bien? era eso justo? Hasta ahora, yo, príncipe hereditario, era un estranjero en España, prisionero en el mismo suelo de que un dia seré dueño. Decid, era eso justo? ¡Cuántas veces he bajado avergonzado los ojos, al oir de los embajadores estranjeros, al leer en la «Gaceta» lo que sucedia en la corte de Aranjuez!

REY. Tu sangre hierve aun con demasiado fuego en tus venas. Tú no sabrias mas que destruir.

CARLOS. Dadme entonces que destruir, padre mio. En efecto, siento mi sangre hervir en las venas. ¡Veinte y tres años cumplidos, y aun no hecho nada para la inmortalidad! He despertado, y siento mi capacidad. Mi mision al trono me despierta de mi sueño; todas las horas perdidas de mi juventud, claman á mi conciencia, como deudas de honor. Ha llegado al fin el momento de devolver con usura los intereses del capital que Dios me ha confiado.... La historia, la gloria de mis antepasados y la trompeta de la fama me llaman. Ahora es el tiempo de que se abra para mí el campo de la gloria; y ¿me atreveré á haceros la súplica, que me ha traido aquí?

REY. ¿Otra peticion? dila.

CARLOS. La rebelion del Brabante, crece de un modo amenazador. La terquedad de los rebeldes exije una represion enérgica, pero prudente. Para aplacar el furor de esos visionarios, el duque investido de un poder soberano, debe llevar á Flándes un ejército. ¡Cuán gloriosa mision para vuestro hijo, y qué á propósito para conducirlo al templo de la gloria! Confiadme, padre, ese ejército; soy

muy querido de los flamencos, y me atrevo á responder con mi vida de su fidelidad.

REY. Hablas como un iluso. Ese cargo requiere un hombre, y no un jóven inesperto.

CARLOS. Requiere solamente humanidad, padre mio, y eso es, lo que Alba nunca ha tenido.

REY. Solo el terror puede apagar la rebelion. La compasion seria una locura.—Tu alma es demasiado blanda, hijo mio, el duque es temido. Desiste de tu pretension.

CARLOS. Enviadme con un ejército á Flandes. Confiad en mi alma blanda. Solo el nombre de hijo del rey, que volará delante de mis banderas, conquistará lo que el verdugo Alba solo podria destruir. Os lo pido de rodillas. Es el primer favor, que os he pedido en mi vida. Padre, confiad Flándes á mi cuidado.

REY. (*Mirando al infante de un modo penetrante.*) ¿Y confiar, al mismo tiempo, mi mejor ejército á tus planes ambiciosos, el puñal á mi asesino?

CARLOS. ¡Oh Dios mio! ¿No he adelantado nada, y es este el fruto de la hora tan ardientemente deseada? (*Despues de un momento de reflexion, con tono solemne, pero mas dulce.*) Por Dios! contestadme con mas dulzura, y no me dejeis así. No quisiera ser despedido con semejante respuesta, no quisiera irme con el corazon tan oprimido! Tratadme con mas caridad. Mi alma lo necesita, es mi última tentativa, una tentativa desesperada. Yo no puedo llevar con paciencia ese desden, no puedo soportar como hombre que me lo negueis así todo, absolutamente todo. Voy á dejaros, y me alejo de vuestra vista sin haber sido oido, con mil esperanzas, mil dulces ilusiones perdidas, y aquí donde ha poco ha llorado en el polvo vuestro hijo, reinarán triunfantes vuestro Alba y vuestro Fr. Domingo. La turba de cortesanos, la trémula grandeza, la degenerada corporacion de los frailes, todos, fueron testigos de que me concedísteis audiencia. No humilladme, no heridme tan mortalmente, sacrificándome con ignominia á las insolentes burlas de la córte. ¡Que personas estrañas naden en vuestros favores, mientras que las súplicas de un hijo no pueden alcanzar nada!.. Como prueba de que tambien quereis honrarme, mandadme con el ejército á Flandes.

REY. No insistas en tu súplica, si quieres evitar mi cólera.

CARLOS. Corro el riesgo de provocar la cólera de mi rey, y os ruego por última vez que me mandeis á Flandes. Yo necesito salir de España. Esta atmósfera me ahoga. El cielo de Madrid pesa sobre mí como la idea de un asesinato; solamente el cambio de clima puede curarme. Si quereis salvarme, enviadme al punto á Flandes.

REY. *(Con afectada frialdad.)* Enfermos como tú, hijo mio, requieren un cuidado estremo, y deben quedarse aquí á la vista de los médicos. Tú te quedas, y el duque vá á Flandes.

CARLOS. *(Fuera de sí.)* ¡Asistidme, ángel de la guarda!

REY. *(Retrocediendo un paso.)* ¡Eh! ¿qué significan esos gestos?

CARLOS. *(Con voz trémula.)* Padre! ¿Es irrevocable esa determinacion?

REY. Como tomada por el rey.

CARLOS. Nada mas tengo que pedir. *(Sale agitado fuertemente.)*

ESCENA III.

FELIPE, *se queda por algunos momentos engolfado en una profunda reflexion, al fin dá algunos pasos,* ALBA *se acerca perplejo.*

REY. Estad listo para marchar á Bruselas á la primera órden.

ALBA. Todo está dispuesto, señor.

REY. En mi gabinete están ya sellados los poderes. Entretanto, despedios de la reina y del infante.

ALBA. Lo acabo de ver salir de aquí furioso, y tambien vuestra Magestad me parece algo agitado. Tal vez el asunto de la conversacion...

REY. *(Paseándose.)* La conversacion versó sobre el duque de Alba. *(Fijando en él la vista de un modo sério y sombrio.)* Me place el ver que Cárlos aborrece á mis consejeros, pero descubro con sentimiento, que los desprecia.

ALBA. *(Se pone pálido y hace ademan de hablar.)*

REY. No quiero respuestas. Reconciliaos con el príncipe.

ALBA. ¡Señor!....

REY. Decid ¿quién fué el primero que me advirtió los negros proyectos de mi hijo?... Yo no escuchaba mas que á vosotros, y no á él. Quiero averiguar la verdad. De hoy

en adelante, está Cárlos mas cerca de mi trono. (*El rey se retira á su gabinete, y el duque sale por la otra puerta.*)

ESCENA IV.

Antesala del cuarto de la Reina.

CARLOS *entra hablando con un* PAGE *por la puerta del centro. Los cortesanos se dispersan á su llegada por las laterales.*

CARLOS. ¿Una carta para mí? ¿Para qué esta llave? ¿Y ambas cosas se me entregan con tanto misterio? Acércate ¿donde te han dado esto?

PAGE. (*Misteriosamente.*) Segun me dió á entender la dama, quisiera mejor ser adivinada.

CARLOS. (*Retrocediendo.*) ¿La dama? (*Mirando al page con mas atencion*) ¿Cómo? ¿Quién eres tú entónces?

PAGE. Un page de su magestad la reina.

CARLOS. (*Asustado se vá á él, y le pone la mano sobre la boca.*) ¡Calla ó mueres! Eso me basta. (*Rompe apresuradamente el sello y se aparta para leerla. Entretanto pasa el duque de Alba, sin ser notado por Cárlos, y entra en el cuarto de la reina. Cárlos tiembla y muda de color. Despues de haberla leido, permanece mudo, los ojos fijos en la carta. Luego se dirige al page.*) ¿Te entregó ella misma esta carta?

PAGE. Con su propia mano.

CARLOS. ¿Ella misma te dió esta carta?.. ¡Oh, no te burles!.... Aun no he leido nada de su mano. Yo habré de creerte, si puedes jurarlo. Si es mentira, confiésalo francamente, y no abuses de mí.

PAGE. ¿Con quién?

CARLOS. (*Mirando ya á la carta, ya al page con aire sospechoso.*) ¿Viven tus padres todavia? ¿Sirve tu padre al rey? ¿Es hijo del pais?

PAGE. Murió en la batalla de San Quintin, siendo coronel de caballeria del duque de Saboya. Se llamaba Alonso, conde de Henáres.

CARLOS. (*Agarrándole la mano y fijándolo de un modo significativo.*) ¿Esta carta te la dió el rey?

PAGE. (*Ofendido.*) Príncipe, ¿merezco yo esas sospechas?

CARLOS. (*Leyendo la carta.*) «Esa llave abre las habitaciones in-

»teriores del pabellon de la reina. La mas lejana de todas, »linda con un gabinete, donde aun no ha llegado á pe»netrar ningun espía. Allí, el amor puede confesar fran»ca y libremente, lo que hasta ahora confiaba solo á las »miradas, el amante tímido será oido, y la paciencia mo»desta recompensada.» (*Como despertando de un letargo.*) Yo no sueño, yo no deliro. Este es mi brazo derecho, esta es mi espada, estas son palabras escritas. ¡Sí, es realidad, no es un sueño! ¡soy amado, soy amado! (*Levanta las manos al cielo y se pasea por el cuarto como fuera de sí.*)

PAGE. Seguidme, príncipe, yo os conduciré.

CARLOS. Dejame primero volver en mí. Todavía tiembla mi seno con el sobresalto de tanta dicha. ¿Cuándo osé yo abrigar tan atrevidas esperanzas, ni cuando osó soñar así mi fantasía? ¿Dónde está el hombre, que pueda acostumbrarse tan fácilmente á ser como un Dios? ¿Quién era yo ántes, y quien soy ahora? Este es otro cielo, es otro sol que el de ántes. ¡Élla me ama!..

PAGE. (*Quiere llevárselo.*) Príncipe, príncipe, no es este el sitio. Olvidais...

CARLOS. (*Poseido súbitamente de terror.*) ¡Al rey mi padre! (*Deja caer los brazos, mira desconcertado á su alrededor, y volviendo poco á poco en sí.*) ¡Esto es terrible! Sí, tienes razon, amigo mio. Te lo agradezco, no estaba en mí en este instante. ¡Que tenga que guardar silencio, que tenga que sepultar en mi seno tanta felicidad!—eso es terrible. (*Agarrando al page de la mano y aparte.*) Ahora, óyeme; lo que tú has visto y no has visto, ha de quedar enterrado en tu seno, como en un sepulcro. Vete ya. Quiero serenarme. Vete, no vayan á sorprendernos aquí.

PAGE. (*Se vá.*)

CARLOS. Espera, oye. (*El page vuelve, Cárlos le pone las manos en los hombros, y clavando en él la vista de un modo penetrante.*) Llevas contigo un secreto terrible, semejante á aquellos fuertes venenos, que hacen saltar el vaso que los contiene.—¡Domina bien tus gestos! Nunca sepa tu cabeza, lo que guarda el corazon; sé como la bocina, que recibe la voz, y la devuelve sin oirla. Tu eres niño, sélo siempre, y continua con tu alegria juvenil. ¡Qué hábil y prudente fue ella, en escoger para el amor semejante mensajero! Aquí no vendrá el rey á buscar sus víboras.

PAGE. Yo, príncipe mio, me enorgullezco de verme poseedor de un secreto mas, que el mismo rey...

CARLOS. Jóven vano é indiscreto! Eso es justamente lo que mas debes temer. Si nos encontramos en público, acércate á mí con aire tímido y sumiso. Que no te seduzca la vanidad, á dejar ver que el infante te distingue. Tu mayor crímen, hijo mio, seria agradarme á la vista de las gentes. Lo que tengas que comunicarme en adelante, no lo espreses con palabras, no lo confies á los labios, no pase por ese camino general de los pensamientos. Háblame con los ojos, por señas, y te comprenderán mis miradas. El aire, la luz que nos rodea, son hechuras de Felipe, las sordas paredes están vendidas á él... Alguien viene. (*Se abre la puerta de la habitacion de la reina, y sale el duque de Alba.*) Retírate, hasta mas ver.

PAGE. Príncipe, cuidado no equivoqueis la puerta. (*Se vá.*)

CARLOS. Es el duque. No, no la equivocaré.

ESCENA V.

CÁRLOS *y* ALBA.

ALBA. (*Acercándose.*) Dos palabras, príncipe...

CARLOS. (*Yéndose.*) Bueno... bien... otra vez...

ALBA. En verdad, no es este el sitio mas á propósito. ¿Tal vez, su alteza real prefiere darme audiencia en su aposento?

CARLOS. ¿Para qué? Tambien la puedo dar aquí. Pero que no dure mucho, sed breve.

ALBA. Lo que principalmente me trae aquí, es el deseo de dar á vuestra alteza mis mas respetuosas gracias, por lo que ya sabeis.

CARLOS. ¿A mí, gracias? ¿De qué? ¿y gracias del duque de Alba?

ALBA. Pues apenas dejásteis el cuarto del monarca, recibí órden de partir para Bruselas.

CARLOS. ¿Para Bruselas? ¡Eh!...

ALBA. Y á quien, príncipe, á quien puedo atribuir este favor sino á vos? á vuestra intercesion con el rey?

CARLOS. ¡A mí! Seguramente no, no por cierto. ¿Os marchais? ¡feliz viage!

ALBA. ¿Y eso es todo lo que me decís? lo estraño. Vuestra

alteza no tiene otras órdenes que darme para Flándes?

CARLOS. ¿Qué órdenes he de tener?

ALBA. No mucho ha, parecia exijir el destino de ese pais la presencia misma de D. Cárlos.

CARLOS. ¿Cómo?.. ¡Ah, sí... es verdad! Eso era ántes. Así está bien... aun mejor.

ALBA. Estraño mucho...

CARLOS. Vos sois un gran general, ¿quién lo ignora? La misma envidia debe confesarlo. Yo, al contrario, soy todavia muy jóven... Esta es la opinion del rey, y tiene razon, mucha razon. Yo lo conozco ahora, y estoy contento; con que basta ya de esto. Feliz viaje! Como veis, duque, estoy de prisa y no puedo detenerme. Dejemos el resto para mañana, para cuando querais, ó para cuando volvais de Bruselas.

ALBA. ¿Cómo?

CARLOS. (*Despues de una pausa, al ver que el duque se queda.*) La estacion es propicia. Pasareis por Milan, Lorena, Borgoña y Alemania, ¿Alemania? sí, eso es; allí os conocen ya. Estamos ahora en Abril, Mayo, Junio, en Julio, eso es, en Julio, á mas tardar á principios de Agosto estareis en Bruselas. Oh! yo no dudo, que oiremos muy pronto hablar de vuestras hazañas. Vos sabreis haceros acreedor á nuestro favor y confianza.

ALBA. (*De un modo significativo.*) ¿Podré conseguirlo, siendo sabedor de mi completa nulidad?

CARLOS. (*Despues de un corto silencio, con dignidad y altivez.*) Os dais por ofendido, duque, y con razon. Confieso que fué poco generoso de mi parte, el valerme contra vos de armas de que no podiais serviros á vuestra vez contra mí.

ALBA. ¿Que no podia?...

CARLOS. (*Le da la mano sonriéndose.*) Lástima que no tenga ahora tiempo, para terminar este digno combate con el duque de Alba. Otra vez...

ALBA. Príncipe, nosotros calculamos de un modo muy distinto. Vos, por ejemplo, os considerais con veinte años mas, mientras que yo, al contrario, os rebajo otro tanto.

CARLOS. ¿Y bien?

ALBA. Y esto me hace pensar en lo mucho, que hubiera dado el rey, por adquirir en vos un brazo como el mio. Bien sabia él, cuanto mas fácil es crear monarcas, que mo-

narquías, y cuanto mas pronto se dá al mundo un rey, que á un rey, un mundo.

CARLOS. ¡Muy cierto! duque, y bien...

ALBA. Y la mucha sangre del pueblo que habria de correr, ántes que una gota os hiciera rey...

CARLOS. Es verdad, vive Dios! y en dos palabras habeis dicho todo lo que el orgullo del mérito puede oponer al orgullo de la fortuna. Ahora la moral, duque.

ALBA. ¡Ay del tierno infante, príncipe, que se burla de su nodriza! Muy bien se descansa en el blando almohadon de nuestras victorias. En la corona solo brillan las perlas, pero no las heridas, que costó adquirirlas. Esta espada ha impuesto leyes españolas á pueblos estranjeros, ha brillado delante del estandarte de la cruz, y ha abierto sobre el continente surcos sangrientos para la semilla de la fé. Dios juzgaba en el cielo, y yo en la tierra.

CARLOS. Dios ó el diablo; no importa, vos erais el instrumento. Lo sé muy bien; pero basta ya de esto, hay cosas que no quisiera recordar. Yo respeto la eleccion de mi padre... Mi padre necesita un Alba, y porque él le necesite no es justamente, por lo que yo lo envidio.—Vos sois puede ser, un hombre grande, y hasta lo creo; solamente me parece, que vinisteis al mundo algunos siglos demasiado temprano. Un Alba, creo yo, es el hombre que debe aparecer al fin de los tiempos, cuando la insolencia del vicio haya agotado la longanimidad del cielo, cuando las mieses del pecado estén maduras, y requieran un segador sin igual, entonces estariais en vuestro lugar. ¡Oh Dios, mi paraiso, mi Flándes! Pero yo no debo pensar en esto. Se dice que os llevais una buena provision de sentencias de muerte firmadas de antemano ¡Loable precaucion! Con eso no hay que temer intrigas. ¡Oh padre mio! que mal te comprendí, acusándote, al negarme una mision, donde solo un Alba puede brillar!—Esa ha sido una prueba inequívoca de tu cariño.

ALBA. Esas palabras merecian....

CARLOS. (*Interrumpiéndole.*) ¿Qué?

ALBA. Mas el ser hijo del rey, os vale.....

CARLOS. (*Tirando de la espada.*) Eso pide sangre, duque, desnudad el acero.

ALBA. (*Con frialdad.*) ¿Contra quien?

CARLOS. (*Precipitándose hacia él.*) Desnudad el acero, ú os atravieso.

ALBA. (*Desenvainando la espada.*) Si es preciso.... (*Riñen.*)

ESCENA VI.

Dichos y la REINA, *saliendo asustada de su cuarto.*

REINA. ¡Espadas desnudas!—(*Dirigiéndose al príncipe con indignacion, y tono imperioso.*) Cárlos!

CARLOS. (*Turbado al ver á la reina, deja caer el brazo, permanece inmovil, se acerca á Alba, y le abraza.*) Reconciliémosnos, duque. Olvidémoslo todo. (*Se echa á los pies de la reina, se levanta y sale fuertemente agitado.*)

ALBA. (*La vista fija en él, y admirado en estremo.*) ¡Vive Dios, que esto es estraño!

REINA. (*Turbada é inquieta, se dirige á su aposento, al llegar á la puerta, se vuelve y llama al duque.*) Duque de Alba! (*Este la sigue.*)

ESCENA VII.

Gabinete de la princesa de Eboli.

LA PRINCESA *vestida de un modo sencillo, pero caprichoso, toca un laud y canta. El* PAGE *entra.*

EBOLI. (*Levantándose con viveza.*) ¿Viene?

PAGE. (*Solícito.*) ¿Estais sola? Mucho me admira, no encontrarle ya aquí. No debe tardar nada.

EBOLI. ¿No debe tardar? Luego va á venir. ¿Con que es cierto?

PAGE. Me viene siguiendo. Noble princesa, sois amada, y amada, como nadie lo puede ser, ni nadie lo será. ¡Qué escena acabo de presenciar!

EBOLI. (*Acercándose al page con impaciencia.*) Dí, pronto, ¿le hablaste? Responde? qué dijo? qué cara puso? ¿Cuales fueron sus palabras? Se turbó? Estuvo perplejo? Adivinó quien le enviaba la llave, ó no lo acertó? Quizás no adivinó nada, pensó en otra? Habla pronto? No contestas

nada? Anda quita, quita y avergüenzate, nunca has sido tan torpe, tan calmoso, tan insoportable.

PAGE. ¿Acaso me dejais hablar, princesa? Yo le entregué la llave y el billete en la antecámara de la reina, y apenas le dige que una muger era, la que me enviaba, se turbó.—

EBOLI. ¿Se turbó?—Muy bien, sigue, sigue.

PAGE. Yo iba á continuar, cuando poniéndose pálido, me arranca la carta de las manos, y mirándome de un modo amenazador, me dijo, que lo sabia todo. Leyó la carta con mucha agitacion, y temblando.

EBOLI. ¿Qué lo sabia todo? ¿Dijo él eso?

PAGE. Y me preguntó tres, cuatro veces, si vos misma me habiais entregado la carta.

EBOLI. ¿Si yo misma? luego pronunció mi nombre?

PAGE. No, no pronunció ningun nombre. «Puede haber por aquí espias, dijo, que se lo cuenten al rey.»

EBOLI. ¿Dijo él eso?

PAGE. Y añadió que al rey le interesaria mucho, le importaria mucho, tener noticias de esta carta.

EBOLI. ¿Al rey? Estas seguro que oistes bien? Fueron esas sus palabras?

PAGE. Si señora, y tambien dijo que este era un secreto peligroso, me advirtió que debia tener mucho cuidado con mis palabras y con mi conducta, para no dar al rey motivos de sospecha.

EBOLI. *(Despues de un momento de reflexion, admirada.)* Todo va bien.—No puede ser otra cosa. El debe saberlo. Es muy particular. ¿Quién podria habérselo dicho? ¿Quien? y aun pregunto! ¿Quien sino la mirada de águila del amor, podria penetrar tanto? Pero sigue, sigue, ¿leyó el billete?

PAGE. Tambien dijo que el billete contenia una felicidad, que le hacia temblar y que ni siquiera se habia atrevido á soñar. Desgraciadamente, entró el duque en la sala, y esto nos obligó á...

EBOLI. *(Con enojo.)* ¿Qué tendria que hacer allí el duque? ¿Pero donde está él? ¿Qué le detiene? ¿Por qué no viene? Ves como te han engañado? ¡Cuan feliz podria ya haber sido mientras que me has pintado lo mucho que iba á serlo!

PAGE. Yo temo que el duque.....

EBOLI. ¡Vuelta con el duque! Que tendrá que ver ese guerre-

ro; con mi pacífica felicidad? Pero él debió haberle dejado, y haberle dicho que se retirase. ¿A quien no se puede tratar así? Verdaderamente tu príncipe parece comprender tan poco el amor, como el corazon de la muger. Ignora lo que es un minuto; pero silencio, oigo pasos. Aléjate, es el príncipe. *(El page se vá.)* ¿Donde dejé mi laud? Quiero que me sorprenda, que mi canto le sirva de señal.

ESCENA VIII.

La Princesa *y poco despues* Cárlos. *La princesa se ha recostado sobre una otomana, y toca.*

Carlos. *(Entra precipitadamente reconoce á la princesa, y queda pasmado y perplejo.)* Cielos! donde estoy?

Eboli. *(Dejando el laud y saliéndole al encuentro.)* Cómo! el príncipe Carlos? Sí, en efecto!

Carlos. ¿Donde estoy? torpe error.—He equivocado el gabinete.

Eboli. ¡Qué hábil es Cárlos, para dar con las habitaciones donde están las señoras solas!

Carlos. Princesa—perdonad, princesa— yo encontré abierta la antesala.

Eboli. ¿Es posible? Pues me parece, que yo misma la cerré.

Carlos. *(Perplejo.)* Eso os parecerá nada mas, os parece—pero seguramente os equivocais.—Quisisteis tal vez cerrarla, eso sí lo creo, pero no la cerrasteis ciertamente. Yo oí tocar un laud ¿no era un laud?—*(Mirando dudoso á su alrededor.)* Efectivamente allí está. Un laud, Dios lo sabe, me gusta con delirio. Todo oidos, olvídome á mi mismo, é involuntariamente me precipito en el gabinete, á contemplar á la artista, que tan celeste mágia ejercia sobre mi alma.

Eboli. ¡Oh! amable curiosidad, que bien pronto habeis satisfecho, por cierto! *(Despues de una pausa con tono significativo.)* Yo respeto al hombre modesto, que por no ruborizar á una muger, así se enreda en tales invenciones.

Carlos. *(Ingénuamente.)* Princesa, conozco, que solo empeoro, lo que quiero mejorar. Escusadme de hacer un papel de que no soy capaz. Vos buscasteis en este cuarto un

refugio contra el mundo, donde entregaros lejos de los hombres á los íntimos deseos de vuestro corazon; yo, hijo de la desgracia, llego, y ved ahí ya destruido ese hermoso ensueño. Por eso debo alejarme al momento. (*Quiere salir.*)

EBOLI. (*Sorprendida y confusa, pero volviendo en sí al momento.*) Oh eso es poco galante, príncipe!

CARLOS. Comprendo, princesa, lo que esa mirada en este lugar significa, y respeto esa perplejidad de la virtud.—¡Ay del hombre, á quien el rubor de una muger hace atrevido! Yo me acobardo, cuando ellas tiemblan.

EBOLI. ¿Es posible? Una conciencia sin igual para una persona tan jóven, para el hijo de un monarca. Ahora, príncipe, debeis quedaros, yo misma os lo ruego. Tanta virtud disipa el temor de cualquier muger. ¿Sabeis que vuestra súbita aparicion me sorprendió en medio de mi ária favorita? (*Le lleva al sofá, y toma el laud.*) Voy á cantarla otra vez, y habeis de escucharme en castigo.

CARLOS. (*Se sienta, no sin repugnancia, al lado de la princesa.*) Ese es un castigo tan apetecido como la culpa, y á la verdad la cancion era tan hermosa que no me cansaria de oirla.

EBOLI. ¿Cómo? La oísteis toda? Eso es terrible, príncipe, creo que trataba de amores.

CARLOS. Y si no me engaño, de amores felices. Bello tema para tan lindos labios, si bien, mas bello que verídico.

EBOLI. ¿Cómo?—Mas bello que verídico?—¿Aun dudais?

CARLOS. (*Seriamente.*) Dudo si Cárlos y la princesa de Eboli llegarán á comprenderse, cuando se hable de amor. (*La princesa se asombra, Cárlos lo observa, y continua con galanteria.*) ¿Pues quien ha de creer, que esas mejillas de rosa ocultan un corazon desgarrado por la pasion? ¿Corre acaso riesgo la princesa de Eboli, de suspirar en vano, y sin ser oida? Solo el que ama sin esperanza, sabe lo que es amor.

EBOLI. (*Con toda su anterior viveza y alegria.*) ¡Oh, callad! Qué ideas tan negras! y en verdad que parece ser esa la suerte que os persigue hoy mas que á otros, justamente hoy (*Le toma la mano con interés insinuador.*) Vos estais triste, querido príncipe. Vos sufrís, no me engaño. ¿Y por qué, príncipe? Vos, que estais llamado á gozar del mundo; vos, en quien la pródiga naturaleza ha derrama-

do tantos dones, y que podeis aspirar á todos los goces de la vida? Vos, hijo de un gran rey, y lo que es mas, adornado de prendas, que eclipsan hasta el esplendor de vuestro rango? Vos, que teneis jueces parciales en el severo tribunal de las mugeres, que son las que esclusivamente deciden del valor y mérito de los hombres? Vos, que con una sola mirada venceis; que inflamais, permaneciendo frio; que con vuestro amor, daríais un paraiso, un cielo, una felicidad divina!—y el hombre, á quien la naturaleza, para la felicidad de tantos, colmó de dones, que concede á muy pocos, seria desdichado? Oh! Cielos, que le dísteis todo, ¿porqué negarle los ojos, para ver sus triunfos?

CARLOS. (*Que durante este tiempo ha estado engolfado en sus pensamientos, vuelve en sí, al callar la princesa, y se levanta sobresaltado.*) Perfectamente, incomparable! cantad ese pasage otra vez.

EBOLI. (*Mirándolo asombrada.*) ¿Cárlos, donde estábais entretanto?

CARLOS. (*Levantándose.*) ¡Ah Dios mio! Me recordais á tiempo. Debo irme, irme al momento.

EBOLI. (*Deteniéndole.*) ¿A dónde?

CARLOS. (*Con estrema ansiedad.*) A fuera, al aire libre—dejadme, princesa, siento, como si el mundo ardiese á mis espaldas.

EBOLI. (*Deteniéndole á la fuerza.*) Qué teneis? por qué ese proceder tan estraño? (*Cárlos se para y queda pensativo, ella aprovecha este momento para llevárselo al sofá.*) Vos necesitais tranquilidad, querido Cárlos, vuestra sangre está agitada.—Venid, sentaos á mi lado.—Desechad esas negras fantasías, preguntaos francamente vos mismo, si podeis esplicaros la opresion de vuestro corazon: y aunque lo pudiérais No habrá entre todos los caballeros de la corte uno, ni entre todas las damas una, que os pueda curar, mejor diré, que os pueda comprender, ¿no habrá entre ellas ninguna digna.....

CARLOS. (*Distraido y con ligereza.*) Quizás la princesa de Eboli.

EBOLI. (*Con viveza y alegria.*) De veras?

CARLOS. Dadme una recomendacion para mi padre, interceded por mí. Dicen que es grande vuestra influencia.

EBOLI. Quién lo dice. (*Aparte.*) Ah! con que la sospecha fué la que te hizo mudo!

CARLOS. Probablemente ya habrá circulado la historia. Yo tuve de pronto el deseo de marchar á Brabante, solamente para ganar mis espuelas. Pero mi padre no me lo permite. Mi buen padre teme, que mandando un ejército, se deteriore mi voz.

EBOLI. Cárlos, haceis mal vuestro papel. Confesad, que os quereis escapar con esos rodeos.—Miradme cara á cara, hipócrita! ¿Podria el que solo sueña con acciones caballerescas, rebajarse hasta el punto de robar los lazos, que se caen á las damas; y, perdonadme, (*Arrebatando del cuello de la camisa de Cárlos una cinta, que ocultaba.*) guardarlos tan cuidadosamente?....

CARLOS. (*Retirándose con estrañeza.*) Princesa... Esto es ya demasiado... Estoy vendido.... A vos no se os engaña..... ¿Teneis pacto con los espíritus, con los demonios?

EBOLI. ¿Y os admirais de esto? Qué apostamos, príncipe, á que os recuerdo historias, historias que..... ¿A ver, probad, preguntadme.—Cuando los caprichos del momento, cuando un acento medio ahogado, ó una sonrisa borrada al instante por la gravedad, cuando gestos desapercibidos hasta de vos mismo, no se me han escapado; juzgad si comprenderia, cuando queriais ser comprendido.

CARLOS. A mucho os atreveis, princesa. Bien, acepto la apuesta. Vos me prometeís hacer en mi corazon descubrimientos que yo mismo ignoro.

EBOLI. (*Ofendida y con seriedad.*) ¿Qué vos ignorais, príncipe?—Reflexionad un momento. Mirad á vuestro alrededor. No es este gabinete ningun aposento de la reina, donde es lícito fingir. ¿Os turbais, y la sangre colora vuestro rostro?.. En verdad, quien iba á ser tan atrevida y maliciosa, para espiar á Cárlos, cuando él se creia libre de que le vigilasen? ¿Quien no le vió en el último baile de palacio, dejar á su señora, la reina, y arrojarse al grupo inmediato, para dar la mano á la princesa de Eboli, en lugar de su augusta pareja? Esta fué una distraccion, príncipe, que la observó hasta el monarca, que acababa de entrar.

CARLOS. (*Con sonrisa irónica.*) Hasta ese? Ciertamente, querida princesa. Ese no debió haberlo notado.

EBOLI. Lo mismo, que aquella otra escena en la capilla de palacio, de la que tal vez no os acordeis ya. Vos estabais en fervorosa oracion, arrodillado ante la Sma. Virgen,

cuando de repente—¿podiais vos remediarlo?—de repente se oyen crujir los vestidos de ciertas damas, y hé aqui que el heróico hijo de Felipe, se pone trémulo, como un herege ante el Santo Oficio, en sus pálidos lábios espira la oracion emponzoñada por el fuego de la pasion—farsa tan ingeniosa como edificante—tomais la mano santa y fria de la madre de Dios y ardientes besos llueven sobre el mármol.

CARLOS. Me haceis una injusticia, princesa. Era devocion pura.

EBOLI. Ah! eso es otra cosa, príncipe. Seguramente fué tambien por temor de que se perdiese, cuando estando otro dia jugando con la reina y conmigo, ocultásteis con una habilidad admirable este guante, (*Cárlos se levanta turbado*) que despues tuvísteis la atencion de jugar en vez de una carta.

CARLOS. ¡Oh Dios, Dios mio!—¡Qué he hecho!

EBOLI. Nada, de que tengais que arrepentiros, así lo espero. Qué agradable fué mi sorpresa al descubrir el billete, que en él habiais escondido. Era el romance mas tierno, que.....

CARLOS. (*Interrumpiéndola con viveza.*) ¡Versos! Pensamientos pasageros que á veces brotan de mi cerebro, y que como se levantaron se disipan. No hablemos de eso.

EBOLI. (*Alejándose con asombro, y contemplándole desde cierta distancia.*) Lo he agotado todo. Todas mis tentativas las evade como una serpiente este hombre escéntrico. (*Despues de un corto silencio.*) Pero qué?—¿Será su orgullo tan estremado, que para hacer mas dulce su dicha, se vale de la máscara de la timidez?—(*Se acerca al príncipe y le mira dudosa.*) Acabad, príncipe, Esplicadme de una vez... Yo estoy como ante una caja encantada, que todas mis mañas no alcanzan á abrir.

CARLOS. Como yo ante vos.

EBOLI. (*Se retira con viveza, y dá algunos pasos en silencio por el gabinete; fija la mente, al parecer, en algo importante, despues de una pausa con tono sério y solemne.*) Forzoso es hablar, y yo os elijo como juez. Vos teneis un alma noble, sois hombre, príncipe y caballero. En vuestros brazos me refugio. Salvadme, y si para mí no hay salvacion posible, llorad conmigo mi suerte (*Cárlos se acerca, con curiosidad é interés.*) Un atrevido favorito del monarca solicita mi mano, Rui Gomez, Conde de Silva.

El rey consiente, ya está cerrado el contrato, y yo vendida á ese hombre.

CARLOS. (*Con notoria emocion.*) Vendida! Tambien vendida, y otra vez por ese famoso traficante del Sur!

EBOLI. No es eso todo, escuchad. No contento con sacrificarme á la política, tienden lazos tambien á mi inocencia. Esta carta os descubrirá la trama, (*Carlos toma el papel, y en su impaciencia por oir la narracion, no lo lee.*) ¿Dónde he de encontrar salvacion, príncipe? Hasta ahora ha protegido mi orgullo á mi virtud; pero al fin...

CARLOS. ¿Pero al fin sucumbísteis? ¿Sucumbisteis? ¡No, no por Dios!

EBOLI. (*Con altivez.*) ¿Sucumbir? ¡Mezquinos raciocinios! ¡Cuan flacos son esos espíritus fuertes, que estiman el favor de una muger, las dichas puras del amor, como una mercancía, que se puede comprar! El amor es lo único en la tierra, que no admite otro comprador sino él mismo. Amor solo se paga con amor, es el diamante precioso, que yo regalaré voluntariamente, ó enterraré conmigo para siempre, á semejanza de aquel gran mercader, que indiferente al oro de Rialto, y para oprobio de los reyes, devolvió su perla al mar, demasiado orgulloso para darla por menos de su valor.

CARLOS. (*Aparte.*) ¡Por Dios que está hermosa esta muger!

EBOLI. Llámenlo capricho, vanidad, enhorabuena. ¡Yo no divido mi cariño. Al hombre, que yo elija, á ese solo, le daré todo por todo. No doy mas que una vez, pero para siempre. A uno solo hará feliz mi amor, pero á ese único le hará un Dios!—La encantadora armonía de las almas, que se comprenden,—el beso—las delicias de las horas pasadas juntos,—la mágia celestial de la hermosura, no son mas que matices de un mismo rayo de luz, hojas de una misma flor. ¿Y yo insensata, iria á arrancar una hoja del cáliz de esa hermosa flor, á degradar yo misma la dignidad de la muger, la obra maestra de la divinidad, para endulzar las horas de un disoluto?

CARLOS. (*Aparte.*) ¡Increible! Cómo, ¿Madrid encerraba una muger como esta y yo lo ignoraba hasta ahora?

EBOLI. Ya hace tiempo que hubiera abandonado la córte y el mundo, para sepultarme en los santos muros de un convento; pero un vínculo único, me retiene poderosamente en el mundo. ¡Ah! ¿quién sabe? Acaso no es mas que

una sombra, aunque para mí de mucho valor. Yo amo, y no soy correspondida.

CARLOS. (*Acercándose á ella entusiasmado.*) ¡Lo sois, como hay Dios, yo os lo juro, lo sois é inefablemente!

EBOLI. ¿Vos? ¿vos lo jurais? ¡Oh esa fué la voz de un ángel! Si vos lo jurais, Cárlos, entónces debo creerlo, entónces lo soy.

CARLOS. (*Estrechándola en sus brazos con ternura.*) Dulce y encantadora muger, adorable criatura.—Aquí estoy estático ante tí; todo admiracion y arrobamiento! ¿Quién, quién bajo el sol, te vió, y puede vanagloriarse de no haber amado nunca?—¿Pero que haces tú aquí, en la corte de Felipe, tú ángel hermoso? ¿Rodeado de frailes y bajo su dominio? No es esta zona para tan tiernas flores. Querran despojarte de tu lozanía, lo sé. —Mas no, por vida mia, no. Te tengo en mis brazos, y en ellos te llevaré á través de este infierno. ¡Oh déjame ser tu ángel protector!

EBOLI. (*Con una mirada llena de amor.*) ¡Oh Cárlos, que mal os conocia! ¡y cuan pródigamente recompensa vuestro corazon la ardua tarea, de comprenderlo! (*Le toma la mano para besarla.*)

CARLOS. (*Retirándola.*) ¡Princesa! ¡Qué haceis?

EBOLI. (*Con dulzura y gracia contemplando la mano.*) ¡Qué hermosa es esta mano, y qué poderosa! Esta mano, príncipe, tiene todavia que conceder dos dádivas preciosas, una corona y el corazon de Cárlos. ¡Ambas tal vez á una sola muger! ¡Dádiva grandiosa, divina!—Casi demasiado grandes para un solo mortal. ¿Pero, y si os decidiéseis á dividirlas, príncipe? Las reinas no saben amar, y á la muger que ama, no le importa una corona. Por eso, príncipe, mejor es dividirlas de una vez—ahora mismo.—¿Tal vez lo habreis ya hecho? ¿Seria posible? tanto mejor! Conozco yo á esa afortunada?

CARLOS. La conocerás! A tí voy á descubrirme, á tu inocencia, á tu corazon esento de mancha quiero descubrirme.—En esta corte, eres tú la mas digna, la única y la primera que ha comprendido mi alma. Pues bien, no lo niego, yo amo.

EBOLI. ¡Cruel! ¿Tan difícil te ha sido el confesarlo, y he debido ántes hacerme digna de tu compasion, para merecer tu amor?

CARLOS. (*Sobresaltado*) ¿Cómo? Qué decís?

EBOLI. ¡Jugar así conmigo! En verdad, príncipe, no está eso bien. Y hasta negar la llave!

CARLOS. ¡La llave, la llave! (*Despues de un momento de reflexion y silencio.*) Ah! ya caigo!—eso era—Dios mio! (*Cárlos trémulo se apoya en una silla y oculta la cara.*)

EBOLI. (*Largo silencio de ambas partes; dá un grito y cae.*) ¡Dios mio! Qué es lo que he hecho!...

CARLOS. (*Levantándose y con la espresion de un profundo dolor.*) ¡Caer tan bajo desde lo alto del cielo! Eso es terrible!

EBOLI. (*Ocultando la cara en un almohadon.*) ¿Qué es lo que descubro? ¡Dios mio!

CARLOS. (*Echándose á sus piés.*) Yo no soy culpable, princesa—una pasion, una desgraciada equivocacion.—¡Por los cielos! yo no soy culpable!

EBOLI. (*Rechazándole.*) Quitaos de mi vista, por Dios!

CARLOS. Jamás! ¿Cómo abandonaros en esa terrible agitacion?

EBOLI. (*Empujándole á la fuerza.*) ¡Por piedad, por generosidad, idos de mi vista! ¿Quereis asesinarme? Aborrezco vuestra presencia: (*Cárlos yéndose.*) devolvedme mi carta y mi llave. ¿Y la otra carta donde está?

CARLOS. ¿La otra? Cual?

EBOLI. La del rey.

CARLOS. (*Estremeciéndose.*) ¿De quién?

EBOLI. La que os dí hace poco.

CARLOS. ¿Del rey? y á quién? á vos?

EBOLI. ¡Cielos! Como me he enredado. Por Dios! dadme la carta, la necesito.

CARLOS. ¿Carta del rey? y dirijida á vos?

EBOLI. ¡Dádmela por Dios!

CARLOS. ¿La que desenmascararia á cierto santo?

EBOLI. ¡Soy perdida! dádmela.

CARLOS. Esa carta.

EBOLI. (*Juntando las manos desesperada.*) ¡Imprudente de mí cuanto he arriesgado!

CARLOS. ¿Esa carta es del rey? Ah! princesa, eso varia completamente la cuestion. (*Enseñando la carta.*) Esta carta no tiene precio, es inestimable, y todas las coronas de Felipe, serian insignificantes y de ningun valor, para rescatarla de mis manos. Esta carta la guardo yo. (*Se vá.*)

EBOLI. (*Echándose á sus piés*) ¡Gran Dios! soy perdida!

ESCENA IX.

La Princesa, *sola.*

Eboli. (*Todavia sobresaltada y confusa despues que Cárlos se ha ido, corre hácia él, y quiere llamarlo.*) ¡Príncipe, una palabra, oid!—¡Se vá! ¡Tambien eso! Me desprecia, héme aqui en una horrible soledad, desdeñada, abandonada!.. (*Cae en un sillon, despues de una pausa.*) No, solamente desbancada por una rival! Que él ama, no hay la menor duda. Él mismo lo confesó. ¿Pero, quién es la afortunada?.. Tambien es evidente, que ama á quien no debiera, puesto que tanto teme lo descubran, y oculta al rey su pasion. ¿Pero porqué ocultarla al rey, que justamente lo desea? ¿ó no es al padre, á quien teme en su padre?... Cuando descubrió las miras licenciosas del monarca, animó el júbilo su rostro, y parecia ya feliz. ¿Cómo esplicar que su virtud severa enmudezca aquí, justamente aquí? ¿Qué ventaja puede reportarle, que el rey sea infiel á su esposa? (*Párase de pronto como iluminada por una idea. Saca de su seno la cinta que arrebatára Cárlos, la contempla, y la reconoce.*) ¡Oh torpe, insensata de mí! Ahora lo entiendo.—¿Dónde estaban mis sentidos? Ahora se abren mis ojos. Ellos se amaban mucho ántes que el monarca la eligiese por esposa. Nunca me vió el príncipe, sino al lado de ella; y cuando yo me creia adorada, amada intensamente, ¿era en ella en quien pensaba? ¡Oh engaño sin igual! y yo, que le confié mis flaquezas! (*Despues de un corto silencio.*) Yo no puedo creer que ame sin esperanzas: un amor sin esperanzas no resiste esta lucha. Él ha triunfado de un amor, por el que suspira en vano el monarca mas poderoso de la tierra. No hace tales sacrificios un amor desesperanzado. ¡Qué ardiente era su beso! ¡Con qué ternura me estrechó contra su seno palpitante! Semejante prueba es demasiado fuerte para esa fidelidad novelesca, sino es correspondida. Él tomó la llave, que imaginó enviada por la reina, luego creyó en este paso gigantesco del amor, y asiste en efecto á la cita, creyendo así á la esposa de Felipe capaz de tan loca resolucion. ¿Cómo pudo pensar así, sin razones

que dén fundamento para ello. Esto es claro, él es correspondido, ella ama. ¿Quién lo pensára? ¡Esa criatura santa abrasada por una pasion! Y qué hábil es!—¡Yo que temblaba ante ese sublime modelo de virtud!—Ella se elevaba á mi lado como un ser superior, eclipsándome con su esplendor. Yo envidiaba á su hermosura esa sublime tranquilidad, libre de las agitaciones de las naturalezas mortales; ¿y esa serenidad, era sola apariencia? Queria gozar á un tiempo del esplendor divino de la virtud, y de las secretas delicias del vicio. Y habrá de lograrlo impunemente esta hipócrita, porque no hay quien la descubra? ¡No por cierto, vive Dios! Yo la adoraba ántes—esto exije venganza. El rey sabrá este engaño.—El rey (*reflexionando.*) Sí, ¡Este es el modo de ser oida! (*Sale.*)

ESCENA X.

Un aposento del Palacio Real.

El Duque de Alba *y* Fr. Domingo.

Fr. Dom. ¿Qué teneis que comunicarme?

Alba. Un descubrimiento importante, que acabo de hacer, y sobre el cual deseo saber vuestra opinion.

Fr. Dom. ¡Un descubrimiento! ¿De qué se trata?

Alba. El príncipe D. Cárlos y yo nos encontramos esta mañana en la antesala de la reina. Él me ofendió. Nos acaloramos. La disputa crece, y echamos mano á nuestras espadas. Al ruido, abre la reina su cuarto, se pone por medio, y echa al príncipe una mirada de confianza despótica. Esta sola mirada bastó. Su brazo se entorpece, vuela á mi cuello, me abraza, y desaparece.

Fr. Dom. (*Después de un corto silencio.*) ¡Cosa estraña! Esto me recuerda algo, duque! Ya hace tiempo. lo confieso, que abrigo sospechas de esa clase; pero siempre he desechado esos pensamientos, y á nadie los he confiado, porque hay espadas de dos filos, amigos dudosos... y á ambos los temo. Dificil es juzgar á un hombre, y mas dificil aun, conocerle á fondo. Las palabras que involuntariamente se escapan son tan peligrosas como un confidente

ofendido; por eso he sepultado en mi pecho mi secreto, hasta que el tiempo lo ha sacado á luz.—El prestar ciertos servicios á los reyes, es á veces peligroso; son dardos, que si no dan en el blanco, rechazan sobre el que los lanzó. Lo que yo tengo que decir, podria jurarlo por lo mas sagrado, pero un testigo ocular, una palabra sorprendida, un papel cualquiera, pesarian mas en la balanza, que mi íntima conviccion. ¡La desgracia es que estamos en España!

ALBA. ¿Por qué desgracia?

FR. DOM. Porque en cualquiera otra corte, puede la pasion olvidarse, mientras que aquí la previene la severidad de las leyes. Muy difícil debe serle á una reina de España pecar, lo creo, pero por desgracia, solo encuentra obstáculos, donde justamente podriamos sorprenderla mejor

ALBA. Aun hay mas. Cárlos ha obtenido hoy una audiencia del rey de mas de una hora. Solicitaba el gobierno de los Paises Bajos, y habló con voz tan alta, y con tanto fervor, que yo le oia desde el gabinete. Cuando salió tenia los ojos encendidos de llorar y al medio dia, cara de triunfo, alegrándose infinito que el rey me hubiese dado la preferencia, y hasta se lo agradecia. «Las cosas han variado,» dijo «y esto marcha ahora mejor.»—El no es capaz de fingir. ¿Cómo esplicar estas contradicciones? El príncipe contento de verse pospuesto, y el rey concediéndome una gracia encolerizado! ¿Qué es lo que debo creer? En verdad que mi nueva dignidad tiene mas aire de destierro, que de favor.

FR. DOM. ¿A este punto han llegado ya las cosas, á este punto? Un momento ha bastado á destruir lo que hemos edificado en tantos años?—Y vos estais tan tranquilo, tan descuidado?—No conoceis á ese jóven?—No preveeis, lo que nos espera si llega al poder?—El príncipe!...—Yo no soy su enemigo, otros son los cuidados, que turban mi reposo, temores por el trono, por Dios y por su Santa Iglesia! El príncipe, (le conozco á fondo y leo en su alma) sé abriga un proyecto terrible, duque, el loco propósito de hacerse regente, y echar por tierra nuestra santa fé.—Inflama su pecho una nueva virtud, que altiva, segura y bastándose á sí misma, no mendiga nada á otras creencias.—¡El piensa! Su cabeza arde en

estrañas quimeras. Él respeta al hombre. ¿Puede convenirnos para rey?

ALBA. Esas son ilusiones de su edad, nada mas, ó tal vez ambicion juvenil de hacer papel, puesto que no tiene otro partido que tomar. Eso se le pasará, cuando le toque mandar.

FR. DOM. Lo dudo.—El se enorgullece de su libertad, y no está acostumbrado á esa sujecion á que debe someterse el que quiere gobernar á los demas. ¿Conviene un hombre semejante para nuestro trono? Su espíritu atrevido y gigantesco romperá las barreras de nuestra política. He intentado en vano, enervar su ánimo en los placeres de este siglo voluptuoso. Ha resistido la prueba. Un alma de este temple en un cuerpo semejante es de temer, y Felipe vá á cumplir ya sesenta años,

ALBA. Muy lejos alcanzan vuestras miradas.

FR. DOM. Él y la reina son lo mismo. En ambos pechos se desliza ya, aunque ocultamente, el veneno de la innovacion. Si esta gana terreno, pronto se estenderá tambien al trono.—Conozco bien á esta Valois. Si D. Felipe cede, la venganza de esta enemiga silenciosa será temible. Todavia nos es propicia la fortuna, anticipémosnos, y ambos caerán en un mismo lazo. Con pruebas ó sin ellas, demos ahora al rey este aviso, que mucho adelantamos, con que titubee. A nosotros no nos cabe la menor duda y al que está convencido, no le es dificil convencer. Estad seguro de que poco á poco irémos descubriendo mas terreno, teniendo la seguridad de que aun resta que descubrir.

ALBA. Todavia queda la cuestion mas importante. ¿Quién se encarga de decírselo al rey?

FR. DOM. Ninguno de los dos. Oid, lo que desde hace tiempo, ocupado con este gran proyecto, he discurrido para llegar á nuestro fin. Todavia falta en nuestra liga otra persona, que es la mas importante.—El rey ama á la princesa de Eboli. Yo alimento esta pasion, que sirve á mis designios; soy su emisario, y la estoy disponiendo para nuestros planes. Si salgo adelante con mi empresa, en esta jóven tendremos una aliada, una reina. Ella misma me ha mandado llamar á este aposento. Yo me prometo mucho.—Esas lises de los Valois, las troncha en una noche una muger española.

ALBA. Qué escucho! ¿Es verdad lo que decís? Por Dios, que

estoy sorprendido! Así se completa la obra ¡Oh buen dominicano! yo te admiro. Ya es nuestro el campo.

FR. DOM. Silencio, alguien viene,—ella es.

ALBA. Me voy al cuarto inmediato, y si....

FR. DOM. Está bien, yo os llamaré. (*El duque sale.*)

ESCENA XI.

La PRINCESA *y* FR. DOMINGO.

FR. DOM. A vuestras órdenes, princesa.

EBOLI. (*Siguiendo con la vista al duque.*) ¿No estamos solos? Tenemos, segun veo, testigos?

FR. DOM. ¿Cuales?...

EBOLI. ¿Quién salió ahora poco de aquí?

FR. DOM. El duque de Alba, señora, que solicita el permiso de veros despues.

EBOLI. ¿El duque de Alba? ¿Qué será esto? ¿Qué se le ofrerá? ¿Me lo podreis decir?

FR. DOM. ¿Yo? ¿Podré saber ántes á qué ocurrencia importante debo el favor, de que tanto tiempo he estado privado, de volver á acercarme á la princesa de Eboli? (*Pausa, en la que espera la respuesta.*) ¿Tal vez alguna circunstancia favorable á los deseos del rey? ¿He esperado con razon, que reflexionando despacio, os reconciliaríais con una oferta, que solo por capricho rechazásteis? Estoy impaciente por saber...

EBOLI. ¿Dísteis al rey mi última respuesta?

FR. DOM. He diferido herirle tan mortalmente. Todavia es tiempo, princesa. De vos pende mitigar su rigor.

EBOLI. Anunciad al rey que le espero.

FR. DOM. ¿Hablais formalmente, princesa?

EBOLI. No estoy para bromas; pero por Dios que me asustais. ¿Qué he hecho, para que hasta vos mudeis de color?

FR. DOM. Apenas comprendo, princesa, esta sorpresa tan repentina.

EBOLI. Ni debeis comprenderla tampoco, reverendo padre; por nada del mundo quisiera que la hubieseis comprendido. Basteos saber, que es así, y ahorraos el trabajo de investigar quien ha ocasionado con su elocuencia cambio tan grande. Para vuestro consuelo añado, que ni vos, ni la

Iglesia teneis parte en este pecado. Aunque me hayais asegurado que puede haber casos en que la Iglesia se sirva para sus altos fines, del cuerpo de sus jóvenes hijas, no es este el motivo. Tales razones, reverendo padre, son demasiado elevadas para mí.

FR. DOM. Con gusto las retiro, si son supérfluas.

EBOLI. Decid tambien al monarca que no me juzgue mal por el paso que voy á dar. Yo soy la misma de ántes. Las cosas son las que han variado. Al desechar con indignacion su oferta, le creia feliz con poseer á la mejor de las reinas, creia que esa esposa fiel merecia este sacrificio de mi parte. Entónces lo creia, ahora me he desengañado.

FR. DOM. Continuad, princesa, soy todo oidos, nos entendemos.

EBOLI. En una palabra. La he descubierto y no perdonaré por mas tiempo á esa hipócrita. ¡Engañar así al rey, á toda España y á mí misma! Ella ama! Me consta que ama! Tengo pruebas que la harán temblar. El rey ha sido engañado, pero no lo será impunemente. Yo arrancaré de su frente esa máscara de abnegacion sublime y sobrehumana, para que todo el mundo reconozca á la culpable. Verdad es que me cuesta muy caro, pero mi triunfo está en que á ella le cuesta mas.

FR. DOM. Ahora está ya todo en razon. Permitidme que llame al duque. (*Sale.*)

EBOLI. (*Admirada.*) ¿Qué significa esto?

ESCENA XII.

—

La PRINCESA, *el* DUQUE DE ALBA *y* FR. DOMINGO.

FR. DOM. (*Conduciendo al duque.*) Nuestra noticia, duque, llega tarde. La princesa de Eboli nos descubre el secreto, que justamente queríamos comunicarla.

ALBA. En ese caso, princesa, no estrañareis mi visita. Yo no me fio de mis propios ojos. Para hacer semejantes descubrimientos, se necesita la vista de una muger.

EBOLI. ¿Hablais de descubrimientos?

FR. DOM. Si quisiérais decirnos, en qué sitio y á qué hora mas á propósito...

EBOLI. Bien, mañana al medio dia os espero. Tengo motivos para no ocultar al rey por mas tiempo este misterio. El silencio me haria culpable.

ALBA. Eso es lo que me ha traido aquí. Es menester que el rey lo sepa al momento, y que lo sepa por vos, princesa, por vos sola. ¿Pues á qué lábios daria mas crédito que á los vuestros, á la amiga severa y vigilante de su esposa?

FR. DOM. ¿A quién mejor que á vos, que no necesitais mas que querer, para dominarle completamente?

ALBA. Yo soy enemigo declarado del príncipe.

FR. DOM. Lo mismo cree el mundo de mí.—La princesa está libre de tales sospechas. Mientras que nosotros estamos obligados á callar, vuestro deber, el deber de vuestro oficio os obliga á hablar. El rey no se nos puede escapar, si vuestros avisos surten efecto; y nosotros completaremos la obra.

ALBA. Pero es necesario hacer esto sin demora, ahora mismo. Los momentos son preciosos, y á cada instante puedo recibir la órden de partir.

FR. DOM. (*Volviéndose á la princesa despues de una breve pausa.*) Si pudiéramos encon rar cartas.—En verdad que una carta interceptada haria aquí gran efecto. Veamos!—Si no me engaño, dormís en el mismo aposento de la reina.

EBOLI. En el contiguo.—¿Pero de que nos sirve esto?

FR. DOM. ¡Quien pudiera abrir las cerraduras! ¿No habeis reparado donde suele guardar la llave de su pupitre?

EBOLI. (*Recordando.*) ¡Ah, es verdad! eso podria conducir á algo, y el dar con la llave no debe ser muy dificil, á mi modo de ver.

FR. DOM. Las cartas requieren mensajeros. Su comitiva es numerosa. ¿Quién podrá enseñarnos la huella? El oro puede mucho.

ALBA. ¿Ha observado alguien, si tiene el infante confidentes?

FR. DOM. Ni uno solo en todo Madrid.

ALBA. Eso es raro.

FR. DOM. Podeis creerlo tranquilamente. Desprecia á la corte entera. Tengo de ello pruebas.

ALBA. Esperad, me ocurre una idea; al salir del gabinete de la reina, vi al infante hablar en secreto con uno de los pages.

EBOLI. (*Interrumpiéndolo con viveza.*) No, no puede ser,—Eso debe haber sido de otra cosa.

FR. DOM. ¿Quién sabe? El caso es sospechoso. (*Dirigiéndose al duque.*) Y no conocisteis al page?

EBOLI. ¡Estravagancias suyas! ¿Qué otra cosa puede ser? Basta ya, no hay que dudarlo.—Quedamos en vernos, antes que yo hable al rey. Mientras tanto puede descubrirse mucho.

FR. DOM. (*Llamándola aparte.*) ¿Puedo dar esperanzas al rey? Se lo puedo asegurar? Puedo anunciárselo? Cuando podré anunciarle, que se realizarán sus ardientes deseos?

EBOLI. Dentro de algunos dias me pondré mala. Como sabeis, me separarán, segun costumbre, de las habitaciones de la reina, y entonces estaré sola en mi cuarto.

FR. DOM. ¡Feliz idea! Hemos ganado el juego. Ahora podemos hacer frente á todas las reinas del mundo.

EBOLI. Sitencio! me llaman: la reina me necesita. Hasta mas ver. (*Sale.*)

ESCENA XIII.

ALBA *y* FR. DOMINGO.

FR. DOM. (*Despues de una pausa durante la cual ha seguido á la princesa, hasta que desaparece.*) Con mugeres como esta, con vuestros triunfos y...

ALBA. Y vuestro ministerio, podemos esperar tranquilamente el rayo que nos haya de derribar. (*Salen.*)

ESCENA XIV.

Un convento de Cartujos.

CÁRLOS *y el* PRIOR.

CARLOS. (*Entra hablando con el Prior.*) ¿Con que ha estado aquí ya?—Lo siento.

PRIOR. Por tercera vez desde esta mañana. Hace una hora que se fué.

CARLOS. Pero volverá?—No dijo nada?

PRIOR. Prometió volver antes de las doce.

CARLOS. (*Acercándose á una ventana, y contemplando el paisaje.*) Vuestro convento dista bastante del camino real. Allá se divisan todavia las torres de Madrid. Eso es, y aquí corre el Manzanares. Este paisage es magnífico, es como me agradan á mí. Todo tranquilidad, la soledad misma.

PRIOR. Como la entrada en la otra vida.

CARLOS. A vuestra lealtad, reverendo padre, he confiado lo que en este mundo me es mas precioso y sagrado. Ningun mortal debe saber, ni aun siquiera sospechar con quien hablo yo aquí secretamente. Tengo motivos muy poderosos para ocultar al mundo entero, el hombre á quien espero aquí. Por eso escogí este convento. Creo que aquí estamos libres de traicion y de sorpresa. ¿Recordais vuestro ofrecimiento?

PRIOR. Tranquilizaos, señor! Las sospechas de los reyes no registran sepulcros. La curiosidad existe solo en las puertas de la dicha y de la pasion; pero el mundo acaba en estas paredes.

CARLOS. ¿Tal vez pensais que bajo este temor y esta cautela, se oculta una conciencia culpable?

PRIOR. Yo no pienso nada.

CARLOS. En ese caso os equivocariais, padre mio. Mi secreto huye de los hombres, pero no de Dios.

PRIOR. Hijo mio, eso nos importa poco. Este asilo está abierto al crímen, como á la inocencia. Si tus designios son buenos ó malos, justos ó culpables, eso habrás de arreglarlo con tu conciencia.

CARLOS. (*Con calor.*) Lo que ocultamos, no puede ofender á Dios. Es su propia obra, es la mas hermosa. A vos creo, puedo revelarlo.

PRIOR. ¿Para qué? Dispensadme de esto, príncipe! El mundo y sus asuntos yacen largo tiempo ha olvidados para mí, que solo pienso en la última jornada. A qué traerlos de nuevo á mi memoria, en el breve espacio, que me resta ántes de partir? Poco se necesita para salvarse.—Pero ya tocan á coro.—Dios os guarde. (*Sale.*)

ESCENA XV.

CÁRLOS *y el* MARQUES, *que entra.*

CARLOS. Gracias á Dios, que vienes.

MARQ. ¡Qué prueba para la impaciencia de un amigo! Dos veces ha salido el sol, y dos veces se ha ocultado, desde que se decidió el destino de Cárlos y hasta ahora no voy á saberlo. Habla. ¿Os habeis reconciliado?

CARLOS. ¿Quien?

MARQ. Tú y el rey. ¿Se ha decidido sobre Flándes?...

CARLOS. ¿Que el duque parta mañana? Sí, eso está ya decidido.

MARQ. Es imposible! Eso no puede ser ¿Puede engañarse así á todo Madrid? Se dice que habias tenido una audiencia secreta, que el rey.....

CARLOS. Permaneció inflexible, y ahora estamos mas separados que nunca.

MARQ. ¿Luego no marchas á Flandes?

CARLOS. No, decididamente, no.

MARQ. ¡Ay de mis esperanzas!

CARLOS. Dejemos esto ahora. ¡Ah Rodrigo, qué de cosas han pasado desde que nos separamos! —Pero ante todo, aconséjame, es preciso que le hable...

MARQ. ¿A tu madre? A qué?

CARLOS. Tengo esperanzas.—¿Mudas de color? Tranquilízate. Debo ser feliz, y lo seré. Pero luego hablarémos de eso. Ahora dime no mas, cómo podré hablarla.

MARQ. ¿Qué adelantas con eso? En qué se funda ese delirio?

CARLOS. No es delirio, vive Dios! no lo es. Es realidad, es la verdad, (*Enseñando la carta del rey á la princesa de Eboli.*) contenida en este importante papel! La reina está ahora libre, libre á los ojos del mundo, como á los del cielo. Lee, y cesa de admirarte.

MARQ. (*Abriendo la carta.*) Cómo, qué veo? De la misma letra del monarca? (*Despues de haberla leido.*) ¿A quien está dirigida?

CARLOS. A la princesa de Eboli. Antes de ayer un page de la reina me entregó, sin decir quien le enviaba, una llave y una carta, diciéndome fuera á un gabinete del ala izquierda de palacio, que habita la reina, donde una dama,

á quien yo amaba hacia largo tiempo, me esperaba. Yo obedecí al momento...

MARQ. ¡Insensato! ¿fuistes?

CARLOS. Yo no conocia la letra. Solo conozco á una muger que amo. ¿Quién sino ella podria creerse adorada de Cárlos? Ebrio de amor vuelo á la cita. Un dulce canto, que del interior del gabinete resonaba, me sirve de guia—llego en fin—y á quien crees que encuentro?—¡Figúrate mi sorpresa!

MARQ. ¡Oh, lo adivino todo!

CARLOS. Me hubiera perdido para siempre, Rodrigo, á no haber caido en manos de un ángel. ¡Que desgraciada casualidad! Ella engañada por el lenguaje imprudente de mis ojos, se abandona á la dulce ilusion, de ser el ídolo de estas miradas, y conmovido su tierno corazon por los sufrimientos silenciosos de mi alma, se decide con generosidad irreflexiva á corresponder á mi amor. Interpreta mi silencio por respeto, y resolviéndose á hablar, desplegó á mis ojos su alma hermosa.

MARQ. ¿Tan tranquilo lo cuentas? La princesa de Eboli ha leido en tu corazon: no cabe duda. Y ha descubierto el secreto íntimo de tu amor. La has ofendido gravemente, y ella domina al rey.

CARLOS. (*Con confianza.*) Es virtuosa.

MARQ. Lo es porque ama. Temo conocer demasiado á esa virtud. ¡Qué léjos está de aquella, que elevándose del alma con gracia y altivez, como de su suelo propio, brota espontáneamente lozana y vigorosa, y no necesita el auxilio del jardinero, para esparcir sus abundantes flores! Su virtud es una planta exótica, criada en un clima crudo, con calor artificial, pobre imitacion del Mediodia. Llámalo como quieras, educacion, ó principios, es una inocencia robada hábilmente tras luchas penosas á una sangre jóven y ardiente y concienzuda y escrupulosamente puesta en cuenta al cielo que la exije y la premia. ¡Juzga tú mismo! ¿Podrá ella jamás perdonarle á la reina, que un hombre desdeñe esa virtud adquirida á costa de tantos sacrificios, y se consuma en una llama sin esperanza por la muger de Felipe?

CARLOS. ¿Conoces tú tan á fondo á la princesa?

MARQ. No ciertamente. Apenas la he visto dos veces; pero permíteme que te repita que me ha parecido, que evita

con mucha habilidad la desnudez del vicio, y que sabe muy bien lo que vale su virtud. Tambien he observado á la reina. ¡Oh Cárlos, qué diferente es todo cuanto veo en ella! Con dignidad innata y modesta, tranquila y alegre, sin conocer esa conducta estudiada, y tan léjos del descaro como de la timidez, camina silenciosamente con firmeza y heroismo por la estrecha senda del bien; pero ignorando que inspira adoracion con lo que ni siquiera sueña merezca su propia aprobacion. ¿Reconoce mi Cárlos en este retrato tal vez á su Eboli? La princesa fue constante porque amaba. El amor era la condicion espresa de su virtud. Tu no la has correspondido y ella cae.

CARLOS. (*Con viveza.*) No, no. (*Paseándose por el cuarto.*) Te digo, que no. ¡Oh Rodrigo! mal te sienta querer despojarme de mi mayor felicidad, la fé en la virtud humana.

MARQ. ¿Merezco yo esta reconvencion? No, amigo del alma. No es esa mi intencion, Dios lo sabe. ¡Oh, que fuera esa Eboli un ángel, y cual tú me prosternaria ante su virtud, con tal que no supiese tu secreto.

CARLOS. Mira cuan vanos son tus temores. ¿Qué pruebas puede ella tener, que no la avergüencen? ¿Y comprará con su propia deshonra la triste satisfaccion de la venganza?

MARQ. Por evitar un bochorno se han entregado muchos á la infamia.

CARLOS. (*Levantándose acalorado.*) No, tu no le haces justicia. Ella es noble y pundonorosa. La conozco y no temo nada. En vano intentas alarmar mis esperanzas. Yo hablaré con mi madre.

MARQ. ¿Ahora? A qué?

CARLOS. Ya no necesito guardar consideraciones. Es preciso que yo sepa mi suerte. Cuida tú solo de que logre el hablarla.

MARQ. ¿Y vas á mostrarle esa carta? ¿Hablas formalmente?

CARLOS. No me preguntes mas. Busca medios para que la hable.

MARQ. (*Significativamente.*) ¿No me dijistes que amabas á tu madre? Y quieres enseñarle esa carta? (*Cárlos baja los ojos al suelo y permanece en silencio.*) Cárlos, yo leo en tu semblante algo desconocido para mí hasta ahora. Apartas de mí tu vista? Luego no me engaño. ¿Pero es verdad lo que antes leí? Déjame ver. (*Cárlos le da la carta y el marqués la rompe.*)

CARLOS. ¿Qué haces? ¿Estás loco? (*Moderando su agitacion.*) En

verdad, confieso que esa carta me interesaba mucho.

MARQ. Tal me pareció y por eso justamente la he roto. *(Echa una mirada penetrante á Cárlos, que á su vez se fija en él perplejo. Largo silencio.)* Dí, qué tiene que ver la profanacion del tálamo régio contigo, con tu amor? Temes á Don Felipe? ¿Qué lazo puede unir la violacion de los deberes conyugales á tus atrevidas esperanzas? ¿Él ha pecado donde tú amas? ¡Oh, ahora empiezo á conocerte! ¡Mal comprendí hasta ahora tu pasion!

CARLOS. ¡Rodrigo! ¿qué es lo que crees?

MARQ. ¡Oh ya veo á lo que no me debo acostumbrar. Sí, Cárlos, hubo un tiempo en que tú eras otro. Tu alma era entónces grande, entusiasta, noble; el universo entero cabia en tu pecho. Todo esto ha desaparecido, ante una pasion egoista y mezquina. Tu corazon está árido y muerto. ¡Ni una lágrima á la desgraciada suerte de Flándes, ni siquiera una lágrima! ¡Oh Cárlos, qué pequeño y qué pobre eres, desde que no amas á nadie sino á tí mismo!

CARLOS. *(Echándose en un sillon.—Despues de una pausa, conmovido.)* Veo que tú ya no me estimas.

MARQ. No tal, Cárlos. Conozco muy bien esos arranques. Son estravíos de sentimientos laudables en sí. La reina te pertenecia, y el rey tu padre te la quitó. Hasta ahora dudabas tímidamente de tu derecho. Tal vez Felipe es digno de ella. Tú no osabas pronunciar su sentencia, sino en tu interior. La carta vino á resolver la cuestion y á hacer ver que el mas digno eras tú. Con orgullosa alegria ves al destino convicto de robo y tiranía, y triunfas en ser el ofendido, porque el sufrir injustamente enorgullece á las almas grandes. Pero hé aquí que se estravía tu fantasía. Tu orgullo estaba satisfecho y tu corazon se prometió esperanzas. Ves, bien sabia yo, que esta vez, tú mismo te engañabas.

CARLOS. *(Con emocion.)* Te equivocas, Rodrigo. Mi modo de pensar no fue ni con mucho, tan noble como me quieres hacer creer.

MARQ. ¡Te conozco yo tan poco! Mira, Cárlos, cuando te estravias, siempre busco la virtud á que debo imputar la culpa. Pero ahora nos comprendemos ya mejor; sea pues, hablarás con la reina; ahora debes hablarla.

CARLOS. *(Echándosele al cuello.)* Cómo me abochorno á tu lado.

MARQ. Ya te he dado mi palabra. Ahora deja lo demas á mi cargo. Una idea atrevida, feliz bulle en mi mente. Tú la oirás de unos lábios hermosos, Cárlos. Voy á ver á la reina y tal vez mañana te pueda decir el resultado, hasta entónces, Cárlos, no olvides:—«que un designio con»cebido por la razon suprema, y cuya realizacion reclaman »los sufrimientos de la humanidad, nunca debe abando»narse aunque se frustre mil veces.»—¿Entiendes? Acuérdate de Flándes.

CARLOS. De todo lo que tu virtud me prescriba.

MARQ. (*Acercándose á una ventana.*) Ya es tiempo. Se acerca tu comitiva. *(Se abrazan.)* Ahora eres otra vez príncipe, y yo vasallo.

CARLOS. ¿Vuelves al instante á la capital?

MARQ. Al instante.

CARLOS. Espera, una palabra. Ya iba á olvidar una noticia importante. Las cartas para Brabante las abre el rey. Con que, ten cuidado. La administracion de correos tiene órdenes secretas.

MARQ. ¿Cómo has sabido eso?

CARLOS. D. Raimundo de Tariz es muy amigo mio.

MARQ. (*Despues de una pausa.*) ¡Tambien esel Bueno; entónces irán por Alemania. *(Salen.)*

ACTO TERCERO.

Dormitorio del rey. Sobre un velador dos bugías encendidas. En el fondo de la habitacion algunos pages dormidos, de rodillas. El rey, medio vestido, está delante de la mesa, con un brazo sobre el sillon en actitud pensativa. Delante de él un medallon y algunos papeles.

ESCENA I.

El Rey.

Rey. Ella siempre ha sido novelesca. ¿Quien puede negarlo? Yo nunca he sido cariñoso con ella, y sin embargo ¿Ha echado jamás esto de menos? Evidentemente es falsa. (*Hace un movimiento, que le obliga á volver en sí, y mira á su alrededor con sorpresa.*) ¿Dónde estoy? Nadie vela aquí, mas que el rey? Las bugías están ya consumidas, y aun no es de dia. Ya tendré que renunciar al sueño. Dalo por gozado, naturaleza! Un rey no tiene tiempo de reponer las noches perdidas. Ahora estoy yo despierto, y de dia ha de ser! (*Apaga las luces, y abre las cortinas de una ventana. Al pasearse observa á los pages dormidos, y permanece un rato contemplándolos. Despues toca la campanilla.*) ¿Duerme alguien tambien en la antecámara?

ESCENA II.

El Rey *y el* Conde de Lerma.

Lerma. (*Sorprendido al ver al rey.*) ¿No se encuentra bien vuestra magestad?

REY. En el pabellon del ala izquierda habia fuego. ¿No oísteis el ruido?

LERMA. No, señor.

REY. ¿No? ¿Cómo? ¿Lo habria yo soñado? Esto no puede ser una casualidad. ¿No duerme la reina en ese lado?

LERMA. Si, señor.

REY. Ese sueño me espanta. De hoy en adelante que doblen allí las guardias, oís?—En cuanto anochezca—pero secretamente... ¿Por qué me mirais tan atento?

LERMA. Miro vuestros ojos inflamados, implorar sueño. ¿Puedo atreverme á recomendar á vuestra Magestad cuide su vida preciosa, á recordarle un pueblo que vé con dolor la huella que en vuestro rostro dejan tantas noches de insomnio? Dos breves horas de reposo bastarian...

REY. *(Con miradas de agitacion.)* ¿Sueño? Sueño hallaré en el Escorial. Mientras duerme un rey, peligra su corona; mientras lo hace un hombre, el corazon de su muger.—No, no. No puede ser. Es calumnia. ¿No fué una muger, quien la acusó? Calumnia, tu tienes nombre de muger! No quiero dar crédito á ese crimen, sin la confirmacion de un hombre. (*A los pages, que se han despertado entretanto.*) Llamad al duque de Alba! (*Salen los pages.*) Acercaos, conde. ¿Es verdad? (*Fijándolo con una mirada investigadora.*) ¡Oh, quien fuera omnisciente, siquiera mientras dá el pulso un solo latido! Jurádmelo. ¿Es verdad? ¿Soy engañado? ¿Lo soy?

LERMA. ¡Señor, rey mio!...

REY. (*Retrocediendo.*) ¡Rey! ¡Siempre rey! Ninguna contestacion mejor, solo el eco vano de esa palabra! Golpeo esta roca en busca de agua, de agua para mi sed abrasadora, y me da en su lugar, oro candente!

LERMA. ¿Qué es verdad, señor?

REY. Nada, nada. Dejadme. Idos. (*El conde se aleja, y el rey le detiene.*) Decidme ¿Sois casado? ¿Quizás padre tambien?

LERMA. Lo soy, señor.

REY. ¿Casado, y os atreveis á quedaros una noche aquí con vuestro rey? ¿Teneis canas, y no os sonrojais de creer en la fidelidad de vuestra esposa? Oh volved al punto á vuestra casa, y la hallareis en los brazos incestuosos de vuestro hijo. Creedlo, vuestro rey os lo dice, id... Y os asombrais y me mirais con aire investigador, tal vez porque mi cabeza está tambien ya cana.? Desdichado, advierte

que una reina nunca mancha su virtud. Dúdalo, y mueres.

LERMA. *(Con calor.)* ¿Quién se atreve? ¿Quién en los estados todos de mi soberano tuvo la osadía de empañar con tales sospechas su virtud, pura cual la de un ángel? De calumniar tan gravemente á la mejor de las reinas?

REY. ¿La mejor? ¿Con que tambien para vos es la mejor? Ella tiene, segun veo, muchos amigos entre los que me rodean. Mucho debe haberle costado esto, mas de lo que ella en mi opinion puede dar. Podeis marcharos ya. Llamad al duque.

LERMA. Le oigo ya en la antecámara.

REY. *(Con tono mas dulce.)* Conde, la observacion que hicísteis ántes, era cierta. Esta noche de imsomnio me hace arder la cabeza. Olvidad lo que dije soñando despierto. ¿Oís? ¡Vuestro rey os mantiene en su gracia! *(Le tiende la mano para que la bese, Lerma sale, y entra el duque de Alba.)*

ESCENA III.

—

El REY *y el* DUQUE DE ALBA.

ALBA. *(Acercándose al rey con aire perplejo.)* Una órden tan inesperada... á una hora tan extraordinaria? *(Se turba al mirar mas detenidamente al rey.)* Y ese semblante...

REY. *(Que se ha sentado y contempla el medallon que estaba sobre la mesa, mira al duque en silencio un rato.)* ¿Con que es cierto que no tengo ningun servidor fiel?

ALBA. *(Turbado.)* ¿Cómo?

REY. Me han ofendido mortalmente—nadie lo ignoraba, y nadie me lo ha advertido.

ALBA. *(Asombrado.)* ¿Una ofensa á vos, y se ha escapado á mi vista?

REY. *(Enseñándole las cartas.)* ¿Conoceis esa letra?

ALBA. Es del príncipe.

REY. *(Pausa en que mira atentamente al duque.)* ¿No sospechais aun nada? Me habeis prevenido de su ambicion. ¿Era esta la única que yo debia temer?

ALBA. Ambicion es una palabra muy lata, que puede comprender mucho.

REY. ¿Y vos, no teneis nada de particular que comunicarme?

ALBA. (*Despues de una pausa, con misterio.*) Vuestra Magestad ha confiado el Estado á mi vijilancia, y al Estado debo mis pensamientos mas secretos. Lo que yo fuera de este cargo pienso, sospecho ó sé, es esclusivamente mio. Es una propiedad sagrada, que no solo el vasallo, sino hasta el esclavo, tiene derecho de negar al rey. No todo lo que yo veo claramente, está en sazon para mi rey. Si quereis ser satisfecho, debo suplicar no interrogueis como señor...

REY. (*Dándole las cartas.*) Leed.

ALBA. (*Dirigiéndose al rey sobresaltado.* ¿Quién fué el insensato, que puso este desgraciado papel en vuestras manos?

REY. ¿Cómo? ¿Luego sabeis ya á quien alude? El nombre sé muy bien que está omitido.

ALBA. (*Retrocediendo confuso.*) Fuí demasiado ligero.

REY. ¿Conoceis?...

ALBA. (*Despues de una corta reflexion.*) Puesto que ya lo dije y mi señor lo manda, no debo retroceder... no lo niego.—Conozco á la persona.

REY. (*Levantándose en una fuerte agitacion.*) ¡Oh Dios terrible de la venganza, ayudame á inventar una muerte nueva! ¿Es esto ya una cosa tan clara, tan notoria, tan pública que sin tomarse el trabajo de indagar, se adivine á la primera mirada? Esto es ya demasiado. ¡Y yo lo ignoraba, yo!—Yo soy el último que sospecha, el último en todos mis estados.

ALBA. (*Postrándose á sus piés.*) Confieso mi culpa, clemente soberano. Yo me avergüenzo de esta prudencia tímida que me indujo á callar, cuando el honor de mi rey, la justicia y la verdad me imponian el deber de hablar. Pero pues que todos callan, puesto que la mágia de la hermosura detiene las lenguas, yo me atrevo á hablar, aunque no ignoro que las insinuantes protestaciones de un hijo, que las lágrimas y los encantos seductores de una esposa...

REY. (*Con viveza y violencia.*) Levantaos. Yo os empeño mi real palabra. Levantaos y hablad sin temor.

ALBA. (*Levantándose.*) Vuestra Magestad recordará quizás todavía aquella ocurrencia en los jardines de Aranjuez, cuando encontrásteis á la reina abandonada de sus damas, turbada y sola en un cenador.

REY. ¿Qué oigo?—Prosigue.

ALBA. La marquesa de Mondejar, fué desterrada porque tuvo bastante generosidad para sacrificarse por su reina. Segun hemos averiguado ahora, la marquesa no hizo mas que obedecer á lo que le mandaron. El príncipe Cárlos habia estado allí.

REY. (*Colérico.*) ¡Habia estado allí!

ALBA. Las huellas de un hombre marcadas en la arena, que desde la entrada izquierda del cenador iban á perderse en la gruta, donde se encontró el pañuelo que echaba de menos el príncipe, escitaron al momento sospechas. Un jardinero habia visto al infante, al mismo tiempo en que vuestra Magestad apareció en la alameda.

REY. (*Saliendo de una meditacion profunda.*) Y ella lloraba, cuando manifesté mi estrañeza. ¡Me hizo ruborizarme ante la corte entera: sonrojarme de mí mismo! A fé mia, que ante su virtud me juzgaba reo. (*Largo silencio. Se sienta y oculta el rostro.*) Decís bien, duque, esto puede conducirme á algo terrible. Dejadme solo.

ALBA. Señor, no es esto todo.

REY. (*Tomando los papeles.*) ¿Ni esto tampoco?—Ni esto?—¿Ni todo este conjunto de pruebas acusadoras? Oh! mas claro está que la luz!—Lo que yo sabia hace ya tiempo—El crímen ha comenzado desde que la recibí de vuestras manos en Madrid. Aun paréceme que la veo, pálida como un cadáver, con su horrorizada vista fija en mis canas. —Entónces empezó esta farsa.

ALBA. El príncipe perdió á su prometida en su jóven madre. Largo tiempo habia que se mecian en risueñas ilusiones, que mútuamente comprendian sus ardientes sentimientos, cuando el matrimonio de la reina puso fin á esto; pero el temor que suele acompañar á la primera declaracion de amor, estaba ya vencido y la seduccion hablaba con mas osadía, por las imágenes queridas del bien pasado. Unidos por la armonía de sentimientos y de edad é irritados por la misma sujeccion obedecian mas fácilmente al fuego de la pasion. La política se opuso á sus inclinaciones. Pero puede uno creer, señor, que ella reconociese en el Consejo ese pleno poder. ¿Que ahogase su pasion para examinar mejor la eleccion de la Cámara? —Su corazon se prometia amor y recibió una diadema.

REY. (*Ofendido y con acritud.*) ¡Disertais con mucha habilidad, duque! Admiro vuestra elocuencia.—Os doy las gracias. (*Levantándose con frialdad y altivez.*) Teneis razon. La reina ha faltado gravemente á su deber, al ocultarme cartas de tal contenido y hacerme misterios de la visita culpable del príncipe en el jardin. Ella ha cometido esta falta por una generosidad mal entendida y yo sabré castigarla. (*Toca la campanilla*) ¿Quien está en la antecámara? A vos, duque, no os necesito ya.... Idos.—

ALBA. ¿Habrá tal vez mi celo disgustado de nuevo á vuestra Magestad?

REY. (*Al page que entró.*) Llama á Fr. Domingo (*El page sale.*) Yo os perdono, duque, el haberme hecho temblar un momento ante un crímen de que podeis ser la víctima. (*Alba sale.*)

ESCENA IV.

EL REY *y* FR. DOMINGO.

(*El rey se pasea por la habitacion para serenarse.*)

FR. DOM. (*Que entra poco despues de haberse ido el duqae, se acerca al rey lentamente y le contempla un rato en silencio.*) ¡Qué agradable sorpresa para mi el ver á vuestra Majestad tan tranquilo y sereno!

REY. ¿Eso os sorprende?

FR. DOM. Gracias sean dadas á la Providencia, que mis temores eran infundados. Ahora puedo ya esperar con tanto mas motivo.

REY. ¿Vuestros temores? ¿Qué habia que temer?

FR. DOM. Señor, no debo ocultar, que sé ya un secreto.

REY. (*Con ceño.*) ¿He deseado acaso participar con vos de él? ¿Quién es el oficioso que así se me anticipa? Mucha osadía es esa, vive Dios!

FR. DOM. Señor, el lugar, la ocasion y el sello bajo el cual me lo comunicaron, me disculpan de esta falta. Se me ha confiado en el confesonario, como un crímen, que pesaba sobre la conciencia delicada de la descubridora, que implora el perdon del cielo. Demasiado tarde llora la prin-

cesa una accion, que con razon sobrada, la hace presentir fatales consecuencias para su reina.

REY. ¿De veras? ¡Qué buen corazon!—Habeis adivinado muy bien, porqué os mandé llamar. Debeis sacarme de este oscuro laberinto en que mi ciego celo me ha lanzado! De vos solo espero verdad. Habladme ingénuamente. ¿Qué debo creer, y qué debo determinar? De vuestro sagrado ministerio exijo la luz.

FR. DOM. Aunque lo suave de mi mision no me impusiera el dulce deber de la caridad, yo suplicaria á vuestra Magestad, en nombre de su reposo, que no siguiese en este descubrimiento; que abandonase para siempre la investigacion de un misterio, que nunca puede tener una solucion agradable. Todo lo que hasta de presente sabemos, puede perdonarse. Pronunciad una palabra..... y nunca pecó la reina. La voluntad del monarca dá la virtud, como la fortuna, y solo la tranquilidad contínua del rey podrá disipar completamente los rumores que la calumnia se permite.

REY. ¿Rumores? ¡Sobre mí y en mi pueblo!

FR. DOM. ¡Mentiras! Viles mentiras nada mas. Sin embargo hay casos, en que la creencia del pueblo, por errónea que sea, adquiere la importancia de la verdad.

REY. ¿Y seria este uno de ellos?

FR. DOM. Una buena reputacion es el único bien precioso, en que tanto una reina como una muger plebeya pueden competir.

REY. Respecto á eso, creo no tener nada que temer. (*Se fija dudoso en Fr. Domingo, despues de una pausa.*) Reverendo padre, algo malo teneis aun que comunicarme. No lo diferais, bien claro lo leo en vuestro rostro. Sea lo que fuere, decidlo; y no me mortifiqueis por mas tiempo. ¿Qué es lo que cree el pueblo?

FR. DOM. Repito, Señor, que el pueblo puede engañarse y se engaña seguramente. Lo que este pretende no debe alarmar al rey, pero si que se atreva á presumir tal cosa.

REY. ¡Acabad! he de rogar tanto por una gota de veneno?

FR. DOM. El pueblo, Señor, habla del tiempo en que vuestra Magestad estuvo á la muerte. Apenas habia treinta semanas de esto, cuando la noticia del feliz alumbramiento..... (*El rey se levanta y toca la campanilla. El duque entra, Fr. Domingo asustado.*) Me admira, Señor.....

REY. (*Saliéndole al duque al encuentro.*) Duque, vos sois un hombre, defendedme de ese fraile.

FR. DOM. (*Este y el duque se miran mútuamente con turbacion. Despues de un corto silencio.*) Si hubiése podido saber de antemano que esta noticia se castigaria en el relator.

REY. Bastardo, decis? Decis que apenas habia yo escapado de la muerte, cuando ella sintió que era ya madre.—¡Como! Justamente entonces fué, sino me engaño, cuando ordenásteis se hicieran en todas las Iglesias funciones á Sto. Domingo, en accion de gracias por el milagro que habia hecho en mí.—¿Lo que entónces era milagro no lo es ya hoy? Una de dos, ó entónces ó ahora habeis mentido. ¿Qué es lo que yo debo creer ahora? ¡Oh, os comprendo perfectamente! Si en aquel entónces hubiera estado el complot en sazon, habria perdido el santo su fama.

ALBA. ¡Complot!

REY. Pues qué, ¿Habiais de tener con tal igualdad, las mismas opiniones, sin estar de acuerdo? ¿Quereis hacerme creer esto á mí? ¿Pensais tal vez que no he observado la avidez con que os lanzasteis sobre vuestra presa? ¿El deleite con que os cebabais en mi dolor, en mi cólera? ¿Soy acaso ciego para no ver el ardiente celo con que el duque se anticipa al favor destinado á mi hijo? El afan con que este sacerdote intenta reforzar su mezquino rencor con el brazo poderoso de mi cólera? ¿Os figurais tal vez que soy un arco que podeis armar á vuestra discrecion? Aun tengo mi voluntad virgen y si he de dudar, tal vez empieze por vosotros.

ALBA. No esperaba semejante interpretacion nuestra fidelidad.

REY. ¡Fidelidad! La fidelidad avisa el crímen que amenaza; la venganza habla de los cometidos ya. Decid, ¿qué he ganado con vuestra oficiosidad? Si es verdad lo que decis, ¿qué me resta, sinó el dolor de la separacion, la triste satisfaccion de la venganza? Pero no, vosotros temeis tan solo y me dais vagas congeturas. Me llevais al borde de un precipicio, para huir y abandonarme.

FR. DOM. Qué otras pruebas hay posibles, cuando no puede cerciorarse la vista?

REY. (*Despues de un largo silencio, dirigiéndose á Fr. Domingo con dignidad y gravedad.*) Voy á reunir á los grandes de

mi reino. Yo mismo tomaré asiento en el Consejo. Levantaos vosotros los primeros, si teneis valor, y acusadla de adúltera. Ella y el infante han de morir sin misericordia; pero tened bien presente que si pueden justificarse,—ostocará á vosotros. ¿Quereis por este sacrificio hacer honor á la verdad? ¿Aceptais? ¡Ah permaneceis mudos! Ese es el celo de la mentira!

ALBA. (*Que ha permanecido en silencio á cierta distancia, sereno y con firmeza.*) Acepto.

REY. (*Volviéndose al duque y midiéndolo con la vista.*) ¡Mucho arrojo es ese! Pero habeis espuesto mil veces la vida en obstinados combates por motivos mucho menos importantes, la habeis espuesto con la ligereza de un jugador por la vana quimera de la gloria. ¿Y qué es la vida para vos? Yo no espondré la sangre real por un insensato, que no tiene otra esperanza mas que el dejar con alguna gloria su pobre existencia. Desecho ese sacrificio. Idos á la audiencia y esperad mis órdenes. (*Salen.*)

ESCENA V.

EL REY, *solo.*

Dame ahora, Providencia misericordiosa un hombre. Me has dado ya mucho.—Envíame ahora un hombre. —Tú, tù sola puedes acceder á mi ruego, porque tus miradas penetran lo oculto; yo te pido un amigo, pues que no soy, como tú, omnisciente. Mis auxiliares, ya ves, como me sirven. Yo aprecio sus méritos, en lo que valen. Sus vicios sujetos al freno, sirven á mis designios, como las tempestades del cielo, para purgar la tierra. Yo tengo sed de verdad, y no cumple á un rey buscar su silencioso manantial entre la escoria del error. Dame un hombre estraordinario, de corazon puro y síncero, de espíritu sano y de vista clara, para ayudarme á encontrarla.... Echo suertes, ¡oh! hazme acertar ese único entre los miles que giran en rededor del trono. (*Abre un cofrecito y saca una cartera. Despues de haberla hojeado, durante algun tiempo.*) ¡Meros nombres!—nombres solos sin siquiera hacer mencion del mérito á que deben este lugar! ¿Pero qué hay que pueda olvidarse mas facilmente que la gratitud? Y en

este otro lado están anotadas exactamente sus faltas. Esto es supérfluo; pues ¿necesita acaso de este auxilio la venganza? (*Leyendo.*) El conde de Egmont. ¿Qué busca este aquí? La victoria de San Quintin está ya hace tiempo olvidada. Le coloco entre los muertos. (*Borra este nombre y lo pone en otra hoja. Despues de leer mas adelante.*) El marqués de Posa..... —¿de Posa, de Posa? Apenas puedo acordarme de este hombre, y sin embargo he subrayado dos veces su nombre, ¡prueba de que le destinaba á altos fines! ¿Pero es posible que ese hombre haya evitado hasta ahora mi presencia? qué se haya sustraido á los ojos de su régio deudor? ¡Por Dios! el único en el vasto recinto de mis estados, que no me necesita!—Si tuviera codicia ó ambicion, ya se hubiera presentado ante mi trono. —¿Me aventuro con este hombre singular?.. Quien no me necesita, tendrá verdad para mí. (*Sale.*)

ESCENA VI.

Salon de audiencia.

D. Cárlos, *en conversacion con el* Príncipe de Parma. El Duque de Alba, *de* Feria *y de* Medina Sidonia, *el* Conde de Lerma, *y otros grandes de España con papeles en la mano. Todos esperan al rey.*

Sidonia. (*A quien todos marcadamente evitan, se dirige al duque de Alba que se pasea solo y cabizbajo.*) Vos habeis hablado con el rey, duque. ¿En qué disposicion se halla?

Alba. En una muy mala para vos y vuestras noticias.

Sidonia. Mas libre respiraba entre el fuego de la escuadra inglesa, que en este suelo. (*Cárlos que le ha contemplado en silencio con interés, se acerca á él y le estrecha la mano.*) Os agradezco en el alma esa distincion, príncipe. Reparad como todos me huyen. No hay duda, estoy perdido.

Carlos. Esperad lo mejor, amigo, del favor de mi padre y de vuestra inocencia.

Sidonia. He perdido una flota como nunca vió otra el mar.¿ Qué es una vida como la mia comparada con setenta galeones echados á pique? Pero cinco hijos, cual vos, príncipe

de grandes esperanzas, ved ahí lo que me parte el corazon.

ESCENA VII.

El Rey *con vestiduras reales y los dichos. Todos se descubren y dejan paso libre, formando un semicírculo á su alrededor. Gran silencio.*

Rey. (*Recorriendo con los ojos ligeramente la reunion.*) ¡Cubríos!—(*Cárlos y el príncipe de Parma se acercan primero y le besan la mano. El se dirige con afabilidad al último, sin hacer caso de su hijo.*) Vuestra madre, sobrino, desea saber si se está en Madrid contento de vos.

Parma. Esa pregunta no la debe hacer hasta despues de la primer batalla en que tome parte.

Rey. Tranquilizaos, tambien so llegará el turno, cuando estas encinas se tronchen. (*Al duque de Feria.*) Qué me traeis?

Feria. (*Hincando una rodilla en tierra.*) Señor, el gran maestre de Calatrava espiró esta mañana. Aquí está su collar.

Rey. (*Tomando la insignia y paseando la vista por todo el círculo.*) ¿Quién será ahora el mas digno de ella? (*Hace una señal al duque de Alba, que se acerca é hinca una rodilla. El rey le cuelga la órden.*) Duque vos sois mi primer general—no aspireis nunca á mas, y contareis siempre con mi favor (*Vé á Medina Sidonia.*) ¡Hola, mi Almirante!

Sidonia. (*Se acerca trémulo al rey, y baja la cabeza se echa á sus pies.*) En mi teneis gran Señor. todo lo que os traigo de la armada, y de la juventud española.

Rey. (*Despues de un largo silencio.*) Dios sobre todo.—Yo envié mis naves á luchar contra los hombres no contra los elementos. Sed bien venido en Madrid. (*Le tiende la mano para que la bese.*) Y gracias por haberme conservado en vuestra persona un fiel servidor. Pues por tal le tengo, señores, deseo que vosotros lo reconozcais así.—(*Le hace señal para que se levante y se cubra. A los demás.*) ¿Qué otra cosa hay? (*A los príncipes Cárlos y de Parma.*) Príncipes, os doy las gracias.—(*Estos se retiran. Los demas grandes se acercan y entregan sus papeles. El rey los lee superficialmente y se los dá al duque de Alba.*) Po-

nedlos en mi gabinete para despues.—Hemos concluido? (*Nadie responde*) ¿Cómo es que el marques de Posa, nunca se presenta entre mis grandes? Sé muy bien que ese marques me ha servido con distincion ¿Vive aun? ¿Por qué no se deja ver nunca?

LERMA. Ese caballero, ha llegado recientemente de los viages que ha hecho por toda Europa. Actualmente está en Madrid y solo espera una audiencia pública, para ponerse á las plantas de su soberano.

ALBA. ¿El marques de Posa? Justo, ese es, señor, el caballero maltés de quien la fama cuenta este hecho de entusiasmo. Cuando cumpliendo con las órdenes del gran maestre, todos los caballeros se reunieron en la isla, sitiada entónces por Soliman; este jóven que apenas tenia diez y ocho años, desapareció un dia de la universidad de Alcalá y se presentó como voluntario en la Valette. «Me han comprado esta cruz,» dijo, «ahora me falta el merecerla.» Él fué uno de aquellos cuarenta caballeros que defendieron el castillo de San Telmo contra Pialy, Uluch, Aly, Mustafá y Hassen en tres repetidos asaltos. Cuando al fin tomaron el castillo y todos los suyos cayeron muertos á sus piés, se arrojó al mar y llegó salvo á la Valette. Dos meses despues dejó el enemigo la isla, y el jóven caballero volvió á seguir sus interrumpidos estudios.

FERIA. Y tambien es ese, el mismo marqués de Posa, que mas tarde descubrió aquella famosa conspiracion en Cataluña y por su sola actividad conservó á la corona la provincia mas importante del reino.

REY. ¡Estoy admirado!—¿Qué hombre es ese, que ha hecho tanto y de tres personas á quienes pregunto no tiene un solo envidioso? Seguramente ese hombre debe tener un carácter estraordinario ó ninguno.—(*Al duque de Alba.*) Quisiera hablarle, por curiosidad.—Despues de misa, llevádmelo al gabinete. (*El duque sale. El Rey llama á Feria.*) Vos hareis mis veces en el consejo. (*Sale.*)

FERIA. El rey está hoy muy benigno.

SIDONIA. Decid mejor que es un Dios.—Lo ha sido al menos para mí.

FERIA. Merecíais muy justamente esa suerte. Almirante, os doy la enhorabuena de todo corazon.

UNO DE LOS GRANDES. Yo tambien.

OTRO. Igualmente.

OTRO. Yo estaba en ascuas.—Un general tan escelente.
EL PRIMERO. El rey no os hizo favor, sino justicia.
LERMA. (*Yéndose, y al pasar.*) ¡Qué feliz os han hecho solas dos palabras!

ESCENA VIII.

Gabinete del Rey.

El MARQUES DE POSA *y el* DUQUE DE ALBA.

MARQ. (*Entrando.*) ¿A mí? ¿Me manda llamar á mí? Eso no puede ser. Seguramente equivocais el nombre. ¿Qué puede querer de mí?
ALBA. Conoceros.
MARQ. ¿Por curiosidad tan solo? Lástima entónces de tiempo perdido. ¡La vida pasa tan pronto!
ALBA. Yo os abandono á vuestra buena estrella, marques. En vuestras manos está el rey. Aprovechad bien la ocasion; pues si la perdeis, vos solo, solo vos tendreis la culpa. (*Sale.*)

ESCENA IX.

El MARQUES, *solo.*

MARQ. Bien dicho, duque. Es menester aprovechar la ocasion, que solo una vez se presenta. En verdad, este cortesano me enseña una buena máxima; sino buena en su sentido, al menos en el mio. (*Despues de pasearse por la habitacion.*) Pero, ¿cómo me encuentro yo aquí? ¿Debo solo á un capricho del voluble acaso, el ver mi imágen reflejada en este espejo? ¿Será la casualidad, la que me trae á la memoria del rey, y entre millones de hombres, me escoje á mí, que parecia lo menos probable?—Casualidad nada mas? Algo mas tal vez. ¿Y qué es él acaso, mas que una piedra en bruto, á la que dá vida la mano del escultor? Él acaso lo dá la Providencia, el hombre debe amoldarlo á sus designios. Lo que el rey querrá de mí, me importa poco. Yo sé cómo me he de conducir con el rey, y

aunque no hiciera mas que lanzar con arrojo una chispa de verdad en el alma del déspota ¡cuán fecunda puede hacerla la Providencia! Quien sabe, si lo que en un principio me ha parecido un mero capricho, estaba ya así dispuesto. Sea como fuere. Yo obraré en esta creencia. (*Se pasea por el aposento, y se para al fin delante de un cuadro examinándolo. El rey aparece en la habitacion inmediata, donde dá algunas órdenes. Luego entra y contempla al marques un rato, sin que este lo note.*)

ESCENA X.

El Rey *y el* Marques de Posa.

(*Este se vá hácia el Rey en cuanto lo vé, y hace una genuflexion, se levanta despues y permanece tranquilo y sin turbarse.*)

Rey. ¿Me habeis hablado alguna vez?

Marq. No señor.

Rey. Vos habeis prestado muchos servicios á mi corona. ¿Porqué os sustrajísteis á mi agradecimiento? Muchos nombres se agolpan á mi memoria. Solo Dios lo sabe todo. A vos, os tocaba buscar á vuestro rey ¿porqué no lo habeis hecho?

Marq. No hace mas que dos dias, señor, que he llegado á Madrid.

Rey. No es mi ánimo ser deudor de ninguno de mis súbditos. Pedid una gracia.

Marq. Gozo de la proteccion de las leyes.

Rey. Igual derecho tiene el asesino.

Marq. Tanto mas el buen ciudadano.—Estoy contento, señor.

Rey. (*Aparte.*) ¡Mucho aprecio de sí mismo y mucho arrojo, vive Dios!—Pero eso era de esperar, así quiero yo á mis españoles. Eso me agrada, mas vale pecar por ahí. (*Al marqués.*) Segun me han dicho, habeis dejado mi servicio.

Marq. Para dejar mi lugar á otros mas dignos, me he retirado.

Rey. Mucho lo siento. Si las buenas cabezas permanecen ociosas ¡qué pérdida para mis estados! ¿Temeis tal vez

no alcanzar la esfera digna de vuestro talento?

MARQ. ¡Oh no! Estoy seguro que el conocedor del corazon humano, esperto en su estudio, habrá visto desde la primer mirada en que puedo serle útil. Siento con humilde agradecimiento todo el peso del favor que vuestra Magestad me dispensa, teniendo esa opinion de mí. Sin embargo....

REY. ¿Vacilais?

MARQ. Debo confesar, señor, que... no estoy preparado en este momento para revestir con frases de vasallo, lo que he pensado como ciudadano del mundo.... Porque al retirarme, señor, para siempre de la corte, me creí tambien libre de tener algun dia que esplicar los motivos de este paso.

REY. ¿Tan débiles son esos motivos?—¿Qué arriesgais con esponerlos?

MARQ. La vida todo lo mas, si tengo tiempo suficiente para emitirlos; pero si me negais este favor, corre riesgo la verdad.—Tengo que elegir entre vuestro desagrado y vuestra estimacion. Si es preciso decidirse, prefiero parecer criminal á vuestros ojos, á retirarme como un nécio.

REY. (*Con curiosidad.*) ¿Y bien?...

MARQ. Yo no puedo ser servidor de príncipes.—(*El rey le mira con asombro.*) No quiero engañar al comprador, señor. —Si os dignais emplearme en vuestro servicio, no querreis mas que acciones premeditadas. Querreis mi brazo y mi valor en el campo de batalla, mi cabeza en el consejo. El fin de mis acciones no ha de ser ellas mismas, sino la aprobacion que encuentren en el trono. Pero la virtud tiene para mí su valor propio. La felicidad, que el monarca planta por mis manos, la crearia yo mismo, y seria para mí un placer una eleccion voluntaria, lo que solo debia ser un deber. ¿Pero pensais vos así? ¿Podeis vos sufrir un nuevo creador en vuestra creacion? ¿Quereis que me humille á servir de cincel, cuando puedo ser escultor? —Yo amo á la humanidad, y en la monarquia no puedo amar á nadie sino á mí mismo.

REY. Tanto celo os hace honor. Vos podriais hacer mucho bien. Poco importa al patriota ó al sábio, el modo de hacerlo. Escoged en mis reinos el empleo, que mas se preste á satisfacer tan nobles aspiraciones.

MARQ. No encuentro ninguno.

REY. ¿Cómo?

MARQ. Lo que vuestra Magestad distribuyese por mis manos ¿seria la felicidad del hombre? ¿Es esa la misma felicidad que mi amor puro le desea? No lo es; esta felicidad seria temible para la régia Magestad La política del trono ha creado otra diferente; de que es bastante pródiga; ha despertado en el corazon del hombre nuevas inclinaciones, que solo esa felicidad alcanza á satisfacer. Estampa en sus monedas la verdad... la verdad que puede tolerar, y desecha los demas sellos que no son iguales á este. ¿Pero puede lo que es de provecho á la corona, bastarme á mí?—Puede mi amor fraternal hácia el hombre prestarse á trabajar en perjuicio de mi hermano? ¿Puedo estimarle feliz, sino le es permitido pensar? No me elijais á mí señor, para distribuir una felicidad que vos acuñais. Debo negarme á repartir semejante moneda.—Yo no puedo ser servidor de príncipes.

REY. (*Con viveza.*) Sois protestante?

MARQ. (*Despues de un corto silencio.*) Vuestra fé, señor, es tambien la mia. (*Despues de una pausa.*) No me han comprendido, eso es lo que yo temia. Vos veis descorrido por mi mano el velo que ocultaba los misterios de la magestad. ¿Quién os garàntiza que respete, lo que ha dejado de alarmarme? Porque he pensado sobre mí mismo, soy peligroso. No lo soy, señor. Mis deseos mueren aquí. (*Poniéndose la mano en el pecho.*) Ese furor ridículo de innovacion, que solo aumenta el peso de las cadenas, que se trata de romper, no enardecerá nunca mi sangre.—El siglo no ha madurado aun para mi ideal. Yo vivo en los tiempos venideros. Si una mera pintura pudo turbar vuestro reposo que vuestro aliento la borre.

REY. ¿Soy yo el primero, que os conoce bajo este aspecto?

MARQ. Bajo este, el primero.

REY. (*Se levanta, dá algunos pasos, y se para enfrente del marques. Aparte.*) ¡Nuevo es al menos este lenguage!—La adulacion se agota pronto; é imitar humilla á un hombre de talento.—Probemos lo contrario ¿porqué no? Las novedades hacen fortuna. (*Al marques.*) Puesto que asi pensais, bueno, tratarè de mudar el servicio de la corona, para que vuestro espíritu fuerte.....

MARQ. Veo, señor, que teneis ideas pequeñas y mezquinas de la dignidad del hombre, cuando en el lenguaje

franco de un hombre libre, solo veis los artificios de un adulador; y yo creo adivinar lo que os induce á esto. Los hombres mismos os han obligado á ello. Ellos han renunciado voluntariamente á su nobleza, y voluntariamente se han degradado hasta este punto. Huyen con espanto de la sombra de su dignidad interior, y contentos con su miseria, adornan sus cadenas con una servil prudencia, y llaman virtud, á el saber llevarlas. Así recibísteis el mando y así le fué entregado á vuestro augusto padre. ¿Cómo podiais respetar al hombre en tan lastimosa condicion?

REY. Hay un fondo de verdad en esas palabras.

MARQ. ¡Pero ah! que al amoldar al hombre, obra del Criador, á la obra de vuestras manos, constituyéndoos en Dios de esa nueva criatura, no tuvísteis en cuenta, que vos mismo permaneciais siendo hombre, tal como salísteis de las manos del Hacedor; como todo mortal, sujeto á padecer y ambicionar. Necesitábais simpatía; pero á un Dios solo se le puede sacrificar, rogar, temer. ¡Deplorable cambio! ¡Triste depravacion de la naturaleza!—Si degradais al hombre, convirtiéndolo en mero instrumento vuestro, ¿Quien ha de participar con vos del sentimiento de la armonía?

REY. *(Aparte.)* ¡Vive Dios, que me habla al alma!

MARQ. Pero este sacrificio para vos no es nada. Para eso sois solo, único en vuestra situacion. A ese precio sois un Dios, y seria terrible sino lo fuéseis; si hollando la felicidad de tantos millones de hombres, no hubiéseis adelantado nada; si la libertad que destruisteis, fuese lo único que alcanzase á satisfacer vuestros deseos? Permitidme, Señor, que me retire. Mi tema me arrastra tras sí. Mi corazon quiere desbordarse y es demasiado poderoso el atractivo de verme ante el hombre único, con quien quisiera desahogarlo! (*El conde de Lerma entra, y habla algunas palabras en voz baja con el rey, este le hace que se retire y continua en su anterior actitud.*)

REY. (*Al marqués, despues que se ha ido Lerma*) Concluid.

MARQ. (*Despues de una pausa.*) Comprendo, señor, todo el valor.....

REY. Concluid, aun teniais algo que decirme.

MARQ. He estado recientemente en Flandes y en Brabante, señor. ¡Qué provincias tan ricas, tan florecientes! ¡Qué pueblo

tan vigoroso, tan grande; y qué pueblo tan bueno al mismo tiempo! ¡En verdad, decia yo, ser padre de un pueblo como este, debe ser un placer divino!—Y en esto tropecé con huesos humanos quemados—*(Se para, fija sus ojos en el rey que intenta contestar á su mirada; pero que turbado, baja los suyos al suelo.)*—Teneis razon. Os obligan á esto; pero que podais egecutar, lo que otros juzgan necesario, me penetra de una admiracion llena de horror. ¡Oh, lástima que la víctima revolcàndose en su sangre no pueda entonar cánticos de alabanza al sacrificador! ¡Que solo hombres, y no seres superiores, escriban la historia! Siglos mas benignos sucederán á los tiempos de D. Felipe, y nos traerán una sabiduría mas suave. La felicidad del ciudadano caminará reconciliada con la grandeza de los príncipes, el estado se hará avaro de sus hijos, y la misma necesidad será humanitaria.

REY. ¿Y cuando pensais que hubieran llegado esos tiempos humanitarios, si yo hubiese temido la maldicion de los actuales? Mirad en mi España, á vuestro al rededor. La felicidad del ciudadano florece en calma inalterable, y una paz como esta concedo á Flandes tambien.

MARQ. (*Con viveza.*) ¡La paz de un cementerio! ¿Y esperais acabar, lo que habeis empezado? Esperais detener la transformacion sazonada de la cristiandad, la primavera universal, que rejuvenece la faz del mundo? ¿Quereis vos solo, en toda Europa, oponeros á la rueda del destino del mundo, que sigue sin cesar su curso? ¿Quereis asir con brazos humanos sus radios? En vano lo intentais. Millares de súbditos han emigrado de vuestros estados, pobres, pero contentos. Los ciudadanos que perdisteis por sus creencias, eran los mas nobles. Isabel abre sus brazos maternales á los fugitivos, y por la industria de los hijos de nuestro pais, florece en superabundancia la Gran Bretaña; abandonada de la actividad de los nuevos cristianos yace desierta Granada, y la Europa entera vé con gusto á su enemigo desangrarse por las heridas, que él mismo se infiere (*El rey está conmovido, el marques lo nota y se acerca mas á él.*) Quereis plantar para la eternidad, y sembrais la muerte? Una obra tan violenta no sobrevirá al espíritu de su autor: habeis edificado para ingratos; en vano guerreais en dura lucha con la naturaleza; en vano sacrificais á proyectos de destruccion vuestra vida

real y preciosa; el hombre vale mas de lo que pensais. El romperá las cadenas de su letargo, y reclamará sus derechos sagrados; pondrá vuestro nombre al lado del de Neron y de Busiris; y eso lo siento, porque sois bueno.

REY. ¿Quién os ha dado tanta certeza, de lo que sucederá?

MARQ. (*Con ardor.*) ¡Si, lo repito, sí, por el Todopoderoso! Devolvednos lo que nos quitasteis; y generoso, como fuerte, derramad de vuestro cuerno de abundancia la felicidad; dejad al espíritu humano madurar en vuestro vasto imperio. Devolvednos todo lo que nos quitasteis, y entre miles de reyes, sed rey. (*Se acerca cada vez mas al rey, y le mira con entusiasmo.*) ¡Oh, si la elocuencia de los millones de criaturas, cuya suerte se decide en esta hora solemne, descendiese á mis lábios y trocase en llama la chispa, que ya veo brillar en vuestros ojos! Renunciad á esa adoracion no natural, que nos iguala á la nada. Sed la imágen de lo que es eterno y verdadero! Jamás poseyó mortal alguno tantos elementos, para emplearlos de un modo tan divino. Todos los monarcas de Europa rinden homenage al nombre español. Marchad al frente de estos reyes. Una sola plumada de esa mano puede regenerar la tierra. Dad libertad al pensamiento! (*Se echa á los piés del rey.*)

REY. (*Sorprendido vuelve la vista á otro lado, y la fija luego otra vez en el marques.*) ¡Estraño entusiasta!—Levantaos, yo....

MARQ. Contemplad á vuestro al rededor la hermosa naturaleza! En la libertad está basada, ¡y cuan rica es por ella! El Creador concede al gusano una gota de rocio, y deja espaciarse á la libre voluntad, aun en las regiones de la muerte y de la corrupcion. Mirad ¡cuán pobre y mezquina es vuestra hechura! - El uido de una hoja alarma al poderoso señor de la cristiandad. Cualquiera virtud se os hace temible, mientras que Él, por no turbar el bello aspecto de la libertad, permite al mal hacer estragos en su universo; nosotros no vemos al gran artifice; modestamente se oculta en sus propias leyes eternas! Estas son las que vé el filósofo, no á Él. «¿Para que sirve un Dios?» dice.—«El mundo se basta á sí mismo.» Y ninguna devocion cristiana, le tributa una alabanza mayor que esta blasfemia.

REY. Y entre los mortales quereis imitar tan sublime modelo en mis dominios?

MARQ. Vos lo podeis. ¿Quién sino vos? ¡Consagrad vuestro poder á la felicidad del pueblo! Ese poder que tanto tiempo, hace solo sirve para enriquecer la grandeza del trono. ¡Restableced la degradada dignidad del hombre! Y que sea el ciudadano, lo que antes era, el objeto del trono—que ningun otro deber le sujete, sino el de los derechos igualmente sagrados de sus hermanos. Cuando el hombre restituido á sí mismo, recobre el sentimiento de su dignidad innata; cuando las sublimes virtudes de la libertad se desarrollen ufanas; cuando vos, señor, hayais hecho vuestro reino el mas feliz de la tierra; entónces será vuestro deber, subyugar al mundo.

REY. (*Despues de una gran pausa.*) Os he dejado concluir. Veo que el mundo se pinta en vuestra mente, de distinto modo que en la de los demás hombres. Tampoco quiero someteros á medidas estrañas. Yo soy el primero, á quien abrísteis vuestro seno. Lo creo, y lo sé. Y en favor de esta reserva, de haber ocultado hasta este dia opiniones con tanto ardor abrazadas, en favor de esa modesta prudencia, jóven entusiasta, quiero olvidar que las he sabido, y cómo las he sabido. Levantaos, voy á reprender vuestra precipitacion juvenil, como anciano, y no como rey.—Así lo quiero, y por eso lo hago. ¡Conque hasta el mismo veneno puede transformarlo en algo mejor, una naturaleza de buena índole!—Pero huid de mi inquiquisicion. Mucho sentiria, si....

MARQ. ¿Lo sentiríais?

REY. Nunca he visto un hombre semejante. No, marqués, me ofendeis—no quiero ser un Neron, al menos con vos. No quiero, que toda la felicidad se marchite bajo mi dominio. Vos mismo vais á continuar ante mis ojos siendo hombre.

MARQ. (*Con viveza.*) Señor ¿y mis conciudadanos? Oh! no abogaba yo por mi causa! ¿Y vuestros súbditos, señor?

REY. Y puesto que sabeis tan bien, cómo me juzgará la posteridad, que sepa por vos, cómo he tratado á los hombres, cuando encontré uno.

MARQ. ¡Oh! que el mas justo de los reyes, no se vuelva de pronto el mas injusto. En vuestra Flándes hay miles mejores que yo. Pero vos, señor,—si me es permitido decir tanto—vos veis tal vez, por vez primera, pintada bajo esta dulce forma, la libertad.

REY. (*Con dulce gravedad.*) Basta ya de esto. Otras ideas tendriais del hombre, si como yo le conocieseis. No quisiera que fuese esta nuestra última entrevista: pero ¿qué he de hacer para atraeros?

MARQ. Nada ambiciono.—De qué os serviria, señor, si á mí tambien me sobornaseis?

REY. No puedo con ese orgullo. Desde hoy estais á mi servicio. No repliqueis! Lo quiero. (*Despues de una pausa.*) ¿Pero qué? ¿No era la verdad, lo que yo anhelaba? Aquí encuentro algo mas. Me habeis conocido en el trono, marques, pero no en el hogar. (*El marques parece meditar.*) Os comprendo. Pero aunque fuera el mas desgraciado de los padres ¿no podria ser feliz como esposo?

MARQ. Si un hijo rico de esperanzas y la esposa mas digna de amor, dan á un mortal derecho á ese nombre, lo sois, señor, en ambos conceptos.

REY. (*Con rostro airado.*) Os engañais! y hasta ahora, no he sentido de un modo tan palpable como hoy, que no poseo esa felicidad. (*Contemplando al marques con una mirada melancólica.*)

MARQ. El príncipe tiene un alma noble y pura. Siempre le he conocido así.

REY. ¡Pero yo no!—Corona ninguna puede resacirme de lo que me ha robado. ¡Una reina tan virtuosa!

MARQ. ¿Quién se atreve, á decirle, señor?...

REY. ¡El mundo, la calumnia, yo mismo! Aquí hay pruebas irrecusables, que la condenan, y aun hay otras, que me hacen presentir lo mas terrible. Pero, marques, me cuesta trabajo dar crédito á una sola prueba. ¿Quién la acusa? ¡Oh si ella fuese capaz de degradarse hasta tal punto; cuanto mas fácilmente puedo creer que la denigra una Eboli! ¿No detesta Fr. Domingo á ella y á mi hijo? ¿Por ventura no sé que Alba alimenta una venganza?... Mi esposa vale mas que todos ellos.

MARQ. Y aun existe algo, señor, en el alma de la muger, superior á toda apariencia y á toda calumnia, su virtud.

REY. Sí, yo tambien pienso así. Mucho cuesta el degradarse tanto como pretenden de la reina. No se rompen los lazos sagrados del honor, con tanta facilidad como quieren hacerme creer. Conoceis al hombre, marques. Justamente una persona como vos me hacia falta hace ya tiem-

po; sois bueno, franco, y penetrais el corazon humano; por eso, os elijo.

MARQ. (*Sorprendido y alarmado.*) ¿A mí, señor?

REY. Habeis estado ante vuestro soberano, y no habeis pedido nada para vos. Eso es nuevo para mí. Vos sereis justo. La pasion no anublará vuestra vista. Familiarizaos con mi hijo, y sondead el corazon de la reina. Yo os autorizaré para hablarla á solas. Ahora dejadme. (*Toca la campanilla.*)

MARQ. Si me retiro con una esperanza satisfecha, este es el dia mas feliz de mi vida.

REY. (*Le tiende la mano, para que la bese.*) No lo habré perdido yo en la mia. (*El marques sale, y el conde de Lerma entra.*) Dejad entrar en adelante á ese caballero, sin ser anunciado.

ACTO CUARTO.

Gabinete de la Reina.

ESCENA I.

La Reina, *la* Duquesa de Olivares, *la* Princesa de Eboli, *la* Condesa de Fuentes, *y otras damas.*

Reina. (*A la camarera mayor, levantándose.*) ¿Conque, no se ha encontrado la llave? Entonces será preciso romper la cerradura, y ha de ser ahora mismo. (*Repara en la princesa que se dirige á ella y le besa la mano.*) Sed bien venida, querida princesa. Me alegro de veros ya restablecida, aunque todavía muy pálida.

Fuentes. (*Con malicia.*) Culpa de la pícara calentura, que ataca mucho á los nervios. ¿No es verdad, princesa?

Reina. Mucho he deseado ir á veros, querida Eboli, pero no me lo han permitido.

Oliv. No ha faltado acompañamiento á la princesa.

Reina. No lo dudo ¿Pero qué teneis? Estais temblando.

Eboli. Nada, señora. Permitidme que me retire.

Reina. Vos disimulais. Estais peor de lo que aparentais. El estar de pié os cansa. Condesa, ayudadla á sentarse en ese sitial.

Eboli. (*Dirigiéndose á la puerta.*) Creo me sentiré mejor al aire libre.

Reina. Acompañadla, condesa. ¡Qué ataque! (*Un page entra y habla con la duquesa, que se dirige á la reina.*)

Oliv. El marques de Posa, señora. Viene de parte de su magestad el rey.

Reina. Lo aguardo. (*El page sale, y abre la puerta al marques.*)

ESCENA II.

Dichos, y el Marques de Posa.

(*El marques se echa á los pies de la reina, que le hace señal de levantarse.*)

Reina. ¿Qué órdenes traeis de mí señor? Puedo oir en público?..

Marq. Tengo que hablar á vuestra magestad sin testigos.

(*Las damas se retiran á una señal de la Reina.*)

ESCENA III.

La Reina *y el* Marques de Posa.

Reina. (*Llena de admiracion.*) ¿Cómo? ¿Debo creer á mis ojos, marques? ¿Vos enviado á mí por el rey?

Marq. ¿Tan estraño parece esto á vuestra magestad? A mi no me sucede lo mismo.

Reina. El mundo ha salido entonces de su centro! Vos y él... Confieso que...

Marq. Os parece una cosa estraña, puede ser. Los tiempos que alcanzamos abundan en prodigios.

Reina. Pero ninguno como este.

Marq. Suponed que yo me haya dejado convertir, cansado de hacer el papel de escéntrico en la corte de Felipe. ¡El escéntrico! ¿Qué quiere decir esta palabra? El que desea ser útil á los demas hombres, debe procurar primero asemejarse á ellos. ¿A qué la jactanciosa divisa de la secta? Suponed—y quien está tan libre de vanidad, que no busque prosélitos á sus creencias?—suponed que yo tratase de colocar las mias en el trono.

Reina. No, marques, no. Ni aun en broma puedo concederos una suposicion tan estraordinaria y prematura. No sois vos el iluso que emprende lo que no puede llevarse á cabo.

Marq. Eso es lo que aun está por averiguar.

Reina. Lo que acaso podria sospechar, marques, y lo que me sorprenderia en vos mucho, seria.... seria....

MARQ. Que hiciera dos papeles tal vez.

REINA. Falta de probidad, al menos. Quizas el rey no os haya autorizado, para venir á hablarme de su parte.

MARQ. No, señora!

REINA. ¿Y puede acaso la buena causa, ennoblecer medios viles? Puede—perdonad mis dudas—puede vuestro orgullo prestarse á este oficio? No quiero creerlo.

MARQ. Ni lo creeria yo tampoco, si solo se tratase de engañar al rey. Pero no es ese mi ánimo. Esta vez quiero servirle con mas lealtad de la que él me encarga.

REINA. En esto os reconozco. Basta ya de este asunto. ¿Y cómo está?...

MARQ. ¿El rey? Segun parece, me puedo vengar muy pronto de mi severo juez. Lo que yo no me he apresurado á decir, tampoco manifiesta vuestra magestad empeño en saberlo. Es preciso, sin embargo, que os lo diga. El rey suplica á vuestra magestad, no dé audiencia hoy al embajador de Francia. Ese era mi encargo. Ahora queda cumplido.

REINA. ¿Es esto todo lo que teníais que decirme de su parte?

MARQ. Sobre poco mas ó menos, todo lo que me autoriza á estar aquí.

REINA. Me resigno con gusto á ignorar, lo que tal vez deba quedar secreto para mí.

MARQ. Sí, debe quedar secreto, señora! Verdad es, que á no ser quien sois, me apresuraria á informaros de ciertas cosas, á preveniros tuvieseis cuidado con ciertas personas; pero esto no es necesario con vos. El peligro puede surgir, y desaparecer en vuestro alrededor: vos debeis ignorarlo. Es demasiado insignificante todo esto, para quitar á un ángel su dulce sueño. Tampoco fué eso, lo que me trajo aquí. El príncipe D. Cárlos...

REINA. ¿Cómo le dejásteis?

MARQ. Como el único sabio de su tiempo, en quien es un crímen, adorar la verdad: y tan resuelto á morir por su amor, como aquel por su ideal. Pocas palabras tengo que deciros, pero en este papel está su alma. (*Dando una carta á la Reina.*)

REINA. (*Despues de haberla leido.*) Dice, que es preciso que me hable.

MARQ. Y yo tambien lo digo.

REINA. ¿Y puede hacerle feliz, el ver con sus propios ojos, que yo no lo soy?

MARQ. No, pero puede darle mas resolucion y actividad.

REINA. ¿Cómo?

MARQ. El duque de Alba ha sido destinado á Flándes.

REINA. Eso me han dicho.

MARQ. El rey no se retracta nunca. Demasiado bien le conocemos. Pero tambien es verdad, que el príncipe no debe quedarse aquí de ningun modo: y Flándes no debe ser sacrificada.

REINA. ¿Podemos acaso impedirlo?

MARQ. Tal vez sí—si bien el medio es tan temible como el peligro; temerario como la desesperacion.—Pero no hay otro.

REINA. Decidlo.

MARQ. Solo á vos, señora, me atrevo á revelarlo. Solo de vuestros labios lo oirá Cárlos, sin estremecerse. Lleva un nombre algo duro, es verdad.

REINA. ¿Rebelion?

MARQ. Es preciso que desobedezca al rey, que vuele en secreto á Bruselas, donde le esperan los flamencos con los brazos abiertos. Todos los Paises-Bajos se levantarán á una señal suya. El hijo del monarca dará fuerzas á la buena causa. Sus armas harán temblar el trono español, y lo que su padre le negó en Madrid, se lo concederá en Bruselas.

REINA. ¿Hoy le habeis hablado, y asegurais eso?

MARQ. Justamente porque le he hablado hoy.

REINA. (*Despues de una pausa.*) El plan, que me proponeis, me alarma, y me seduce á un mismo tiempo. Podeis tener razon. Es una idea arrojada, y quizas por eso me agrada. La dejaremos madurar. ¿La conoce el príncipe?

MARQ. Mi plan era que la oyese por primera vez de vuestros lábios.

REINA. No hay duda que es una gran idea, pero la juventud del príncipe...

MARQ. No importa. Encontrará allí á un Egmont y á un Orange, bravos guerreros del emperador Cárlos, tan sabios en el consejo como valientes en el campo.

REINA. (*Con viveza.*) Sí, la idea es grande y hermosa. El príncipe necesita una vida activa, lo conozco muy bien. El papel, que le vemos hacer en Madrid, es humillante. Yo

le prometo el ausilio de la Francia, y tambien el de Saboya. Soy enteramente de vuestra opinion, marques, él debe tener una vida activa; pero este plan exige dinero.

MARQ. Tambien está eso previsto.

REINA. Sino, yo sé medios para obtenerlo.

MARQ. ¿Luego, puedo darle esperanzas de una entrevista?

REINA. Lo pensaré.

MARQ. Cárlos espera con urgencia una respuesta, señora. Yo le prometí no volver sin ella. (*Dándo su cartera á la Reina.*) Dos palabras bastan por ahora.

REINA. (*Despues que ha escrito.*) ¿Os volveré á ver?

MARQ. Tantas veces como mandeis.

REINA. ¿Siempre que yo quiera?—Marques, ¿cómo esplicarme esta libertad?

MARQ. Del modo mas inocente que podais. Disfrutemosla, y esto baste á mi reina.

REINA. (*Cortando la conversacion.*) Cuan grande seria mi alegria, marques, si á la libertad le quedase todavia este refugio en Europa, ¡si se conservase por él! Contad con mi cooperacion pasiva.

MARQ. (*Con calor.*) ¡Oh! bien sabia yo, que aquí seria comprendido! (*La duquesa de Olivares aparece en la puerta.*)

REINA. (*Al marques con aparente frialdad.*) Lo que viene del rey, mi señor, lo respeto como ley. Id, y aseguradle de mi obediencia. (*El marques sale.*)

ESCENA IV.

Galeria.

DON CÁRLOS *y el* CONDE DE LERMA.

CARLOS. Aquí estamos solos. ¿Qué teneis que comunicarme?

LERMA. Vuestra alteza tenia un amigo en la corte.

CARLOS. (*Sorprendido.*) No, que yo sepa; pero ¿Qué quereis decir con eso?

LERMA. Entónces debo pediros perdon, si he sabido mas de lo que debia. Pero para tranquilizar á vuestra alteza, le diré que lo sé de una persona segura; en una palabra, yo mismo me he enterado.

CARLOS. ¿Pero de quien hablais?

LERMA. Del marques de Posa.

CARLOS. ¿Y bien?

LERMA. Por si acaso sabe acerca de vuestra alteza mas de lo que debiera, como me temo...

CARLOS. ¿Qué temeis?

LERMA. Ha tenido una audiencia con el rey.

CARLOS. ¿De veras?

LERMA. Y una conversacion secreta de dos horas largas.

CARLOS. ¿Es verdad?

LERMA. Y no se habló de cosas insignificantes.

CARLOS. Ya me hago cargo.

LERMA. Repetidas veces oí vuestro nombre, príncipe.

CARLOS. Espero que eso no será mala señal.

LERMA. Tambien se ha hablado esta mañana de la reina, en el aposento de su magestad, de un modo muy enigmático.

CARLOS. (*Turbado.*) ¡Conde de Lerma!

LERMA. Cuando el marques se retiró, recibí órden de admitirle en adelante sin ser anunciado.

CARLOS. ¡Cosa estraña!

LERMA. Sin ejemplar, príncipe; al menos, desde que estoy al servicio del rey.

CARLOS. Muy estraño es en verdad. ¿Y cómo dijísteis, que se habló de la reina?

LERMA. (*Retrocediendo.*) No príncipe, no; eso seria ya faltar á mi deber.

CARLOS. ¡Qué rareza! Me decís una cosa, y me ocultais la otra.

LERMA. Mi deber me manda deciros la primera; la segunda pertenece al rey.

CARLOS. Teneis razon.

LERMA. Es verdad que yo siempre he tenido al marques por hombre de honor.

CARLOS. Entónces lo habeis juzgado bien.

LERMA. Sin embargo, toda virtud es pura, hasta el momento de prueba.

CARLOS. La suya lo es en ella, y siempre...

LERMA. Tratándose del favor de un gran monarca, la duda es perdonable. Muchas de esas virtudes superiores han tragado ese dorado anzuelo.

CARLOS. Mucha verdad.

LERMA. Y á veces, es prudente descubrir lo que no puede quedar oculto.

CARLOS. Si, prudente.—Pero no dijísteis haber conocido siem-

pre al marques, como hombre de honor?

LERMA. Si lo es aun, ningun daño le hacen mis sospechas: y vos, príncipe, ganais doblemente. (*Hace ademan de retirarse.*)

CARLOS. (*Le estrecha la mano.*) Y triple tambien, hombre noble, pues que me encuentro con un amigo mas, sin que me cueste perder el que ya tenia. (*Lerma sale.*)

ESCENA V.

—

CÁRLOS *y el* MARQUES *que entra.*

MARQ. ¡Cárlos, Cárlos!

CARLOS. ¿Quién llama? Ah, eres tú, voy en seguida al convento. ¿Tú no tardarás? (*Hace ademan de salir.*)

MARQ. Espera,—dos minutos nada mas.

CARLOS. ¿Y si nos sorprenden?

MARQ. No hay que temerlo, pronto concluimos. La reina...

CARLOS. ¿Has hablado con mi padre?

MARQ. Si, me hizo llamar.

CARLOS. (*Con curiosidad.*) ¿Y qué?

MARQ. Ya está todo arreglado, hablarás con la reina.

CARLOS. Pero, ¿y el rey? ¿Qué queria el rey?

MARQ. Nada. Curiosidad de saber quien era. Oficiosidad de algunos amigos mios. Me ofreció un empleo....

CARLOS. Que tu rehusastes.

MARQ. Se entiende.

CARLOS. ¿Y cómo os separasteis?

MARQ. Muy bien.

CARLOS. Luego, de mi no se habló?

MARQ. ¿De tí? Ah, sí, en general. (*Saca la cartera y se la entrega á Carlos.*) Aquí tienes por ahora dos palabras de la reina; mañana sabré, cuando y cómo.

CARLOS. *Las lee distraido, guarda la cartera, y vá á irse.*) Conque, en la celda del prior nos veremos.

MARQ. Espera, hombre, ¿qué prisa tienes? Si no viene nadie.

CARLOS. (*Con sonrisa fingida.*) ¿Hemos cambiado los papeles?

Tienes hoy una seguridad sorprendente.

MARQ. ¿Hoy? porqué hoy?

CARLOS. ¿Y qué me escribe la reina?

MARQ. ¿No lo acabas de leer?

CARLOS. ¿Yo? Ah! sí.

MARQ. ¿Qué tienes hoy? dímelo!

CARLOS. (*Leyendo de nuevo los renglones con fervor y entusiasmo.*) Angel del cielo! Si, quiero ser digno de tí.—El amor eleva las almas grandes. Sea lo que fuere, si tu lo mandas, yo obedezco.—Me avisa, que me prepare á una resolucion importante. ¿Qué querrá decir con eso? Lo sabes tú?

MARQ. Y aunque lo supiese, Cárlos ¿te hallas tu ahora, en disposicion de oirlo?

CARLOS. ¿Te he ofendido? Estaba distraido. Perdóname, Rodrigo!

MARQ. ¿Distraido? ¿Porqué?

CARLOS. Porque..... Yo mismo lo ignoro. Así pues, esta cartera es ya mia?

MARQ. No, al contrario, he venido á pedirte la tuya.

CARLOS. ¿La mia? ¿y para qué?

MARQ. Y todo lo que lleves contigo, que no deba caer en manos de un tercero, como cartas, fragmentos sueltos,—en una palabra tu cartera.

CARLOS. Pero, ¿para qué?

MARQ. Para prevenirnos contra todo accidente. ¿Quién es seguro contra una sorpresa? Nadie la buscará en mis manos. Dámela.

CARLOS. (*Inquieto.*) ¡Cosa rara! Porqué de repente, esta?...

MARQ. Tranquilizate. Esto no significa nada. Es mera precaucion contra el peligro. No ha sido mi ánimo alarmarte.

CARLOS. (*Dándole su cartera*). Guárdala bien.

MARQ. Asi lo haré.

CARLOS. (*Mirándole de un modo significativo.*) Rodrigo! mucho te doy.....

MARQ. No tanto como ya tengo de tí.—Conque, allí hablarémos de lo demas.—ahora, adios. (*Se vá.*)

CARLOS. (*Lucha consigo mismo, y al fin lo llama.*) Déjame que contemple de nuevo las cartas. Hay entre ellas una, que me escribió, cuando estuve gravemente enfermo en Alcalá, que siempre la he llevado conmigo, y el separarme de

ella me cuesta trabajo. Déjame esa carta, esa tan solo; llévate las demas. (*La saca de la cartera y le devuelve esta.*)

MARQ. De mal grado cedo, justamente esa carta era la que me importaba.

CARLOS. Adios. (*Se vá despacio y pensativo, se para un momento en la puerta, y vuelve de pronto con la carta*) ahí la tienes. (*Su mano tiembla y en sus ojos brillan lágrimas, le echa al marques los brazos al cuello.*) Oh! eso no puede ser encargo de mi padre. ¿No es verdad, Rodrigo? El no hará tanto. (*Sale precipitadamente.*)

ESCENA VI.

—

El MARQUES.

MARQ. ¿Es posible? ¿Luego aun no le conocia á fondo? ¿Y ese pliegue de su corazon pudo escaparse á mis ojos? Desconfiar de su amigo! Pero no, yo le calumnio. ¿Qué ha hecho para que yo le acuse de la mas débil de las debilidades? Yo mismo cometo la falta que le imputo. Muy bien puede haber estrañado mi conducta. ¿Cuando hubiera él tenido tan estraña reserva con su mejor amigo? He de afligirte todavia, Cárlos; no puedo impedirlo, y aun tendré que atormentar todavia tu noble alma. El rey ha confiado en el hombre á quien hacia depositario de sus mas íntimos secretos, y la confianza exige gratitud. ¿A qué hablar, cuando mi silencio no puede causarte ningun dolor, y tal vez los evita? A qué enseñar, al que duerme la nube amenazadora, que se cierne sobre su cabeza. Basta que yo la aparte de tí, y cuando despiertes veas el cielo sereno. (*Sale.*)

ESCENA VII.

Gabinete del rey.

El Rey *en un sitial, á su lado la infanta* Clara Eugenia.

Rey. (*Despues de un profundo silencio.*) ¡No!—apesar de todo es hija mia. ¿Cómo podria mentir la naturaleza con tanta verdad? Esos ojos azules son mios. ¿No me reconozco en todas sus facciones? Hija de mi amor, si, tu eres mia! Yo te estrecho en mi seno, tu eres mi sangre. (*Se para de repente.*) ¡Mi sangre! ¿Qué cosa peor puedo temer? Mis facciones, no son tambien las suyas? (*Toma el medallon y mira alternativamente al retrato y al espejo que tiene enfrente. Al fin lo tira al suelo, y rechaza de sí á la infanta.*) Lejos, lejos de mí! Yo me pierdo en este abismo.

ESCENA VIII.

El conde de Lerma *y el* Rey.

Lerma. Su Magestad la reina acaba de entrar en este momento en la antecámara.

Rey. ¿En este momento?

Lerma. Y solicita el favor de ser recibida.

Rey. ¿Ahora? ¿A esta hora tan estraordinaria? No, ahora no puedo verla, ahora no.

Lerma. Aquí viene ya su Magestad. (*Sale.*)

ESCENA IX.

El Rey, *la* Reina *que entra y la* Infanta, *esta última corre hácia su madre, en cuanto la vé, y se agarra á sus faldas. La reina se echa á los pies del rey, que las contempla mudo y turbado.*

Reina. Señor, y esposo mio, me veo obligada á buscar justicia ante vuestro trono.

Rey. ¿Justicia?

REINA. Me tratan indignamente en esta corte. Han forzado la cerradura de mi pupitre.

REY. ¡Cómo!

REINA. Y cosas, de gran valor para mí, han desaparecido.

REY. ¿De gran valor para vos?

REINA. Por la interpretacion, que el atrevimiento de personas mal informadas podia....

REY. Interpretacion... atrevimiento... Pero, levantaos.

REINA. No, esposo mio, no me levantaré hasta que os obligueis formalmente á presentarme en virtud de vuestro régio poder al delincuente: á darme satisfaccion, ó sino, á separarme de una corte que oculta á los que me roban.

REY. Pero levantaos... esa postura... Levantaos!

REINA. (*Levantándose.*) Sé que el culpable debe ser de un rango distinguido; pues habia en el pupitre mas de un millon, en perlas y diamantes, y se contentó con llevarse algunas cartas.

REY. Que yo podré...

REINA. Con mucho gusto, esposo mio. Eran cartas y un medallon del infante.

REY. ¿De quien?

REINA. Del infante, vuestro hijo.

REY. ¿Dirigidas á vos?

REINA. A mí.

REY. ¿Del infante? Y me decís á mi esto?

REINA. Y porqué no, esposo mio?

REY. ¿Con esa serenidad?

REINA. ¿Qué éstrañais en eso? Me parece que os acordareis todavia, de las cartas que con asentimiento de ambas córtes me escribió Cárlos á San German. No me atreveré á asegurar, si el retrato que las acompañó, estaba comprendido tambien en ese consentimiento; ó si sus impacientes esperanzas le hicieron dar ese paso atrevido. Si fué precipitacion suya, fué muy perdonable. Yo me atrevo á salir garante de sus intenciones, pues entonces no podia él pensar, que estaba destinado para su madre. (*Observa la agitacion del rey.*) Pero ¿qué teneis?

INFANTA. (*Que entretanto ha encontrado el medallon en el suelo, y se ha entretenido con él, lo enseña á su madre.*) Mira, mamá! mira, qué bonito!

REINA. Qué hija mia? (*Reconoce el medallon, y permanece muda*

y absorta. Ambos esposos se miran fijamente. Despues de un profundo silencio.) Verdaderamente, señor, que ese medio de probar el corazon de una esposa, me parece muy régio y muy noble.—Pero, aun quisiera hacer una pregunta...

REY. A mí me toca preguntar.

REINA. Al menos, la inocencia no ha de sufrir por mis sospechas. Si ese robo ha sido cometido por órden vuestra, entonces...

REY. Así fué.

REINA. Entonces á nadie tengo que acusar, ni á nadie que compadecer; á nadie mas que á vos, á quien no dió el cielo una esposa, con la cual no fuesen inútiles medios semejantes.

REY. Ya conozco ese lenguaje. No me engañareis por segunda vez, señora, como lo hicísteis en Aranjuez. Ahora conozco mejor á aquella reina, como un ángel pura, que con tanta dignidad se defendió.

REINA. ¿Qué quereis decir con eso?

REY. Decid pronto y sin reserva, señora. ¿Es verdad, que no hablasteis allí con nadie?

REINA. Hablé con el infante. Sí.

REY. ¿Sí?—Luego es verdad, es evidente ¡Y con tanto descaro lastimais mi honor!

REINA. ¿Honor, señor? Si habia algun honor en peligro era uno de mas valia que el que por dote me confió la corona de Castilla.

REY. ¿Por qué negasteis entonces?

REINA. Porque no estoy tan acostumbrada, señor, á que en presencia de la corte entera me interroguen como á un delincuente. Nunca negaré la verdad, si se me exige bondadosamente y con decoro. ¿Y fué ese el tono, que vuestra Magestad usó conmigo en Aranjuez? Es acaso la reunion de vuestros grandes, el tribunal ante el cual, debe una reina dar cuenta de sus acciones secretas? Yo concedí al príncipe la entrevista, que con instancia solicitaba, porque, señor, así lo quise, y porque no quiero hacer á la costumbre juez de acciones inocentes. Y os lo oculté, porque no estaba dispuesta á disputar con vuestra Magestad sobre esa libertad, en presencia de vuestros cortesanos.

REY. Con mucha osadia hablais, señora.

REINA. Y tambien puedo añadir, porque dificilmente encuentra

el infante en el corazon de su padre, la justicia que se merece.

REY. ¿Qué se merece?

REINA. Pues, porque he de ocultarlo, señor?—Yo le estimo y le amo, como á uno de los mas queridos miembros de mi familia, que en un tiempo fué considerado digno de llevar un nombre, que me sentaba mejor. Tampoco alcanzo á comprender, que él deba ahora ser para mí mas estraño que los demas, por lo mismo que en un tiempo fué el mas querido de todos. Si la política del Estado puede formar lazos, cuando le conviene, no ha de serle tan fácil el romperlos. No quiero aborrecer á nadie, porque lo mande otro; y pues que me obligan á hablar, no quiero por mas tiempo verme sujeta á tales preceptos.

REY. Isabel! me habeis visto en momentos de flaqueza, y este recuerdo os dá audacia. Confiais en esa influencia absoluta, que tan á menudo habeis probado en mi firmeza. —Pero temed tanto mas. Lo que me ha hecho débil, puede tambien convertirme en una furia.

REINA. ¿Qué he hecho yo, señor?

REY. (*Agarrándole la mano.*) Si es verdad, si—¿y acaso no lo es ya? si la medida de vuestras culpas, sube un ápice mas, si yo soy el engañado, (*Deja caer su mano.*) yo sabré vencer esta última debilidad. Lo puedo y lo quiero. ¡Entonces, ay de mí, y ay de vos, Isabel!

REINA. ¿Qué falta he cometido?

REY. Corra entonces la sangre por mi causa....

REINA. ¡A tal punto hemos llegado, Dios mio!

REY. Yo no me conozco ya, no respetaré ninguna ley, ni la voz de la naturaleza, ni los pactos con las naciones...

REINA. Mucho compadezco á vuestra Magestad.

REY. (*Fuera de sí.*) ¡Compasion! Compasion de una muger impúdica!

INFANTA. (*Asustada, se echa en los brazos de su madre.*) El rey se enfada, y mi querida madre llora.

REY. (*Arrebata bruscamente á la niña del seno de su madre.*)

REINA. (*Con dulzura y dignidad, pero con voz trémula.*) Será preciso que yo ponga á esta criatura, en lugar seguro para que no la maltraten. Ven conmigo, hija mia! (*La toma en brazos.*) Si el rey no quiere conocerte ya, yo llamaré protectores de allende los Pirineos, que defiendan nuestra causa. (*Vá á salir.*)

REY. (*Perplejo.*) ¡Señora!

REINA. No puedo mas—esto es ya demasiado. (*Apresura el paso, pero cae con la niña en el umbral de la puerta.*)

REY. (*Acudiendo lleno de consternacion.*) ¿Qué es esto? Dios mio!

INFANTA. (*Llorando asustada.*) Mi madre se ha hecho sangre. (*Sale corriendo.*)

REY. (*Alarmado, queriéndola levantar.*) ¡Qué accidente tan fatal! ¡Sangre! ¿Merezco yo, que me castigueis tan duramente? Levantaos, volved en vos.—Levantaos, viene gente, y nos van á sorprender. Levantaos! ¿Ha de cebarse la corte entera en este espectáculo? ¿He de rogaros que os levanteis? (*Se levanta, ayudada por el rey.*)

ESCENA X.

Dichos. ALBA *y* FR. DOMINGO, *que entran alarmados; algunas damas los siguen.*

REY. Que conduzcan á la reina á su aposento. No se siente bien (*Sale la reina acompañada de sus damas. Alba y Fr. Domingo se acercan.*)

ALBA. ¿La reina bañada en lágrimas, y el rostro ensangrentado?

REY. ¿Y lo estrañan los demonios, á quienes debo esto?

FR. DOM. ¿Nosotros?

REY. Vosotros que me habeis dicho lo bastante, para encolerizarme, y nada para convencerme.

ALBA. Nosotros dimos, lo que teniamos.

REY. El infierno os recompense. He hecho, lo que me arrepiento de haber hecho. Decid ¿era ese el lenguaje de una conciencia culpable?

MARQ. (*Desde dentro.*) ¿Se puede hablar al rey?

ESCENA XI.

Dichos y el MARQUES DE POSA.

REY. (*Se levanta sobresaltado, al oir la voz del marques y le sale al encuentro.*) ¡Ah! El es.—Sed bien venido, marques. —Duque, no os necesito ya. Dejadnos. (*Alba y Fr. Domingo se miran asombrados, y salen.*)

ESCENA XII.

El Rey *y el* Marques.

Marq. Para un viejo soldado, señor, que ha arrostrado por vos la muerte en cien batallas, es muy duro verse despedir así.

Rey. A vos os toca, pensar de ese modo; á mí, obrar como lo hago. Lo que vos habeis sido para mí en pocas horas, no lo ha sido él en su vida entera. Yo no quiero ocultar mi benevolencia; quiero que resplandezca en vuestra frente el sello de mi regio favor. Quiero ver envidiado al hombre que yo escogí por amigo.

Marq. ¿Aun cuando solo á la oscuridad en que se halla envuelto, deba ese nombre?

Rey. ¿Qué noticias me traeis?

Marq. Al pasar por la antecámara, señor, un rumor terrible, que no puedo creer ha llegado á mis oidos. Una disputa acalorada—sangre—la reina....

Rey. ¿Venís de allí?

Marq. Me estremeceria si esos rumores no fuesen falsos, si vuestra Magestad hubiera dado pasos... Descubrimientos importantes, que acabo de hacer, cambiandel todo el estado de cosas.

Rey. ¿Y bien?

Marq. Tuve ocasion de apoderarme de la cartera del príncipe con sus papeles, que espero darán alguna luz.—*Le dá la cartera de Cárlos.*

Rey. (*La registra con curiosidad.*) Una carta del emperador mi padre. ¿Cómo? No recuerdo haber oido hablar de esta carta. (*La lee, la pone á un lado, y examina los demas papeles.*) Un plano para una fortaleza.—Pensamientos sueltos sacados de Tácito.—¿Y aquí?—Yo conozco esta letra! Es de muger. (*Lee con atencion, ya alto, ya bajo.*) «Esta llave—habitaciones interiores del pabellon de la reina—¡Ah! qué es esto?—Allí puede el amor libremente.—El amante tímido—dulce recompensa»—¡Traicion diabólica! Ya, la conozco, ella es, esta es su letra!

Marq. ¿De la reina? ¡Imposible!

Rey. De la princesa de Eboli.

MARQ. Entonces era verdad, lo que ha poco me dijo el page Henares, portador de la llave y de la carta.

REY. *(Tomando la mano del marques, y en una grande agitacion.)* Marques, me veo en manos terribles. Esta muger—os lo voy á confesar.—Marques, esta muger fué la que forzó el pupitre de la reina. Ella fué la que me dió el primer aviso. ¡Quien sabe, lo que sobre este asunto sabrá el fraile! Me han engañado infamemente.

MARQ. En tal caso es una fortuna que....

REY. ¡Ah marques, marques! empiezo á temer que he ofendido á mi esposa.

MARQ. Si ha habido inteligencias secretas entre el príncipe y la reina, eran seguramente de una índole muy diferente, de la que se les imputa. Aseguran que el deseo del príncipe de marchar á Flandes, salió de la cabeza de la reina.

REY. Me lo figuré.

MARQ. La reina tiene ambicion y si se me permite aun decir mas, no sin sentimiento vé ella frustradas sus altivas esperanzas estando escluida de toda participacion en el poder. La ardiente juventud del príncipe se ofreció á sus vastos planes. Su corazon... Dudo que pueda amar.

REY. No temo yo á sus planes políticos.

MARQ. ¿Es ella amada? ¿Hemos de temer algo peor del infante? Esto me parece cuestion digna de exámen. Creo se necesita aquí una vigilancia muy severa.

REY. Vos me respondeis de él.

MARQ. *(Despues de un momento de reflexion.)* Si vuestra Magestad me cree capaz de semejante mision, debo suplicarle, la confie enteramente y sin condiciones á mi cuidado.

REY. Estoy conforme.

MARQ. Al menos que no venga auxiliar de ninguna especie á entorpecerme en las diligencias que yo juzgue convenientes.

REY. Descuidad. Yo os lo prometo. Habeis sido mi ángel protector. ¡Cuan agradecido os debo estar por este servicio! *(A Lerma que entra.)* ¿Cómo dejásteis á la reina?

LERMA. Todavia muy abatida del desmayo. *(Mira al marques con desconfianza y sale.)*

MARQ. *(Despues de una pausa.)* Aun creo necesaria una precaucion. Pueden avisarle al príncipe; lo temo. El tiene muchos amigos, y tal vez relaciones en Gante con los re-

beldes. El temor puede inducirle á resoluciones desesperadas; por eso me parece que seria bueno adoptar desde luego medidas para impedir de un modo seguro este caso.

REY. Teneis razon; pero ¿cómo?

MARQ. Entregándome vuestra Magestad una órden secreta de arresto, para poderme servir de ella en caso necesario, y *(al ver titubear al rey)* por ahora seria un secreto de estado, hasta que...

REY. (*Yendo á su bufete, á escribir la órden de arresto.*) El reino está en inminente riesgo. Estos casos exigen medidas estraordinarias. Ahí la teneis marques, necesito recomendaros las mayores consideraciones.

MARQ. (*Tomando la órden.*) Solo en un caso estremo, señor....

REY. (*Poniéndole la mano en el hombro.*) Id, id, querido marques, á devolver la tranquilidad á mi corazon, y el sueño á mis ojos. (*Salen por diferentes lados.*)

ESCENA XIII.

Galeria.

CÁRLOS *llega en la mayor agitacion.* LERMA *saliéndole al encuentro.*

CARLOS. Justamente os buscaba.

LERMA. Y yo á vos.

CARLOS. ¿Es verdad? Decidme por Dios, si es verdad!

LERMA. ¿Qué?

CARLOS. Que blandió el acero contra ella, que la llevaron ensangrentada á su aposento. Respondedme, por todos los santos del cielo. ¿Qué debo creer? ¿Cual es la verdad?

LERMA. Se desmayó, y al caer se hirió un poco en el rostro. Nada mas.

CARLOS. ¿No hay ningun peligro entonces? Aseguradlo por vuestro honor, conde!

LERMA. No lo hay para la reina; pero sí tanto mas para vos.

CARLOS. No lo hay para mi madre! entonces, gracias sean dadas á Dios! Un rumor terrible llegó á mis oidos. Decian que el rey estaba furioso contra la madre y el hijo, y que se habia descubierto un secreto.

LERMA. Esto último puede muy bien ser verdad.

CARLOS. ¿Ser verdad? Qué decis?

LERMA. Esta mañana, príncipe, os dí un aviso, que despreciasteis. Aprovechaos mejor del segundo.

CARLOS. Esplicaos.

LERMA. Si no me engaño, príncipe, ví hace algunos dias en vuestras manos una cartera de terciopelo azul, bordada en oro.

CARLOS. (*Algo turbado.*) Así tengo una ¿Y bien?

LERMA. ¿Con un retrato engarzado en perlas?

CARLOS. Justamente.

LERMA. Al entrar de improviso en el gabinete del rey, me pareció ver esa misma cartera en sus manos, y el marques de Posa estaba allí.

CARLOS. (*Despues de una pausa, con viveza.*) Eso no es verdad.

LERMA. (*Ofendido.*) Entonces soy un impostor.

CARLOS. (*Fijándose en él largo rato.*) Si, lo sois.

LERMA. ¡Ah! yo os perdono.

CARLOS. (*Se pasea en una grande agitacion, y luego se para delante de Lerma.*) ¿Qué te ha hecho él? Qué te han hecho los inocentes lazos de amistad, para que con tan infernal actividad, te afanes en destruirlos?

LERMA. Príncipe, respeto ese dolor que os hace tan injusto.

CARLOS. ¡Oh Dios mio, Dios mio! Libradme de sospechas.

LERMA. Hasta recuerdo las mismas palabras del rey. Justamente al entrar yo estaba diciendo, ¡cuán agradecido os estoy por estas noticias.—

CARLOS. ¡Oh! basta, basta!

LERMA. Dicen que Alba ha caido, que á Rui Gomez le han quitado el gran sello, para dárselo al marques.

CARLOS. (*Abismado en sus reflexiones.*) ¿Y á mi me lo ocultó?— Porqué me lo ocultó á mí?

LERMA. La corte toda lo mira ya como ministro omnipotente, como favorito absoluto.

CARLOS. El me ha querido mucho, mucho. Yo ocupaba el primer lugar en su corazon. ¡Oh bien lo sé! Me ha dado mil pruebas de ello: pero el género humano, la patria ¿no ha de serle mas cara que un solo individuo? Su alma era demasiado grande para un solo amigo, y la felicidad de Cárlos demasiado insignificante para su amor. El me ha sacrificado á su virtud. ¿Puedo acaso reconvenirle por esto? ¡Ah! ahora es cierto, ahora es cierto, ya le heperdido para siempre. (*Se vá hácia un lado, y oculta el rostro con las manos.*)

LERMA. (*Despues de un breve silencio.*) Querido príncipe ¿qué puedo hacer por vos?

CARLOS. (*Sin mirarlo.*) Ir al rey, y venderme tambien. Yo no tengo favores que conceder.

LERMA. ¿Vais á esperar lo que pueda resultar de esto?.

CARLOS. (*Se apoya sobre una balaustrada, y mira atentamente sin fijar la vista en nada.*) Le he perdido. Ahora estoy completamente abandonado.

LERMA. (*Se acerca á él con interés y emocion.*) ¿No quereis pensar en salvaros, príncipe?

CARLOS. ¿En salvarme? ¡Hombre generoso!

LERMA. ¿Ademas no hay nadie, por quien tengais que temer?

CARLOS. (*Volviendo en sí*) ¡Dios mio! ¡Que me recordais!—Mi madre! La carta que le devolví, que yo no le queria dejar, y al fin se la dejé. (*Se pasea con agitacion*) ¿Acaso merecia ella tambien este golpe? El debia haberla perdonado ¿no es verdad, Lerma? (*Con resolucion súbita.*) Pero yo debo verla, debo avisarla, prepararla.—Lerma, querido Lerma ¿á quien envio? No tengo ya á nadie? ¡Ah si, gracias á Dios aun tengo un amigo. Ya nada me queda, que perder (*Sale precipitadamente.*)

LERMA. (*Siguiéndole.*) ¿Adonde vais, príncipe?

ESCENA XIV.

LA REINA, ALBA *y* FR. DOMINGO.

ALBA. Si nos es permitido, gran señora...

REINA. ¿Qué se os ofrece?

FR. DOM. Temores sinceros por la augusta persona de vuestra real magestad no nos permiten guardar por mas tiempo silencio en un asunto, en que peligra vuestra seguridad.

ALBA. Nos apresuramos á desarmar al menos por medio de un aviso á tiempo, un complot, que se fragua contra vos.

FR. DOM. Y á poner á los pies de vuestra Magestad nuestro celo y nuestros servicios.

REINA. (*Mirándolos con asombro.*) Reverendo padre, y vos noble duque, me sorprendeis en verdad. No esperaba yo por cierto tanto rendimiento de Fr. Domingo y del duque

de Alba. Sé como debo apreciarlo. Decís, hay un complot que amenaza mi seguridad. ¿Puedo saber quien?

ALBA. Venimos á suplicaros, tengais cuidado con cierto marques de Posa, que secretamente maneja asuntos del rey.

REINA. Con mucho placer escucho, que el monarca ha hecho tan buena eleccion. Siempre he oido celebrar al marques, como á un hombre virtuoso y grande. Pocas veces se ha dispensado el régio favor con mas justicia.

FR. DOM. ¿Con mas justicia? Nosotros estamos mejor informados.

ALBA. Ya no es un secreto, á lo que se ha prestado ese hombre.

REINA. ¿Cómo, á qué? Excitais mi curiosidad.

FR. DOM. ¿Hace mucho tiempo que vuestra majestad no ha abierto su pupitre?

REINA. ¿Por qué?

FR. DOM. ¿No habeis echado de menos ningunos objetos de valor?

REINA. ¿Qué quereis decir? La corte entera sabe lo que yo he echado de menos. ¿Pero á qué viene aquí el marques de Posa? ¿Qué tiene él que ver con esto?

ALBA. Mucho, señora, pues que al príncipe tambien le faltan papeles importantes, que han sido vistos esta mañana en manos del rey, cuando el marques acababa de tener una audiencia secreta.

REINA. (*Despues de breves reflexiones.*) ¡En verdad, que es muy estraño,—inesplicable! Me encuentro con un enemigo, que nunca soñé tener; y por otro lado con dos amigos, que nunca recuerdo haber tenido; (*Mirándolos de un modo penetrante,*) pues confieso, que ya estaba por imputaros el servicio, que han prestado á mi esposo.

ALBA. ¿A nosotros?

REINA. A vosotros.

FR. DOM. Duque!—A nosotros!

REINA. (*Siempre con la vista fija en ellos.*) Cuanto me alegro de advertir tan á tiempo mi precipitacion; pues estaba resuelta á rogar hoy mismo á su Magestad, me presentase á mis acusadores. Tanto mejor ahora, que puedo referirme al testimonio del duque de Alba.

ALBA. ¿Al mio? Lo decís de veras?

REINA. ¿Por qué no?

FR. DOM. Porque destruiriais así todos los servicios, que podemos prestaros en secreto.

REINA. ¿En secreto? (*Con altivez y gravedad.*) Desearia saber, duque de Alba, lo que la esposa de vuestro rey pueda tener que tratar con vos, ó con ese sacerdote, que no pueda saberlo su esposo. ¿Soy inocente, ó culpable?

FR. DOM. ¡Qué pregunta!

ALBA. ¿Y si el rey no fuese justo?—Ó al menos no lo fuese ahora?

REINA. Entonces debo esperar, hasta que lo sea. Dichoso el que nada tenga que perder entonces. (*Los saluda y sale. Ellos se van por otro lado.*)

ESCENA XV.

Habitacion de la princesa de Eboli.

La PRINCESA *y luego* CÁRLOS.

EBOLI. ¿Luego es verdad la noticia estraordinaria, que ocupa ya á la corte entera?

CARLOS. (*Entrando.*) No temais, princesa. Voy á ser dócil, como un niño.

EBOLI. ¡Príncipe, esta sorpresa!

CARLOS. ¿Estais todavia ofendida? ¿Todavia?

EBOLI. ¡Príncipe!

CARLOS. (*Con mas instancia.*) Estais todavia ofendida? ¡Hablad por Dios!

EBOLI. ¿Qué es esto? Pareceis haber olvidado—Qué buscais en este sitio?

CARLOS. (*Tomandole la mano con viveza.*) ¿Puedes tú aborrecer eternamente? ¿No perdona nunca el amor ofendido?

EBOLI. (*Deshaciéndose de él.*) ¿Qué me recordais, príncipe?

CARLOS. Tu bondad, mi ingratitud.—Ah! bien lo sé! Yo te he ofendido profundamente, he desgarrado tu tierno corazon, y he enturbiado con lágrimas tus miradas de ángel; bien lo sé. Tampoco vengo ahora á espresar mi arrepentimiento.

EBOLI. Príncipe,—dejadme.

CARLOS. Vengo, porque tú eres una muger sensible, y confio en

tu alma noble. Tú eres la única, á quien puedo dirigirme; pues ya no tengo ningun amigo en el mundo. Recuerda el tiempo, en que me tratabas con mas cariño, y no me aborrezcas eternamente, no seas irreconciliable.

EBOLI. (*Volviendo la cara á otro lado.*) ¡Oh silencio, por Dios! Basta, príncipe!

CARLOS. Déjame traer á tu memoria aquellos felices tiempos; deja que te recuerde tu amor; tu amor, muger, al que tan indignamente correspondí. Déjame hacer valer ahora, lo que yo fuí en un tiempo para tí, y cual tú me imaginabas en tu ilusion, colócame de nuevo ante tu alma. Sacrifica á esa sombra, lo que ya no puedes sacrificarme á mí.

EBOLI. ¡Ay, Cárlos, que cruelmente jugais conmigo!

CARLOS. Sé superior á tu sexo. Olvida los agravios. Haz lo que antes de tí, nunca hizo muger, ni hará despues ninguna. Te pido un favor inaudito, te lo pido de rodillas,—déjame hablar dos palabras con mi madre. (*Se echa á sus pies.*)

ESCENA XVI.

Dichos, y el MARQUES DE POSA, *que entra precipitadamente en la habitacion, seguido de dos oficiales de guardias.*

MARQ. (*Interponiéndose muy agitado.*) ¿Qué os ha confesado? ¡No le creais!

CARLOS. (*Todavia de rodillas en alta voz.*) ¡Por todo lo que hay de mas sagrado!...

MARQ. (*Interrumpiéndole con violencia.*) ¡Está delirando! No le escucheis!

CARLOS. (*Mas alto, y con instancia.*) Me vá en ello la vida, ó la muerte. Llévame á su presencia.

MARQ. (*Retira bruscamente á la princesa.*) Vais á morir, si le escuchais. (*A uno de los oficiales.*) ¡Conde de Córdoba! En nombre del monarca (*enseña la órden de arresto.*) el príncipe es vuestro prisionero. (*Cárlos permanece inmóvil como aturdido. La princesa lanza un grito de terror, y quiere huir. Los oficiales están turbados. Pausa larga y profunda. Se vé al marques trémulo, y sostener con dificultad su presencia de espíritu.—(Al príncipe.)*— Príncipe, vuestra espada.—Princesa de Eboli quedaos aquí, y (*á los oficiales*) vosotros me respondeis con vues-

tra vida, de que el príncipe no hable con nadie—con nadie, ni siquiera con vosotros. (*Habla en voz baja con uno de los oficiales, y luego se dirige al otro.*) Voy al instante á echarme á los piés del monarca, para darle cuenta. (*A Cárlos.*) Y tambien vos, príncipe, esperadme dentro de una hora... (*Cárlos se deja llevar, sin dar señal de saber lo que le pasa. Solo al salir echa una mirada lánguida y moribunda sobre el marques, que oculta el rostro. La princesa trata de huir, pero el marques la detiene por el brazo.*)

ESCENA XVII.

La Princesa de Eboli, *y el* Marques de Posa.

Eboli. ¡Por Dios, dejadme salir de aquí!...

Marq. (*Con tono severo y grave.*) ¡Infeliz! ¿Qué te ha dicho?...

Eboli. Nada... dejadme... nada...

Marq. (*Deteniéndola por fuerza. Cada vez con mas gravedad.*) ¿Qué has sabido? Aquí no hay medio de escaparte. Tú no lo contarás ya á nadie, en este mundo.

Eboli. (*Mirándole asustada.*) ¡Gran Dios! ¿qué quereis decir con eso, vais á asesinarme?

Marq. (*Sacando un puñal.*) En efecto esas son mis inteciones. Acaba pronto.

Eboli. ¿A mí? á mí? ¡Oh misericordia divina! ¿Qué he hecho yo?

Marq. (*Los ojos levantados al cielo, y el puñal dirijido al pecho de la princesa.*) Todavia es tiempo. Aun no ha salido el veneno de esos lábios. Rompo el vaso y todo queda como estaba ántes.—¡El destino de España y la vida de una muger!... (*Queda dudoso en esa actitud.*)

Eboli. (*Que ha caido á sus piés, le mira fijamente.*) ¡Y bien! ¿Qué os detiene? Yo no pido misericordia, no; yo he merecido la muerte, y quiero morir.

Marq. (*Deja caer lentamente el brazo,—despues de una corta reflexion.*) Esto seria tan cobarde como bárbaro. ¡No; gracias á Dios, hay aun otros medios! (*Tira el puñal, y se precipita fuera del aposento. La princesa sale por la otra puerta.*)

ESCENA XVIII.

Habitacion de la Reina.

REINA. (*A la condesa de Fuentes.*) ¿Qué tumulto hay en palacio? El menor ruido, condesa, me causa hoy miedo. Id á ver, lo que hay; y venid luego, á decírmelo. (*Sale la condesa, y entra precipitadamente la princesa.*)

ESCENA XIX.

La REINA, *y la* PRINCESA DE EBOLI.

EBOLI. (*Cae á los piés de la Reina, sin aliento, pálida y desfigurada.*) ¡Socorro, señora, le han arrestado!

REINA. ¿A quién?

EBOLI. El marques de Posa le prendió, en nombre del rey.

REINA. ¿Pero á quién? Hablad...

EBOLI. Al príncipe.

REINA. ¿Estais delirando?

EBOLI. En este momento le llevan.

REINA. ¿Y quien decís le arrestó?

EBOLI. El marques de Posa.

REINA. Gracias á Dios, que ha sido el marques.

EBOLI. ¿Tan tranquila decís eso, señora? ¡Oh Dios mio! vos no presentís... ignorais...

REINA. ¿La causa de su arresto? Sin duda algun desliz, natural á un carácter tan violento como el suyo.

EBOLI. ¡No, no! Yo sé el motivo!—¡Una accion infame y diabólica!—Para él no hay ya salvacion. Morirá!

REINA. ¿Morirá?

EBOLI. ¡Y yo soy su asesino!

REINA. ¿Estais en vuestro juicio?

EBOLI. ¿Y porqué muere? porque?—¡Oh quien pensára jamás, que vendria á parar en esto!

REINA. (*Tomándole cariñosamente la mano.*) Estais todavia muy agitada, princesa. Recuperad vuesta calma; contadme tranquilamente, y no con esas negras imágenes, que estremecen mi alma, lo que sepais. ¿Qué ha sucedido?

EBOLI. ¡Oh señora! no me hableis con esa afabilidad, con esa bondad. Ellas atormentan mi conciencia, como las llamas del infierno. No soy digna de elevar hasta la aureola de vuestra virtud, mis miradas profanas. Pisotead á esta miserable, que arrepentida y despreciándose á sí misma, se arrastra á vuestros pies...

REINA. ¡Infeliz! ¿Qué vais á confesarme?

EBOLI. Angel de luz! alma santa! ¡Todavia no conoceis, todavia no sospechais á la enemiga para quien habeis sido tan buena. Ahora vais á conocerla. Yo soy... yo soy la miserable, que os robó.....

REINA. ¿Vos?

EBOLI. La que entregó las cartas al rey.

REINA. ¿Vos?

EBOLI. La que se atrevió á acusaros.

REINA. ¿Vos pudísteis...

EBOLI. Venganza. . amor... locura... Yo os aborrecia, y amaba al infante.

REINA. ¿Y porqué le amábais?

EBOLI. Porque le habia confesado mi pasion, y no fuí correspondida.

REINA. (*Despues de una pausa.*) ¡Oh ahora todo se esplica!—Levantaos. Vos le amábais—os perdono. Todo está ya olvidado. Levantaos. (*Le tiende la mano.*)

EBOLI. No, no; aun me queda que hacer una confesion terrible. No me levantaré, señora, hasta que...

REINA. (*Atenta.*) ¿Qué me aguardará todavia? Hablad...

EBOLI. El rey... seduccion... ¡Ah! apartais la vista de mí. En vuestro rostro leo mi reprobacion. Yo misma he cometido el crímen de que os acusaba. (*Cae al suelo. La reina sale. Gran pausa. Poco despues entra la duquesa de Olivares, que encuentra á la princesa todavia en aquella situacion. Se acerca á ella en silencio. Al oirla, se levanta esta última y se pone como loca, al ver que se ha ido la reina.*)

ESCENA XX.

La PRINCESA DE EBOLI *y la* DUQUESA DE OLIVARES.

EBOLI. ¡Dios mio, me ha abandonado! Ahora soy perdida!

OLIV. Princesa de Eboli...

EBOLI. Ya sé, duquesa, á lo que venís. La reina os envia, á pronunciar mi sentencia. Decidla pronto.

OLIV. Tengo órden de su magestad, de pediros vuestra cruz y vuestras llaves.

EBOLI. (*Se quita una cruz de oro del cuello, y la entrega á la duquesa.*) ¿No podré todavia besar una vez siquiera, la mano de la mejor de las reinas?

OLIV. En el convento de Santa Maria os anunciarán lo que se haya decidido sobre vuestra suerte.

EBOLI. (*Sin poder contener las lágrimas.*) ¿Luego, no volveré á ver mas á la reina?

OLIV. (*La abraza, volviendo la cara á otro lado.*) Princesa, quedad con Dios. (*Sale apresuradamente. La princesa la sigue hasta la puerta, que se cierra, en cuanto pasa la la duquesa. Permanece algunos minutos de rodillas muda é inmóvil; luego se levanta, y sale precipitadamente tapándose el rostro.*)

ESCENA XXI.

La REINA *y el* MARQUES DE POSA.

REINA. ¡Ah marques! Me alegro de veros al fin.

MARQ. (*Pálido, con semblante consternado y la voz trémula; y durante toda esta escena en una solemne y profunda agitacion.*) ¿Está vuestra magestad sola? ¿Puede alguien escucharnos desde las habitaciones vecinas?

REINA. Nadie... ¿Porqué? Qué teneis que decirme? (*Mirándole con atencion y retrocediendo alarmada.*) ¡Dios mio! estais demudado. ¿Qué es esto? Me haceis temblar, marqués; vuestro semblante está desfigurado como el de un moribundo.....

MARQ. Ya sabreis probablemente...

REINA. Qué está arrestado Cárlos, y segun dicen por vos. ¿Es verdad esto? Yo no he querido creer á nadie sino á vos.

MARQ. Es verdad.

REINA. ¿Por vos?

MARQ. Por mí.

REINA. (*Mirándole un momento con aire de duda.*) Yo respeto vuestras acciones, aunque no las comprenda; pero esta

vez, perdonad á una muger tímida, temo que jugais de un modo muy arriesgado.

MARQ. Y he perdido!..

REINA. ¡Cielos!

MARQ. Tranquilizaos, señora. He velado por su seguridad. Yo he perdido solo.

REINA. ¡Qué oigo! ¡Dios mio!

MARQ. Pues ¿quién me mandó aventurarlo todo en un golpe de suerte? ¡Todo! y jugar tan confiada y temerariamente con el cielo? ¿Qué hombre se atreve á dirigir el pesado timon del destino, sin ser omnisciente como Dios? ¡Oh! es justo!—¿Pero á qué hablar de mí ahora?.. ¿Este instante es precioso como la vida de un hombre! ¿Y quién sabe, si el destino avaro no cuenta ya mis últimos momentos?

REINA. ¿El destino? ¡Qué tono tan solemne! No comprendo el sentido de vuestras palabras, pero me estremecen...

MARQ. ¡El está en salvo! No importa, á qué precio! Él está en salvo; pero solo por hoy. Solo le pertenecen pocas horas, que debe saber aprovechar. Esta misma noche debe salir de Madrid.

REINA. ¿Esta misma noche?

MARQ. Todas las medidas están tomadas. La silla de posta le espera en el mismo convento de cartujos, que tanto tiempo fué el asilo de nuestra amistad. Estos papeles representan toda mi fortuna. Vos suplireis lo que falte. Es verdad, que aun guardo en el corazon mil cosas para Cárlos, que es preciso no ignore; pero quizá, pudiera faltarme tiempo, para decírselas verbalmente. Vos le vereis esta noche; por eso me dirijo á vos.

REINA. ¡Oh por mi tranquilidad, marques, esplicaos con mas claridad! No useis conmigo tan terribles enigmas. ¿Qué ha pasado?

MARQ. ¡Réstame hacer aun una confesion importante! En vuestras manos la deposito. Á mí me cupo una felicidad, concedida á muy pocos: yo amaba al hijo de un monarca... ¡Mi corazon, consagrado á uno solo, comprendia en él al mundo entero! En el alma de Cárlos, creaba yo un paraiso para millones de criaturas. ¡Oh! cuán hermosas eran mis ilusiones! Pero la Providencia tuvo á bien retirarme de mi empresa ántes de tiempo.

Cárlos perderá muy pronto á su Rodrigo, y á la amistad suplirá el amor. Aquí, aquí en este altar sagrado, en el corazon de su reina, deposito mi último y precioso legado; aquí, lo encontrará cuando yo haya dejado de existir. *(Se vuelve á un lado; las lágrimas ahogan su voz.)*

REINA. Ese es el lenguage de un moribundo. Yo espero, que será solo efecto de vuestra acalorada imaginacion ó... ¿no carecen de sentido vuestras palabras?...

MARQ. *(Que ha procurado serenarse, continua con un tono mas firme.)* Decid al príncipe, que piense en el juramento, que en aquellos dias de entusiasmo hicimos sobre los Santos Evangelios. Yo he cumplido el mio; le he sido fiel hasta la muerte.... ahora le toca á él cumplir el suyo.

REINA. ¿Hasta la muerte?

MARQ. ¡Oh! decidle, que realice aquel ensueño! Ese ensueño atrevido de un nuevo reino, esa concepcion divina de la amistad. Que ponga el primero la mano á esa empresa. Consiga algo ó sucumba, no importa. Que acometa esta obra. Cuando hayan pasado siglos, la Providencia, reproducirá un hijo de un monarca, como él, en un trono como el suyo, y animará con el mismo entusiasmo á su nuevo favorito. Decidle que debe respetar cuando sea hombre los ensueños de su juventud; que no abra su corazon, esa flor tierna y divina, al insecto mortífero de la razon, que se jacta del acierto; que no se deje estraviar, cuando la sabiduria mundana blasfeme del entusiasmo, hijo del cielo. Ya se lo he dicho ántes.....

REINA. ¿Pero, marques, á qué conduce?...

MARQ. Y decidle; que deposito en su alma, la felicidad del hombre; que lo exije de él un moribundo; que lo exijo con justo derecho. De mí dependia, el atraer sobre estos reinos una nueva aurora. El rey me habia abierto su corazon. Me llamaba su hijo—yo era su consejero, y sus Albas dejaron de existir. *(Se detiene, y contempla un momento á la reina.)* Llorais—¡oh conozco esas lágrimas, alma noble! La alegria las hace brotar. ¡Pero esto ya pasó, pasó para siempre! Cárlos ó yó. La eleccion fué pronta y terrible. Uno de los dos estaba perdido, y yo quiero ser ese. No deseeis saber mas.

REINA. Ahora empiezo á comprenderos. Infeliz ¿qué habeis hecho?

MARQ. Renunciar á las últimas horas de la tarde, para salvar un dia claro y hermoso. Yo abandono al rey. ¿De qué puedo servirle? En ese árido suelo no prosperaria ninguna de mis flores. ¡El destino de Europa se desarrolla en manos de mi augusto amigo! A él apele España. Hasta entónces, que sufra bajo el dominio de Don Felipe!... Pero ¡ay de mí, y de él, si tuviera que arrepentirme de haber elegido mal!... ¡Oh! no, no! conozco bien á mi Cárlos; eso nunca sucederá, y vos me sois responsable, señora. (*Despues de una pausa.*) Yo ví germinar este amor, ví la mas fatal de las pasiones echar raices en su corazon. Entónces estaba en mi mano el combatirla, pero no lo hice. Yo alimentaba este amor, que no perjudicaba á mis planes. El mundo puede pensar de distinto modo. Yo no me arrepiento, ni me acusa el corazon. Yo veia la vida, donde los demás solo veian la muerte. En este amor desesperado, columbré yo el dorado rayo de la esperanza. Yo queria conducirle á la perfeccion, elevarlo á la mas alta belleza. La humanidad me negó un modelo, y la lengua palabras—entónces recurrí á esto, y todo mi empeño consistia en esplicarle su amor.

REINA. Vuestro amigo os preocupaba tanto, que por él me olvidasteis á mí. ¿Me habeis creido formalmente despojada de la naturaleza femenil, para constituirme en ángel suyo y para darle por armas la virtud? Vos no pensásteis seguramente en el riesgo que corre nuestro corazon, cuando ennoblecemos con ese nombre á la pasion.

MARQ. El de las demas mugeres: pero hay una escepcion, yo lo juro. ¿Os avergonzaríais tal vez de abrigar el mas noble de los deseos, el de dar la vida á una virtud heróica? ¿Qué le importa al rey Don Felipe, que su magnífica pintura de la Transfiguracion, inspire deseos de inmortalidad al pintor que la contempla? ¿La dulce armonía, que dormita en las cuerdas de la lira, pertenece por ventura al que la compró, y con oido impasible la escucha? Compró el derecho de hacerla pedazos; pero no el arte de producir los sonidos melodiosos, y desvanecerlos en la mágia de música. La verdad existe para el sabio; la belleza para el corazon sensible: ambos se pertenecen mútuamente. Ninguna vil preocupacion, me hará desistir de esta creencia. Prometedme que le amareis constantemente, y que una vergüen-

za mal entendida, ó un falso heroismo no os llevarán nunca á renegar de él; sino que le amareis sin alteracion, y para siempre—prometedlo, señora.—Prometédmelo, aquí está mi mano.

REINA. Os lo prometo, mi corazon será siempre el único juez de mi amor.

MARQ. (*Retirando su mano.*) Ahora muero tranquilo; he concluido mi obra. (*Hace una cortesía á la reina y va á salir.*)

REINA. (*Le sigue con la vista.*) ¿Os vais, marques, sin decirme cuando nos volveremos á ver?

MARQ. (*Vuelve atras, y mirando á otro lado.*) ¡Seguramente nos volveremos á ver!

REINA. Ya os comprendo—Posa—¿Porque habeis hecho esto?

MARQ. Él ó yo.

REINA. ¡No, no! Os habeis comprometido en esta accion que llamais sublime. No lo negueis. Yo os conozco, ya hace tiempo que anhelábais esto.—¿Qué os importa desgarrar tambien otros corazones si satisfaceis vuestro orgullo? ¡Oh! ahora os comprendo! Vos solo anhelais escitar la admiracion.

MARQ. (*Sorprendido y para sí.*) No, no estaba yo preparado á oir esto.

REINA. (*Despues de un momento de silencio.*) ¿Marques, no hay ninguna salvacion posible?

MARQ. Ninguna.

REINA. ¿Ninguna? Pensadlo bien. ¿No hay ninguna posible, ni aun por mi mediacion?

MARQ. Ni aun por vuestra mediacion.

REINA. Vos solo me conoceis á medias, yo tengo valor.

MARQ. Lo sé.

REINA. ¿Y no hay remedio?

MARQ. Ninguno.

REINA. (*Se aleja de él, y oculta su rostro.*) Idos, ya no estimo á ningun hombre...

MARQ. (*Postrándose á sus piés en la mayor agitacion.*) ¡Señora!—¡Oh Dios mio! Apesar de todo, la vida es hermosa! (*Se levanta y sale precipitadamente. La reina entra en su gabinete.*)

ESCENA XXII.

Antecámara del rey.

El Duque de Alba *y* Fr. Domingo *se pasean en silencio, separados de los demas, El* Conde de Lerma *sale del gabinete del rey. Despues entra* D. Raimundo de Tariz, *director de correos.*

Lerma. ¿No se ha dejado ver todavia el marques?
Alba. Todavia nó.
Lerma. (*Va á entrar otra vez en el gabinete.*)
Tariz. (*Entrando.*) Conde de Lerma, anunciadme.
Lerma. El rey no recibe hoy á nadie.
Tariz. Decid, que es preciso que le hable, que es un asunto de suma importancia para su Magestad. Apresuraos. Esto no admite demora.
(*Lerma entra en el gabinete.*)
Alba. Amigo Tariz, acostumbraos á tener paciencia. No podeis ver al rey.
Tariz. ¿Por qué nó?
Alba. A no ser que hayais tenido la precaucion de solicitar el permiso del de Posa, que tiene preso al padre y al hijo.
Tariz. ¿De Posa? Pues justamente, él mismo me ha entregado esta carta.
Alba. ¿Una carta?
Tariz. Que yo habia de dirigir á Bruselas...
Alba. (*Atento.*) ¿Á Bruselas?
Tariz. Y que ahora traigo al rey.
Alba. ¿Habeis oido, reverendo padre? A Bruselas!
Fr. Dom. (*Acercándose.*) Esto es muy sospechoso.
Tariz. ¡Y con qué temor y embarazo me la recomendó!
Fr. Dom. ¿Con temor? Oiga!
Alba. ¿A quien vá dirigida?
Tariz. Al príncipe de Nassau y de Orange.
Alba. ¿Á Guillelmo? ¡Padre, aquí hay traicion!
Fr. Dom. ¿Qué otra cosa puede ser?—Si, en verdad, es preciso entregar esta carta inmediatamente al rey. ¡Qué mérito tan grande contraeis, digno señor, en mostrar tanto celo en vuestras funciones!

TARIZ. Reverendo padre, no hago mas que mi deber.
ALBA. Muy bien cumplís con él.
LERMA. (*Sale del gabinete, y se dirige á Tariz.*) El rey consiente en recibiros (*Tariz entra.*) ¿No ha venido todavia el marques?
FR. DOM. Se le busca por todas partes.
ALBA. ¡Cosa estraña y rara! El príncipe, prisionero de estado; y el rey, sin saber todavia el motivo.
FR. DOM. Y ni siquiera venir á darle cuenta.
ALBA. ¿Qué dijo á esto el rey?
FR. DOM. El rey no habló palabra (*Ruido en el gabinete.*)
ALBA. ¿Qué era eso? ¡Silencio!
TARIZ. (*Saliendo.*) ¡Conde de Lerma! (*Entran ambos.*)
ALBA. (*Á Domingo.*) ¿Qué es, lo que aquí pasa?
FR. DOM. Ese aspecto de terror, la carta interceptada. Yo no presiento nada bueno, duque!
ALBA. ¡Manda llamar á Lerma! y debiendo saber que estamos nosotros aquí....
FR. DOM. Nuestros tiempos pasaron ya.
ALBA. ¿Y no soy todavia el mismo, para quien se abrian ántes todas las puertas? ¡Qué cambio tan grande, tan estraño!
FR. DOM. (*Se acerca á la puerta y escucha.*) Oid.
ALBA. (*Despues de una pausa.*) Hay un silencio sepulcral. Se oye hasta la respiracion.
FR. DOM. La doble tapicería se come la voz.
ALBA. Marchémonos, alguien viene.
FR. DOM. (*Quitándose de la puerta.*) Es tan imponente este silencio, que me parece se ha de decidir en este instante una gran cuestion.

ESCENA XXIII.

Dichos y el PRINCIPE DE PARMA. *Los duques de* FERIA *y de* MEDINA SIDONIA, *con otros grandes de España.*

PARMA. ¿Se puede hablar al rey?
ALBA. No.
PARMA. ¿No? Quién está con él?
FERIA. Sin duda el marques de Posa.
ALBA. Justamente á ese es á quien se espera.

PARMA. Llegamos en este momento de Zaragoza. La alarma se estiende por todo Madrid. Es cierta la noticia.

FR. DOM. Si, desgraciadamente.

FERIA. ¿Y tambien que fué el caballero de Malta quien lo arrestó?

ALBA. Así es.

PARMA. ¿Y Por qué, que ha pasado?

ALBA. El porqué, nadie lo sabe; á no ser su Magestad ó el marques de Posa.

PARMA. Sin acuerdo de las córtes.

FERIA. ¡Ay! desgraciado del que tenga parte en esta violacion de las leyes del estado!

ALBA. Yo tambien le compadezco.

SIDONIA. Y yo igualmente.

LOS DEMAS GRANDES. Todos nosotros.

ALBA. ¿Quien me acompaña al gabinete? Yo voy á echarme á los pies del monarca.

LERMA. (*Saliendo precipitadamente del gabinete.*) ¡Duque de Alba!

FR. DOM. ¡Al fin, gracias á Dios!

ALBA. (*Entra apresuradameute.*)

LERMA. (*Sin aliento y muy agitado.*) Si viniere el marques de Posa, el rey no está ahora solo; su Magestad le hará llamar cuando pueda recibirlo.

FR. DOM. (*A Lerma á quien rodean con curiosidad los demas*) ¿Conde que ha pasado? Estais pálido como un cadáver.

LERMA. (*Queriendo irse.*) ¡Una cosa diabólica!

PARMA *y* FERIA. ¿Qué? ¿Qué?

SIDONIA. ¿Cómo está el rey?

FR. DOM. ¿Diabólica? Qué es pues?

LERMA. El rey ha llorado.

TODOS. (*Con la mayor admiracion.*) ¡El rey ha llorado!!!

(*Se oye nna campanilla en el gabinete, y el conde de Lerma acude al momento.*)

FR. DOM. (*Le sigue y quiere detenerlo.*) Conde, una palabra..... Perdonad... ¡Se fué! y nos deja embargados por la curiosidad y el terror.

ESCENA XXIV.

La Princesa de Eboli, *los duques de* Feria, Medina Sidonia *y* Parma, Fr. Domingo *y los demás grandes.*

Eboli. (*Fuera de sí con instancia.*) ¿Donde está el rey? ¿Donde? Tengo precisamente que hablarle (*á Feria.*) Vos, duque, llevadme á su presencia.

Feria. El rey está ocupado en asuntos de mucha importancia, y á nadie se le permite entrar.

Eboli. ¿Firma ya tal vez la terrible sentencia? Le han engañado. Puedo probárselo. Le han engañado.

Fr. Dom. (*Mirándola á cierta distancia de un modo significativo.*) ¡Princesa de Eboli!

Eboli. (*Yendo hácia él.*) ¿Estais ahí, padre? Justamente os necesito. Vais á corroborar.... (*Le toma lo mano y tira de él hácia el gabinete.*)

Fr. Dom. ¿Yo? estais en vuestro juicio, princesa?

Feria. Retiraos. El rey no puede oiros ahora.

Eboli. Es preciso que me oiga; que sepa la verdad, la verdad pura aun cuando fuese un Dios.

Fr. Dom. Atras, princesa! atras! Os atreveis á todo. Retiraos!

Eboli. ¡Hombre! Tiembla ante la cólera de tu ídolo. Yo no tengo ya nada que arriesgar. (*En el momento que vá á entrar, sale el duque de Alba.*)

Alba. (*Los ojos brillando de alegria y con aire de triunfo se acerca á Fr. Domingo y le abraza.*) Que entonen en todas las iglesias cánticos de alabanza. Nuestra es la victoria.

Fr. Dom. ¿Nuestra?

Alba. (*A Domingo y á los demas grandes.*) Ahora podemos entrar. Luego os diré mas.

ACTO QUINTO.

Aposento en el palacio real, separado por una verja de hierro de un vestíbulo, donde hay guardias paseándose.

ESCENA I.

CARLOS *sentado junto á una mesa, la cabeza apoyada sobre las manos, como si durmiese. En el fondo algunos oficiales que están en su compañía. El* MARQUES DE POSA *entra sin que Cárlos lo observe, habla en voz baja con los oficiales, que se alejan al momento. Luego se acerca á Cárlos y permanece por algunos momentos silencioso y triste contemplándolo. Al fin hace un movimiento que saca á este último de su letargo.*

CARLOS. *(Se levanta y se estremece al ver al marques. Luego fija en él sus ojos desencajados y se pasa la mano por la frente, como queriendo recordar algo.*

MARQ. ¡Yo soy, Cárlos!

CARLOS. (*Tendiéndole la mano.*) ¿Vienes todavia á verme? Eso te honra.

MARQ. Me figuré que podrias necesitar aquí á tu amigo.

CARLOS. ¿De veras, fué esa tu idea? Pues mira, esto me causa una alegria inesplicable. ¡Ah! bien sabia yo que aun me tenias cariño.

MARQ. Tambien soy acreedor á que pienses así.

CARLOS. ¿No es verdad? Si todavia nos comprendemos nosotros perfectamente. Esa bondad, esas consideraciones, sientan bien á las almas nobles como las nuestras. Supongo que una de mis pretensiones, fuese injusta y exagerada ¿debias tú, por eso, negarme las que son justas? La virtud

puede ser severa; pero nunca cruel, nunca inhumana. ¡Oh! te ha costado mucho, lo creo; me figuro lo que habrá sufrido tu corazon, cuando adornabas á tu víctima para llevarla al sacrificio.

MARQ. ¿Qué quieres decir con eso, Cárlos?

CARLOS. Ahora acabarás lo que yo debia acabar y no he podido. Tú darás á los españoles la edad de oro que en vano esperaban de mí. Yo ya soy inútil para todo. Esto lo has conocido tú. ¡Oh esta fatal pasion ha cortado en flor las esperanzas que en mí fundaban. Yo he muerto para tus grandes proyectos. La Providencia ó el acaso te conducen hasta el trono. A costa de mi secreto ganas al rey y llegas á ser su ángel bueno. Para mi no hay ya salvacion; pero tal vez si, para España.—¡Ah! aquí no hay nada que condenar mas que á mi torpe ceguedad, en no haber conocido hasta hoy que tú eres tan grande como afectuoso.

MARQ. No, no había yo previsto que la generosidad de un amigo podia ser mas ingeniosa que mi prudencia mundana. Mi edificio se hunde, yo olvidé tu corazon.

CARLOS. Es verdad que si te hubiera sido posible ahorrarle á ella esta pena, te lo hubiera agradecido infinitamente. ¿Acaso no podia yo solo soportarlo todo? ¿Era preciso que ella fuese la segunda víctima? Pero basta ya de esto. No quiero que sobre tí pese ninguna reconvencion. ¿Que te importa á tí la reina? ¿La amas tú por ventura? Puede tu severa virtud ocuparse de los pequeños intereses de mi amor? Perdona, fuí injusto.

MARQ. Si, Cárlos lo eres; pero no por esta reconvencion. Si he merecido una sola, las merezco todas, y en tal caso no me presentaria á tu vista como lo hago. (*Sacando la cartera de Cárlos.*) Aquí tienes algunas de las cartas que me distes para que las guardase. Tómalas tú.

CARLOS. (*Mira con admiracion, ya las cartas, ya al marques.*) ¿Cómo?

MARQ. Te las devuelvo, porque ahora estarán mas seguras en tus manos que en las mias.

CARLOS. ¿Pero cómo es esto? ¿No las ha leido el rey, no se las has mostrado?

MARQ. ¿Estas cartas?

CARLOS. ¿No se las enseñastes todas?

MARQ. ¿Quién te ha dicho que le haya enseñado una sola

CARLOS. (*Sumamente admirado.*) El conde de Lerma.

MARQ. ¿Ese te lo dijo?—¡Ah! Ahora todo se esplica. ¿Quién hubiera previsto esto? Conque, Lerma? No, ese hombre no sabe mentir. En efecto las otras las tiene el rey.

CARLOS. (*Mirándole siempre con muda admiracion.*) ¿Pero entonces, porque estoy yo aqui?

MARQ. Por precaucion, por si intentas otra vez elegir á una Eboli por confidente.

CARLOS. (*Como despertando de un sueño.*) ¡Ah ahora veo ya claro, ahora lo comprendo todo!

MARQ. (*Acercándose á la puerta.*) ¿Quien viene?

ESCENA II.

Dichos y el DUQUE DE ALBA.

ALBA. (*Se acerca respetuosamente al príncipe volviendo la espalda durante toda esta escena al marques.*) Príncipe, estais libre. El rey me envia, para anunciároslo. (*Carlos mira al marques con asombro. Todos guardan silencio.*) Al mismo tiempo me estimo feliz en ser el primero, que tiene la honra...

CARLOS. (*Mira á ambos con suma admiracion. Despues de un corto silencio, dice al duque.*) ¿Me arrestan y me ponen en libertad, sin que yo sepa el motivo, ni de lo uno ni de lo otro?

ALBA. Por un error, príncipe, de que segun me informan, se dejó llevar el rey sorprendido por un impostor.

CARLOS. Con todo yo me hallo aquí por órden suya.

ALBA. Si, señor, por un error de su Magestad.

CARLOS. Lo siento mucho,—pero si el rey comete un error, al rey le toca remediar la falta en persona. (*Mira al marques, y observa una espresion altiva para con el duque.*) Yo soy el hijo de Don Felipe, y los ojos de la calumnia y de la curiosidad estan fijos en mi. No quiero que lo que su Magestád hace por obligacion, aparezca como debido á su clemencia. Estoy pronto á comparecer ante el tribunal del Consejo, de vuestras manos no admito mi espada.

ALBA. El rey no titubeará un momento en conceder á vuestra

alteza tan justa pretension. Si vos permitis que os acompañe...

CARLOS. Yo me quedo aquí, hasta que el rey ó Madrid todo, venga á sacarme de esta prision. Llevadle esta respuesta. (*Alba se retira. Se le vé detenerse por un momento en el vestíbulo, y dar algunas órdenes.*)

ESCENA III.

CARLOS *y el* MARQUES DE POSA.

CARLOS. (*Despues que Alba ha salido, lleno de admiracion y curiosidad se dirige al marques.*) ¿Pero que es esto? Esplicámelo. ¿No eres tú ministro?

MARQ. Lo he sido como ves (*Acercándose á Carlos con gran agitacion.*) ¡Oh Cárlos! ha hecho efecto, lo he conseguido, alabada sea la Omnipotencia á quien debo tan buen éxito.

CARLOS. ¿Qué has conseguido?—No comprenbo tus palabras.

MARQ. (*Tomándole la mano.*) Tú te has salvado, estas libre. Yo... (*Se para.*)

CARLOS. ¿Y tú?

MARQ. Yo te estrecho en mi seno por primera vez con pleno derecho, pues lo he comprado con todo lo mas precioso que poseo. ¡Oh Cárlos! cuán dulce, cuán grande es este momento! Estoy contento de mí.

CARLOS. Qué cambio tan súbito esperimenta tu semblante! Nunca te he visto así. Altivo se levanta tu pecho, y tus ojos brillan.

MARQ. Debemos despedirnos, Cárlos. No te alarmes, y sé hombre. Sea lo que fuere lo que vas á oir, prométeme no hacerme mas dura esta separacion por un dolor inmoderado, indigno de almas grandes,—vas á perderme, Cárlos, por muchos años—los insensatos dicen que para siempre. (*Cárlos retira su mano, mira atentamente á Posa, y guarda silencio.*) ¡Sé tú hombre! Yo he contado mucho mucho contigo y no he evitado el pasar á tu lado, esa hora funesta, que el mundo llama la última, y si he de confesártelo hasta me he alegrado. Ven, Cárlos, sentémosnos, me siento débil y cansado. (*Se acerca á Cárlos que continúa en un profundo estupor, y que se sienta maquinalmente á su lado.*) ¿En que piensas? No me respondes? Seré breve.

Al dia siguiente de habernos visto por última vez en la Cartuja, me mandó llamar el rey. El resultado de esta entrevista lo sabes tú, y como tú, todo Madrid. Pero lo que ignoras, es, que le habian descubierto tu secreto, que las cartas encontradas en el púpitre de la reina deponian contra tí, que esto lo supe yo por el rey mismo, y que yo era su confidente. (*Se detiene para esperar la respuesta de Cárlos, que permanece mudo.*) Sí, Cárlos, con mis lábios falté á la fidelidad: yo mismo dirigia el complot que te habia de perder. Los hechos hablaban muy alto, y era ya demasiado tarde para justificarte. Lo único que me quedaba era, asegurarme de la venganza real, y así me hice tu enemigo para servirte mejor. Tú no me escuchas....

CARLOS. Sí, escucho, sigue, sigue!

MARQ. Hasta aquí estoy exento de culpa. Mas luego los rayos deslumbradores del favor régio, no tardaron en hacerme traicion. Como preveia, el rumor llega á tus oidos, y yo llevado de una delicadeza mal entendida, y ciego con la ilusion de llevar á cabo solo, mi atrevida empresa oculto á la amistad mi arriesgado secreto. ¡Hé ahí mi gran imprudencia! ¡He cometido un error grave, lo sé! Una confianza tan ciega, rayaba ya en locura. Perdóname, ella se fundaba en la eterna firmeza de tu amistad. (*Guarda silencio un momento, y Cárlos pasa de su inmovilidad á una violenta agitacion.*) Lo que yo temia sucede: te alarman con peligros imaginarios,—la reina ensangrentada,—el alboroto en el palacio—la malhadada oficiosidad de Lerma y para colmo mi reserva inesplicable, todo junto asalta á tu corazon desprevenido. Titubeas, y me das por perdido; pero demasiado noble para dudar de la integridad de tu amigo, adornas de grandeza su infidelidad, y entónces te atreves á culparle, porque aunque pérfido le puedes respetar. Abandonado de tu único amigo, te echas en los brazos de la princesa de Eboli. ¡Infeliz! en los brazos de un demonio, pues ella fué quien te vendió. (*Cárlos se levanta.*) Te veo volar á ella. Un presentimiento fatal pasa por mi corazon. Te sigo, pero demasiado tarde te encuentro postrado á sus piés. La temible confesion tal vez habia salido ya de tus lábios.—Estabas perdido sin remedio...

CARLOS. ¡No, no! Ella estaba conmovida. Te engañas, ella estaba conmovida...

MARQ. Una oscura noche envolvió mis sentidos. Yo no hallaba remedio alguno, ningun refugio. La desesperacion me convierte en una furia, en una fiera. Levanto el puñal contra el pecho de una muger; pero entónces, un rayo de luz iluminó mi alma. «¿Si yo engañase al rey? ¿Si lograse pasar por el culpable?» No es verosímil; pero basta que sea algo malo para que Don Felipe lo crea probable. ¡Animo! Probemoslo. Un golpe asestado tan de repente sobre el tirano, tal vez le haga vacilar. ¿Y qué quiero yo mas? El empieza á dudar, y Cárlos gana tiempo entretanto para huir á Brabante...

CARLOS. ¿Y podrias haber hecho eso?

MARQ. Escribo á Guillelmo de Orange, que yo amaba á la reina; que habia conseguido engañar las sospechas del rey, que solo recelaba de tí; y que el monarca mismo me habia facilitado medios de hallar libre acceso al cuarto de la reina. Añadia ademas que temia ser descubierto; que tú, noticioso de mi pasion, habias recurrido á la princesa de Eboli, tal vez para que esta avisase á la reina; que yo te habia arrestado, y que viéndolo ya todo perdido, habia resuelto huir á Bruselas. Esta carta.....

CARLOS. (*Interrumpiéndole asustado.*) ¡Espero no la habrás puesto en el correo! Ya sabes que todas las cartas para Brabante y Flándes...

MARQ. Las entregan al rey.—Segun veo, Tariz ha cumplido ya con su deber.

CARLOS. ¡Dios mio, entónces soy perdido!

MARQ. ¿Tú? Porqué tú?

CARLOS. ¡Infeliz, y tú tambien lo estás! Mi padre no te perdonará nunca este monstruoso engaño. No, nunca te lo perdonará.

MARQ. ¿Engaño? ¡Estás distraido, vuelve en tí! ¿Quién te dice que esto es un engaño?

CARLOS. (*Mirándole fijamente.*) ¿Quién, preguntas? Yo mismo. (*Quiere irse.*)

MARQ. Deliras. Quédate.

CARLOS. ¡Déjame, déjame por Dios! No me detengas. Mientras que aquí me detengo, está ya tal vez pagando á los asesinos.

MARQ. Tanto mas precioso es el tiempo. Tenemos aun mucho que decirnos.

CARLOS. ¿Que?—Antes que haya... (*Va á salir, y el marques le*

detiene por el brazo, mirándole con aire significativo.)

MARQ. Escucha, Cárlos, fuí yo tan concienzudo, tan ligero, cuando en nuestra infancia, derramaste tu sangre por mí?

CARLOS. (*Se queda estático ante él, lleno de admiracion y de ternura.*) ¡Oh divina Providencia!

MARQ. ¡Sálvate para Flándes! Reinar es tu destino, el mio es morir por tí...

CARLOS. (*Le toma la mano con la mas profunda emocion.*) No, no, es imposible, mi padre no podrá resistir. No podrá resistir á tanta elevacion de alma. Voy á conducirte á su presencia; vamos del brazo, voy á presentarte. «Padre, le diré, ved lo que un amigo ha hecho por su amigo.» Créeme, esto le enternecerá, pues no está del todo sordo á la voz de la humanidad. Sí, seguramente se enternecerá. Sus ojos se humedecerán y nos perdonará. (*Disparan un tiro desde la verja. Cárlos se estremece.*) ¡Ah! ¿A quién habrá sido?

MARQ. (*Desplomándose.*) Creo que á mí.

CARLOS. (*Cayendo á su lado, con gritos de dolor.*) Misericordia divina!

MARQ. (*Con voz moribunda.*) El rey es espeditivo.—Yo esperaba me daria mas tiempo.—Piensa en tu fuga.—¿Oyes? en tu fuga.—Tu madre lo sabe todo.—No puedo mas....

CARLOS. (*Queda como muerto sobre el cadáver. Poco despues entra el rey acompañado de sus Grandes, y retrocede horrorizado al ver este espectáculo. Profundo silencio. Los Grandes se colocan formando un semicírculo al rededor de este grupo y miran ya al rey, ya al hijo. Este continúa sin dar señales de vida. El rey los contempla mudo y pensativo.*)

ESCENA IV.

—

El REY, CARLOS, *los duques de* ALBA, FERIA *y* MEDINA SIDONIA, *el príncipe de* PARMA, *el conde de* LERMA, FR. DOMINGO, *y otros Grandes.*

REY. (*Con tono bondadoso.*) Tu súplica ha sido oida, príncipe. Vengo en persona con todos los grandes de mi reino á anunciarte la libertad. (*Cárlos alza la vista y mira en*

torno de sí, como el que despierta de un sueño. Sus ojos se fijan tan pronto en el rey como en el cadáver y no responde.) Recibe de nuevo tu espada. Se ha obrado con demasiada ligereza. (*Se acerca á él y le tiende la mano ayudándole á levantarse.*) Mi hijo no está en su lugar. ¡Levántate y ven á los brazos de tu padre!

CARLOS. (*Recibe maquinalmente el abrazo de su padre, pero volviendo de pronto en si, separa y le mira atentamente.* Hueles á sangre. No puedo abrazarte. (*Le empuja hácia atrás y todos los grandes se alarman.*) ¡No! no os asusteis! ¿Qué he hecho yo de estraordinario? ¿He tocado al ungido del señor? No temais, no pondré mi mano sobre él. ¿No veis estampado en su frente el sello de fuego? Dios le ha marcado.

REY. (*Se vuelve para irse.*) ¡Seguidme, señores!

CARLOS. ¿A dónde? No os alejeis de aquí, señor!
(*Le detiene con ambas manos, y acierta á agarrar la espada que el rey traia, y que al moverse este sale de la vaina.*)

REY. ¿Desnudas el acero contra tu padre?

TODOS LOS GRANDES. (*Tiran de sus espadas.*) ¡Regicida!

CARLOS. (*Teniendo con una mano al rey y en la otra la espada desnuda.*) ¡Envainad vuestros aceros! ¿Qué quereis? Creeis por ventura que estoy frenético? No, no lo estoy, y si lo estuviese haríais muy mal en recordarme que su vida está en la punta de mi espada. Retiraos, os suplico. Naturalezas como la mia, necesitan consideraciones; por eso os suplico os retireis. Lo que tengo que arreglar con el rey, no tiene nada que ver con vuestra fidelidad como vasallos. Mirad sus manos ensangrentadas. Miradlas bien. ¿Las veis? Oh! volved tambien la vista aquí. ¡Esta es la obra del gran artifice!

REY. (*A los grandes que temerosos se agolpan á su alrededor.*) Retiraos. ¿De qué temblais?—No somos padre é hijo? Quiero esperar, y ver hasta que grado de infamia puede arrastrar la naturaleza...

CARLOS. ¿Naturaleza?—Dudo que exista. La sangre se derrama á torrentes. Los lazos de la humanidad están rotos. Tú mismo, señor, los desgarraste en tus reinos. ¿He de respetar yo lo que tú pisoteas? ¡Oh! volved los ojos aquí! y contemplad el mas atroz de los asesinatos.—¿Qué, no hay Dios? Pueden los reyes destruir así su creacion? ¿Desde

que el mundo existe, nació alguno, para morir mas inocentemente?—Y sabes tú acaso lo que has hecho? No, no lo sabe. Ignora que ha quitado del mundo una vida mas importante, mas noble y mas preciosa que la suya y que todo su siglo.

REY. (*Con tono menos seco.*) ¿Si he sido demasiado ligero, te toca á tí, que has sido de ello la causa, pedirme cuenta?

CARLOS. ¿Cómo? ¿Es posible? ¿No adivinais lo que era para mí esa víctima?—¡Oh! diceselo!—ayuda á su sabiduria suprema á resolver este gran enigma.—Era mi amigo. Y quereis saber por quien ha dado su vida? Por mí ha muerto.

REY. ¡Ah mis sospechas!

CARLOS. Perdona ensangrentado cadáver, que ensalze tu virtud ante oidos tan profanos. Deja que este gran conocedor del corazon humano, sucumba de vergüenza al ver engañada su encanecida sabiduria por la sagacidad de un jóven. ¡Sí, señor, nosotros éramos hermanos! Hermanos por lazos mas nobles que los que forma la naturaleza.

La hermosa carrera de su vida fué amor, y su amor hácia mí fué la causa de su noble y heróica muerte. Mio era él, cuando os elevaba con su respeto, cuando su fácil elocuencia jugaba con vuestro espíritu altivo y gigantesco. ¡Imaginábais dominarle, y no erais mas que dócil instrumento de sus elevados planes! Mi arresto fué premeditada prudencia de su amistad. Solo por salvarme escribió á Orange esa carta. ¡Dios mio el primer engaño de su vida! y por salvarme se espuso á recibir la muerte, que en mal hora cortó sus dias. Vos le prodigasteis todos vuestros favores, y él murió por mí. Sin solicitarlo le dísteis vuestro corazon, vuestra amistad. Vuestro cetro era un juguete en sus manos. ¡Despreció todo esto, y murió por mi. (*El rey está inmóvil, la vista fija en el suelo. Los grandes le contemplan alarmados con asombro.*) ¿Pero es posible? ¿Pudísteis dar crédito á tan torpe mentira? ¡Qué idea tan mezquina debia tener de vos, cuando intentó alcanzar sus fines por medio de un artificio tan grosero! ¿Os atrevísteis á pretender su amistad, y sucumbísteis luego á esta ligera prueba? ¡Oh no, no, no era eso nada para vos! este ser no era para un alma como la vuestra: no lo ignoraba él, cuando os despreció

con todas vuestras coronas. Esta delicada lira estalló en vuestras manos de hierro. Vos no supísteis mas que asesinarle.

ALBA. (*Que no ha quitado la vista del rey, y ha estado observando con inquietud su creciente agitacion, se acerca con timidez á él.*) Señor. no guardeis ese silencio sepulcral. Mirad á vuestro alrededor, y dirigidnos vuestra palabra.

CARLOS. Vos no érais tampoco indiferente para él, y ocupábais hacia largo tiempo su pensamiento. Tal vez os hubiera hecho feliz. Su corazon era bastante rico, para satisfaceros con lo que de él rebosaba. Una chispa de su espíritu os hubiera divinizado. Vos mismo os habeis hecho ese robo. ¿Qué daríais por reemplazar un alma como la suya? (*Silencio profundo. Algunos de los Grandes apartan la vista de este espectáculo, y ocultan el rostro con sus capas.*) ¡Oh! vosotros, los que, mudos de terror y de sorpresa, estais á nuestro alrededor, no maldigais al hijo que usa este lenguage con su padre, con su rey!—¡Mirad aquí, por mí ha muerto! Si teneis lágrimas, si en vuestras venas corre sangre, y no candente metal, volved los ojos aquí, y no me maldigais! (*Se dirige al rey con mas serenidad y calma.*)—Tal vez aguardais el desenlace de esta monstruosa escena: aquí teneis mi espada. Vos sois otra vez mi rey y señor. ¿Pensais que temo vuestra venganza? Asesinadme tambien, como asesinásteis á la mas noble de las criaturas. Doy mi vida por perdida, bien lo sé. ¿Qué me importa ahora? Yo renuncio á todo lo que el mundo me reserve. Buscad entre los estraños otro hijo. Ahí están mis reinos. (*Cae sobre el cadáver, y no toma parte en el resto de la escena. Entretanto un tumulto confuso de voces como una multitud que se acerca, se oye á lo léjos. Reina profundo silencio en torno del rey. Sus ojos recorren todo el círculo que le rodea, sin encontrar las miradas de nadie.*)

REY. ¿Y bien? Nadie responde? Todos teneis la vista baja y el rostro consternado? Mi sentencia está pronunciada. La leo escrita en esos semblantes mudos. Mis vasallos me han condenado. (*Continúa el silencio. El tumulto crece y se acerca. Un rumor circula entre los Grandes. Se miran unos á otros perplejos. El conde de Lerma al fin toca en el brazo al duque de Alba.*)

LERMA. En efecto, parece una rebelion.

ALBA. *(En voz baja.)* Yo así lo temo.
LERMA. Ya se acercan.

ESCENA V.

Dichos, y un OFICIAL *de la guardia.*

OFICIAL. *(Con urgencia.)* ¡Ha estallado una rebelion! ¿Dónde está el rey? *(Se abre paso por entre los Grandes y llega al rey.)* Madrid está en armas. La tropa y el pueblo rodean furiosos el palacio. Se dice que el príncipe Don Cárlos está preso, y su vida en peligro. El pueblo quiere verle vivo, ó prender fuego á Madrid.
TODOS LOS GRANDES. *(Alarmados.)* ¡Salvad! ¡Salvad al rey!
ALBA. *(Al rey que está quieto é inmóvil.)* Huid señor... Hay peligro. Aun no sabemos quien arma al pueblo.
REY. *(Despertando de su estupor se adelanta con aire magestuoso entre ellos.)* ¿Subsiste aun mi trono? Soy aun rey de esta nacion? No, ya no lo soy. Estos cobardes lloran enternecidos por un niño. Solo esperan la señal para abandonarme. ¡Estoy rodeado de rebeldes!
ALBA. ¡Señor, qué ideas tan terribles!
REY. ¡Allí! postraos allí! postraos ante el jóven y floreciente rey! yo no soy ya mas que un viejo impotente!
ALBA. ¡A tal punto hemos llegado, españoles! *(Todos se apresuran á arrodillarse ante el rey con las espadas desnudas. Cárlos solo, permanece al lado del cadáver, léjos de los demas.)*
REY. *(Desabrochándose el manto y tirándolo al suelo.)* Vestidle con el manto real. Paseadle en triunfo sobre mi cadáver. *(Cae sin fuerzas en los brazos de Alba y Lerma.)*
LERMA. ¡Socorro!
FERIA. ¡Qué fatalidad, gran Dios!
LERMA. Está sin sentido.
ALBA. *(Deja al rey en los brazos de Lerma y de Feria.)* Llevadle á su aposento!—Entretanto restableceré el órden en la capital. *(Sale. Se llevan al rey, acompañándole todos los grandes.)*

ESCENA VI.

CARLOS *queda solo con el cadáver. Pocos momentos despues entra* LUIS MERCADO *y mira cautelosamente á su alrededor, queda un momento en silencio detrás del príncipe, que no le nota.*

MERC. Su magestad la reina, príncipe, me envia. (*Carlos se vuelve, pero no contesta.*) Mi nombre es Mercado, soy médico de la reina, aquí teneis mis credenciales. (*Enseñándole una sortija. Cárlos continúa sin contestar.*) La reina desea vivamente hablaros hoy mismo: un asunto de importancia...

CARLOS. Ya nada hay en el mundo de importancia para mí.

MERC. Un encargo que el marques de Posa le habia...

CARLOS. (*Levantándose con viveza.*) ¿Cuál? Voy al instante. (*Quiere salir con él.*)

MERC. No, ahora no, señor! Es preciso esperar á la noche. Todos los pasos estan ocupados, y todas las guardias dobladas. Es imposible penetrar en ese ala del palacio sin ser visto, y seria aventurarlo todo...

CARLOS. Pero...

MERC. Solo nos queda todavia un medio. La reina lo inventó y os lo propone. Pero es atrevido, estraño y peligroso.

CARLOS. ¿Cuál es?

MERC. Hace mucho tiempo, como sabeis, se dice que hácia la media noche vagan los manes del emperador, en figura de monge, por las galerias abovedadas del palacio. El pueblo dá crédito á este cuento, y con terror ocupan las guardias ese sitio. Si os resolveis á serviros de ese disfraz, podreis pasar libremente entre ellas y llegar hasta el aposento de la reina, cuya puerta os abrirá esta llave. El hábito religioso os librará de todo ataque; pero es preciso, principe, que os decidais al momento. En vuestro cuarto hallareis los vestidos necesarios y una máscara, con que encubrireis el rostro por precaucion. Yo no debo perder tiempo en llevar á su magestad la respuesta.

CARLOS. ¿Y la hora?

MERC. A las doce en punto.

CARLOS. Decidle que me espere.

MERC. (*Sale.*)

ESCENA VII.

CARLOS *y el* CONDE DE LERMA.

LERMA. ¡Salvaos, príncipe! El rey está furioso contra vos! Peligra vuestra libertad, sino vuestra vida. No pregunteis mas. Yo me he escapado para avisaros. Huid sin dilacion.

CARLOS. Estoy en manos del Todopoderoso.

LERMA. Segun la reina me dió á entender, debeis salir hoy de Madrid y huir á Bruselas. ¡No lo retardeis por Dios! Este alboroto favorece vuestra fuga. Con tal intencion lo ha promovido la reina. Ahora no osaran emplear la fuerza contra vos. En la Cartuja os espera la silla de posta, y aquí teneis armas para el caso de que os viéseis obligado á.... (*Le dá un par de pistolas.*)

CARLOS. ¡Gracias, gracias conde de Lerma!

LERMA. Los sucesos de hoy me han conmovido en estremo. Ningun amigo amará jamás como él. Todos los patriotas lloran por vos. No puedo decir mas por ahora.

CARLOS. El que acabamos de perder, os llamó un alma noble.

LERMA. Príncipe, id con Dios! Tiempos mas felices vendrán otra vez, pero ya no existiré yo. Recibid ahora mi homenage. (*Hinca una rodilla en tierra.*)

CARLOS. (*Conmovido, quiere impedirlo.*) No por Dios, conde, no! me enterneceis, y yo necesito ahora mucha energia.

LERMA. (*Besándale la mano con emocion.*) ¡Rey de mis hijos! ¡Ellos podrán morir por vos. A mi no me es dado el hacerlo! Acordaos de mí, en mis hijos. Volved en paz á España, y sed humanitario en el trono de Felipe. Vos tambien conocisteis el dolor. No emprendais nada sangriento contra vuestro padre, príncipe. Vuestro padre obligó á vuestro abuelo á dejarle el trono, y ahora tiembla no le suceda á él lo mismo con su hijo! No olvideis esto, príncipe, y el cielo os guie! (*Sale apresuradamente. Cárlos va á salir por otro otro lado; pero vuelve de repente, se inclina sobre el cadáver del marques, que estrecha en sus brazos, y se vá despues con precipitacion.*)

ESCENA VIII.

Antecámara del rey.

LOS DUQUES DE ALBA Y FERIA, *entran conversando. Algunos Grandes.*

ALBA. La capital está tranquila. ¿Cómo dejasteis al rey?

FERIA. En una disposicion de animo terrible. Se ha encerrado en su habitacion, y por nada de este mundo permite que entren á verle. La traicion del marques ha trastornado de pronto todo su ser. Está desconocido.

ALBA. Yo tengo que verle indispensablemente. Esta vez no debo pararme en consideraciones, pues acabamos de hacer un descubrimiento importante.

FERIA. ¿Un nuevo descubrimiento?

ALBA. Un fraile cartujo que se habia introducido secretamente en el aposento del príncipe, y que con sospechosa curiosidad se informaba de la muerte del marques, llamó la atencion de mis guardias. Le detienen y le registran. El temor de la muerte le hizo confesar, que llevaba consigo papeles de gran importancia, que el marques le habia confiado para entregárlos al príncipe en propia mano, dado el caso de que no volviese ántes de ponerse el sol.

FERIA. ¿Y bien?

ALBA. Estas cartas dicen que Cárlos debe salir de Madrid, antes que amanezca el nuevo dia....

FERIA. ¿Es posible?

ALBA. Que un buque está listo en Cádiz, para hacerse á la vela y llevarle á Flesinga, y que las provincias de los Paises Bajos solo esperan su llegada para sacudir el yugo de España.

FERIA. ¿Seria posible?

ALBA. Segun otras noticias la flota de Soliman ha salido ya de Rodas para atacar, en virtud de un tratado, al rey de España en el Mediterráneo.

FERIA. ¡Eso es increible!

ALBA. Estas cartas me hacen comprender ahora los viages, que por toda Europa hizo el de Posa. No se trataba de nada menos que de armar las potencias del Norte, en favor de la libertad de los flamencos!

FERIA. ¡Que hombre ese!

ALBA. Ademas acompaña á estas cartas un plan detallado de la guerra, que ha de separar para siempre á los Paises Bajos de la Monarquia Española. Nada se ha olvidado. Ya estaba calculada la fuerza y la resistencia de ambas partes; se habia tomado nota esacta de todos los recursos del pais; fijada las máximas que se debian seguir, y los tratados que se habian de hacer. El plan es diabólico; pero en verdad asombroso!

FERIA. ¡Qué conspirador tan profundo!

ALBA. Tambien hablan de una entrevista secreta, que el príncipe debe tener con su madre la misma noche de la fuga.

FERIA. ¿Cómo? Eso seria hoy mismo?

ALBA. Hoy á media noche; pero para este caso tengo yo ya tomadas mis medidas. Ya veis que es cosa urgente, y que no hay tiempo que perder. Abridme por lo tanto el gabinete del rey.

FERIA. Es imposible. Está prohibido el entrar.

ALBA. Yo mismo abriré entonces: el peligro inminente justificará mi atrevimiento. *(Al ir hácia la puerta, se abre esta y sale el rey.)*

FERIA. Aquí está su majestad.

ESCENA XI.

Dichos y el REY.

(Ambos se alarman al verle y retroceden para dejarle pasar. Viene como un sonámbulo soñando despierto. Su figura y sus vestidos están todavia en el desórden, en que el desmayo los dejó. Pasa lentamente por delante de los Grandes y fija la vista en algunos de ellos, pero sin reconocerlos. Al fin se para engolfado en sus pensamientos con los ojos inclinados hácia el suelo, hasta que poco á poco su creciente emocion le permite hablar.)

REY. ¡Devuélveme ese muerto! Yo lo necesito!

FR. DOM. *(Bajo á Alba.)* Habladle, duque!

REY. *(Como ya se ha dicho.)* ¡Pensó mezquinamente de mí y murió! Necesito recuperarle y hacerle tener otra opinion de mi...

ALBA. *(Con timidez.)* Señor...

REY. ¿Quién habla aquí? (*Mirando con altivez en torno suyo.*) ¿Habeis olvidado ya quien soy? ¡Arrodillaos ante vuestro rey! Aun soy vuesto monarca, y quiero ver sumision en todo. ¿Me desdeñais ya todos, porque uno me despreció?

ALBA. No nos acordemos mas de él, Señor! un nuevo enemigo mayor aun que este, se levanta en el centro de vuestros reinos.

FERIA. El príncipe Don Cárlos...

REY. Tenia un amigo que murió por él, por él! Conmigo hubiera participado del reino! Con qué altivez me miraba! No se mira con mas orgullo desde un trono. ¿No era evidente lo mucho que esta conquista le envanecia? Su intenso dolor probó lo que acababa de perder. No se llora así por una cosa perecedera. ¡Ojalá viviese todavia!.. Yo daria uno de mis Estados por recuperarle! ¡Omnipotencia divina! tú no puedes consolarme. Tu brazo no alcanza á remediar una ligera precipitacion cometida con la vida de un hombre. Los muertos no resucitan. ¿Quién osa asegurarme que soy feliz? En la tumba hay uno que se negó á respetarme ¿qué me importan los vivos? Un espíritu, un hombre libre, se ha levantado en este siglo, uno solo me desprecia y muere.

ALBA. ¡Si nuestras vidas no sirven de nada, muramos, españoles! Hasta en la tumba nos roba este hombre el corazon de nuestro rey.

REY. (*Se sienta y apoya la cabeza sobre la mano.*) ¡Si hubiera muerto por mí! Yo tambien le apreciaba mucho! Me era tan querido como mi hijo. Este jóven me anunciaba una aurora mas pura. ¡Quién sabe lo que yo le destinaba! Él fué mi primer afecto! La Europa entera, puede maldecirme; pero él me debió agradecimiento.

FR. DOM. ¿Por qué encanto?...

REY. ¿Y por quién ha hecho ese sacrificio? Por un niño, por mi hijo? Mentira. No lo creo. Posa no ha muerto por él. La pobre llama de la amistad no alcanza á llenar el corazon de un Posa. Su corazon latia por la humanidad entera. Su pasion era todo el género humano con las futuras generaciones. Para satisfacerla se le ofrece un trono, y lo desdeña. ¿Podia Posa hacer así traicion al género humano? No, yo le concí á fondo. No ha sacrificado á Felipe por Cárlos, sino al viejo impotente, por el

jóven vigoroso, su discípulo. El sol que se apaga del padre no podia madurar su obra y la reserva para el naciente sol del hijo. ¡Oh bien claro está! todos esperan mi muerte.

ALBA. Leed en estas cartas la confirmacion de ese pensamiento.

REY. (*Se levanta.*) Pero podria haberse equivocado. Aun existo. Gracias á tí naturaleza! Siento en mis nervios una fuerza juvenil. Yo pondré sus designios en ridículo: su virtud pasará por los vanos ensueños de un iluso y su muerte por la de un loco. Arrastre su caida tras sí á su amigo y á su siglo. Veamos, como me echan de menos. Todavia una noche me pertenece el mundo. Voy á aprovecharla tan bien, que despues de mí, han de sucederse mas de diez generaciones, ántes que pueda producir ningun fruto, el suelo que dejaré incendiado. Él quizo sacrificarme á su ídolo, la humanidad, pues bien me vengaré en esta de él! Y con su mismo juguete voy á empezar. (*Al dugue de Alba.*) ¿Qué decíais del infante? Qué dicen esas cartas?

ALBA. Estas cartas, señor, contienen el legado del marques de Posa al príncipe Don Cárlos.

REY. (*Recorre los papeles, observado atentamente por los que le rodean. Despues los pone á un lado y se pasea pensativo por el cuarto.*) Que llamen al cardenal inquisidor. Yo le suplico me conceda una entrevista. (*Uno de los grandes sale. Toma despues los papeles, vuelve á leer, y los vuelve á dejar.*) ¿Con qué esta noche?

TARIZ. A las dos en punto debe estar la silla de posta en el monasterio de la cartuja.

ALBA. Y los espias que yo he puesto han visto llevar varios efectos de viage, que conocieron por las armas de la corona.

FERIA. Tambien aseguran, que en nombre de la reina han reunido varios agentes moriscos sumas considerables, destinadas á Bruselas.

REY. ¿Donde dejasteis á Cárlos.

ALBA. Con el cadáver de Posa.

REY. ¿Hay luz todavia en las habitaciones de la reina?

ALBA. Todo está tranquilo allí. Tambien ha despedido hoy mas temprano que de costumbre á sus damas. La duquesa de Arcos que fué la última que salió, la dejó en un profun-

do sueño *(Un oficial de la guardia entra, llama aparte al duque de Feria y habla bajo con él. Este se dirige sorprendido al duque de Alba. Otros se agolpan en torno de ellos y producen un nuevo murmullo.)*

FERIA, TARIZ *y* FR. DOM. *(A un tiempo.)* ¡Cosa rara!

REY. ¿Qué hay?

FERIA. Una noticia, señor, que apenas es creible.

FR. DOM. Dos soldados suizos que acaban de ser relevados, refieren—causa risa el contarlo.

REY. ¿Y bien?

ALBA. Que en el ala izquierda del palacio ha aparecido la sombra del emperador, y que pasó delante de ellos con magestuoso porte. La misma noticia dan los demas centinelas, escalonados por todo el pabellon, y añaden que la sombra se perdió en los aposentos de la reina.

REY. ¿En qué figura apareció?

OFICIAL. Con el mismo hábito de monge gerónimo, que llevaba en los últimos dias de su vida en el convento de Yuste.

REY. Con el hábito de monge! ¿Entonces los centinelas le conocieron en vida, pnes ¿cómo supieron que era el emperador?

OFICIAL. El cetro que llevaba en la mano probaba que debia ser el emperador.

FR. DOM. Se dice tambien haberle visto ya muchas veces en esa forma.

REY. ¿No le habló nadie?

OFICIAL. Nadie se atrevió. Las guardias se santiguaron y le dejaron pasar tranquilamente.

REY. ¿Y desapareció en los aposentos de la reina?

OFICIAL. En la antecámara. *(Profundo silencio.)*

REY. *(Dirigiéndose á los Grandes.)* Qué decís á esto?

ALBA. Nosotros, señor, callamos.

REY. *(Despues de reflecionar un momento. Al oficial.)* Poned á mis guardias sobre las armas, y que cierren todos los pasos de este ala del palacio. Tengo ganas de hablar una palabra con esa sombra. *(Sale el oficial y entra un page.*

PAGE. El cardenal inquisidor, señor!

REY. *(A los presentes.)* Retiraos.

(El cardenal inquisidor anciano de noventa años y ciego entra apoyado sobre un báculo y guiado por dos frailes. Al pasar se arrodillan los Grandes y tocan el borde de su vestido. El les echa la bendicion. Todos se alejan.)

ESCENA X.

REY *y el* INQUISIDOR GENERAL. *(Profundo silencio.)*

INQUIS. ¿Estoy ante el rey?

REY. Sí.

INQUIS. Ya no esperaba yo sucediera nunca esto.

REY. Renuevo una escena de los tiempos pasados, cuando el infante Felipe solicitaba consejos de su preceptor.

INQUIS. Mi glorioso discípulo Cárlos, vuestro augusto padre, nunca necesitó consejos.

REY. ¡Dichoso él! Yo cardenal he cometido un asesinato, y no descanso....

INQUIS. Porqué motivo le habeis cometido?

REY. Un engaño sin igual.....

INQUIS. Lo sé todo.

REY. ¿Lo sabeis? ¿Por quién, desde cuando?

INQUIS. Sé hace muchos años, lo que solo sabeis vos desde la puesta del sol de este dia.

REY. (*Admirado.*) Teniais vos ya noticia de ese hombre?

INQUIS. Su vida está anotada, desde su principio hasta su fin repentino, en los santos registros de nuestro Tribunal.

REY. Sin embargo él tenia plena libertad.

INQUIS. La cadena que le sujetaba, aunque larga y ligera para dejarle revoletear libremente, era indestructible.

REY. Ha estado fuera de mis reinos.

INQUIS. En ninguna parte le hemos perdido de vista.

REY. (*Paseandose disgustado.*) Si se sabia en qué manos me hallaba, porqué no se me ha avisado?

INQUIS. La misma pregunta os hago yo. ¿Por qué no consultarme, antes de entregaros en manos de un hombre semejante? Vos le conocisteis. Una sola mirada os reveló al herege. ¿Qué pudo induciros á despojar al Santo Tribunal de esta víctima? Así se juega con nosotros? Si la magestad real, se degrada hasta ser encubridora, hasta ligarse con nuestros mayores enemigos, qué ha de ser de nosotros?—Si se indulta á uno, con qué derecho se han sacrificado tantos miles de criaturas?

REY. El tambien ha sido sacrificado.

INQUIS. No, él ha sido asesinado de un modo bajo é ilegal. La sangre, que debia correr gloriosamente en nuestro honor, ha sido derramada por mano de un asesino. Su vida era nuestra. ¿Quién os autorizó á tocar á los bienes sagrados de nuestra órden? Dios le concedió á las exigencias de estos tiempos, para demostrar claramente, en la corrupcion de su espíritu, la jactancia de la vana razon. Tal era el plan que habia yo concebido. El trabajo de tantos años es ya inútil. Nos lo habeis quitado sin conseguir mas que mancharos las manos de sangre.

REY. La pasion me dominó, perdóname!

INQUIS. ¿La pasion? ¿Es todavia el infante Felipe, quien me habla, ó soy yo el único que ha envejecido? ¡Pasion! (*Meneando la cabeza*) Si tu mismo eres esclavo, da libertad de conciencia á tus reinos.

REY. Todavia soy novicio en estas cosas. Ten paciencia conmigo.

INQUIS. No, no estoy contento de vos.—¡Empañar así las glorias de todo vuestro anterior reinado! ¿Donde está aquel Felipe, cuya alma firme, fija como la estrella polar en el cielo, giraba inmutable y eternamente sobre sus propios ejes? ¿Se ha hundido á vuestros ojos, todo el pasado? ¿Dejó el mundo de ser el mismo desde el momento en que le tendisteis la mano? ¿El veneno dejó de ser veneno? ¿Desapareció la distincion entre lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso? ¿De qué sirve entonces la resolucion, la constancia y la firmeza; de qué la fé del hombre, si un solo minuto de flaqueza basta para evaporar, como un capricho de muger, un principio seguido durante setenta años?

REY. Yo leia en sus ojos. Perdóname esta recaida en la flaqueza humana! El mundo tiene un camino menos para tu corazon. Tus ojos estan apagados.

INQUIS. ¿Y para que necesitabais, á ese hombre? ¿Qué os podia presentar de nuevo, á que no estuvieseis ya preparado? ¿Tan mal conoceis ese espíritu fanático de innovacion? ¿Tan poco acostumbrado está vuestro oido al pomposo lenguaje de los reformadores del mundo? Si meras palabras bastan á hundir el edificio de vuestra conviccion, ¿cómo teneis conciencia, pregunto yo, para firmar las sentencias de muerte de millares de criaturas, que solo por esto han ido á la hoguera?

REY. Mi alma anhelaba encontrar un hombre... Estos Fr. Domingos...

INQUIS. ¿Para qué? Para vos los hombres no deben ser mas que guarismos... y nada mas.—¡Que tenga todavia que repetir á mi ya envejecido discípulo los conocimientos elementales del arte de reinar! El Dios de la tierra debe saber pasar, sin lo que se le puede negar. Si suspirais por hallar simpatias, os igualais con el resto del mundo. ¿Qué derecho teneis entónces sobre vuestros semejantes?

REY. Soy un pobre mortal, lo conozco Tú exiges de una criatura, lo que solo puede hacer el creador.

INQUIS. No, señor, á mi no me engañais. Yo he penetrado en vuestras intenciones. Habeis intentado escaparos de nosotros. Las cadenas de nuestra santa órden os pesan, y quereis ser libre é independiente; (*Se para. El Rey guarda silencio.*) pero ya estamos vengados y dad gracias á la Iglesia, que se contenta con castigaros como madre. La errada eleccion, que ha permitido hiciéseis, ha sido vuestro castigo.--Sirvaos esto de escarmiento, volved ahora á nosotros.—Y por el Dios de los cielos, que si vos no hubiérais llamado hoy, mañana habríais comparecido ante nuestro Tribunal.

REY. No me hables así, y modérate, sacerdote! Yo no puedo sufrir, no puedo tolerar que se me hable en ese tono.

INQUIS. ¿Entónces á qué evocar la sombra de Samuel? Yo he conducido á dos reyes hasta el trono español, y esperaba dejar una obra fundada sobre bases sólidas, pero veo perdido el fruto de toda mi vida. El mismo Felipe conmueve mi edificio. Decidme, señor, ¿A qué me habeis llamado? ¿Qué hago yo aquí? No es mi ánimo repetir la visita.

REY. Aun tienes que hacerme un servicio, el último; y luego puedes retirarte. Olvida lo pasado y hagamos las paces.—¿Nos hemos reconciliado?

INQUIS. Si Felipe cede humildemente....

REY. (*Despues de una pausa.*) Mi hijo proyecta sublevarse.

INQUIS. Y vos, qué resolveis?

REY. Todo... ó nada...

INQUIS. ¿Qué quereis decir con todo?

REY. Que le dejaré escapar, sino le puedo hacer morir.

INQUIS. Y bien, señor?

REY. ¿Puedes tú establecer una nueva creencia, que justifique el asesinato de mi hijo?

INQUIS. Para aplacar á la eterna justicia, murió en la cruz el Hijo de Dios.

REY. ¿Y puedes propagar esta creencia por toda Europa?

INQUIS. Por todas partes donde se venere la cruz.

REY. Conozco que delinco contra la naturaleza; pero ¿cómo imponer tambien silencio á su poderosa voz?

INQUIS. Ante la fé calla la naturaleza.

REY. En tus manos pongo mi oficio de juez. ¿Puedo retirarme enteramente!

INQUIS. Confiadmelo sin cuidado.

REY. ¡Es mi hijo único!—¿Para quién he trabajado tanto?

INQUIS. Para la muerte, mejor que para la libertad.

REY. (*Levantándose.*) Estamos conformes. Sígueme.

INQUIS. ¿A dónde?

REY. A recibir de mis manos la víctima. (*Le conduce fuera.*)

ESCENA VI, Y ULTIMA.

Cuarto de la Reina.

CARLOS *y la* REINA. *Luego el* REY *y su comitiva.*

CARLOS. (*Vestido de monge y cubierto el rostro con una máscara, que se quita al entrar. Está oscuro. Se acerca á una puerta que se abre. Sale la reina en trage de noche con una luz en la mano. Cárlos se echa á sus pies al verla.*) ¡Isabel!

REINA. (*Mirándole con intensa melancolía.*) ¿Así nos volvemos á ver?

CARLOS. ¡Así nos volvemos á ver! (*Silencio.*)

REINA. (*Tratando de serenarse.*) Levantaos, no debemos conmovernos uno á otro, Cárlos. No honremos la memoria del difunto con lágrimas infructuosas.—Las lágrimas son para penas menores! Él se ha sacrificado por vos; con esa vida preciosa ha comprado la vuestra. ¿Y habrá derramado su sangre por una vana quimera? Cárlos, yo misma he respondido de vos, y fiado en esta garantía abandonó mas alegre este mundo. ¿Ireis á desacreditarme?

CARLOS. (*Con entusiasmo.*) Voy á erigirle un monumento como

nunca lo tuvo monarca alguno. Sobre sus cenizas florecerá un paraiso.

REINA. Así esperaba encontraros. Este ha sido el alto objeto de su muerte. A mí me eligió para cumplir sus últimos deseos, y yo os recuerdo vuestra promesa. Yo velaré por el cumplimiento de ese juramento. Tambien depositó moribundo en mis manos otro legado, que yo prometí... ¿A qué ocultarlo?—Confió á su Cárlos á mi cuidado.—Yo arrostro las apariencias, y no tiemblo ya ante los hombres; quiero apropiarme el valor de la amistad y mi corazon hablará. ¡Virtud llamaba él á vuestro amor! Yo lo creo, no quiero que mi corazon por mas tiempo.....

CARLOS. No concluyais, señora.—Yo he estado sumergido en un largo y profundo letargo. Yo amaba.—Ahora despierto. Olvidemos el pasado. Aquí teneis vuestras cartas. Romped las mias. No temais ya ningun arrebato de mi parte. Ya esto acabó. Una llama mas viva ha purificado mi existencia. Mi pasion yace sepultada con los muertos. Ningun deseo mundano agita ya mi pecho. (*Despues de una pausa, tomándole la mano.*) He venido á despedirme de vos, madre. Al fin conozco que existe un bien mas digno de ambicion, mayor, mas elevado que el de poseeros. Una breve noche ha puesto alas al curso tardío de mis años, y me ha dado prematuramente la madurez de la virilidad. Mi único cuidado en esta vida será el acordarme de él. Lo que el mundo podia ofrecerme ha concluido para mí. (*Se acerca á su madre que oculta el rostro.*) ¿No me decis nada, madre?

REINA. No haced caso de mis lágrimas, Cárlos! No puedo contenerlas; pero creedme, os admiro.

CARLOS. Vos érais la única confidente de nuestra union, y bajo este nombre sereis para mí lo mas caro que poseo en el mundo. Tan imposible me es daros mi amistad, como me fué ayer el dar mi amor á otra muger. Y si la Providencia me conduce á este trono, la viuda del rey será sagrada para mí. (*El rey acompañado del gran inquisidor y de sus Grandes, aparece en el fondo sin ser notado.*) Ahora salgo de España y no volveré á ver mas á mi padre en esta vida. Tampoco le estimo ya, la naturaleza ha muerto en mi seno. Volved á vuestros deberes y sed otra vez su esposa. Él ha perdido para siempre un hijo. Yo vuelo á libertar á un pueblo oprimido por la mano

del tirano. Madrid me verá como rey, ó no me volverá á ver mas. Y ahora por última vez, adios! (*La besa.*)

REINA. Oh Cárlos! qué haceis de mí? No me es dado elevarme á tal altura de grandeza varonil, pero puedo comprenderla y admirarla!

CARLOS. Ved si soy fuerte, Isabel! Os tengo en mis brazos, y no tiemblo. El terror de una muerte cercana no hubiera podido arrancarme ayer de este lugar. (*Dejándola.*) Todo acabó ya. Ahora puedo arrostrar todos los destinos del hombre. ¡Os he tenido en mis brazos, no he temblado! Silencio, oísteis algo? (*Dá el reloj.*)

REINA. Nada mas que la fatal campana, que anuncia el momento de nuestra separacion.

CARLOS. Adios, entónces, madre mia! De Gante recibireis mi primera carta, que descubrirá al mundo el secreto de nuestras relaciones. Ahora voy á entrar en lucha abierta con Don Felipe. De hoy en adelante no haya nada oculto entre nosotros. No temais las miradas del mundo, y sea este mi último engaño. (*Vá á tomar la máscara y el rey se interpone entre ellos.*)

REY. Es el último! (*La reina cae desmayada.*)

CARLOS. (*La recibe en sus brazos.*) ¿Está muerta? ¡Dios mio!

REY. (*Sereno y con calma al inquisidor general.*) Cardenal, ya he cumplido con mi deber. Cumplid vos ahora con el vuestro. (*Sale, y cae el telon.*)

FIN.

CARTAS

sobre el

DON CÁRLOS,

POR

FEDERICO DE SCHILLER.

I.

Me dice V., querido amigo, que los juicios que hasta ahora se han emitido sobre el Don Cárlos, no le satisfacen del todo, porque V. es de opinion, que á la mayor parte de ellos se les ha escapado el verdadero punto de vista del autor. Cree V. todavia posible salvar ciertos pasages, que la crítica ha declarado insostenibles y que las dudas que sobre esto se han suscitado, se hallan resueltas por completo en el conjunto de la pieza, ó al menos previstas y tomadas en consideracion; pero lo que mas ha llamado su atencion en esas diversas objecciones, no es tanto la sagacidad, como la presuncion con que sus autores las esponen, como grandes descubrimientos sin que á ninguno de ellos se le haya ocurrido, que esas trasgresiones, que saltan á la vista del mas miope, no habrán pasado desapercibidas para el autor, que raras veces es menos instruido que sus lectores; y que por consiguiente esas objecciones deberian tener menos que ver con la trasgresion misma, que con los motivos que indujeron al autor á cometerla. Es verdad, que estos motivos pueden ser insuficientes ó fundarse en un modo de considerarla bajo un solo aspecto; mas entonces al crítico le toca demostrar esa insuficencia ó monotonia, si quiere valer algo en la opinion de aquel á quien juzga ó aconseja.

Pero, amigo mio, ¿qué tiene que ver el autor con que sus críticos tengan ó no vocacion para ello, con que manifiesten mucha ó poca sagacidad? Eso debe ser cuidado de ellos. Malo para el autor y su obra, si el efecto de esta, ha de depender del don de adivinacion y de justicia de sus críticos; y malo si la impresion que causa, ha de depender de cualidades que muy pocas cabezas reunen. En toda obra artística es un gran defecto, si el hombre estudioso que la contempla y quiere interpretarla, necesita de un auxilio para colocarse en el verdadero punto de vista. Si

la intencion de V. ha sido indicarme, que la mia se hallaba en este caso, no le ha hecho V. mucho favor; y esto me obliga á examinarla de nuevo con mas detencion, bajo este aspecto. De modo que lo que principalmente debo ahora averiguar es, si en la pieza se halla todo lo necesario para comprenderla, y si esto se ha espresado con la suficiente claridad para que cualquier lector lo reconozca facilmente. Permítame V., amigo mio, le haga algunas observaciones sobre este asunto. La obra para mí es ya mas estraña; de modo que me encuentro como colocado entre su autor y el público, por lo cual me es mas fácil reunir al íntimo conocimiento de su obra del uno, la despreocupacion del otro.

Es posible (y yo creo necesario ante todo hacer esta confesion), que los últimos actos no correspondan á lo que hacen esperar los primeros. Las aclaraciones que sobre esto publiqué en el *Thalia* pueden haber indicado al lector un punto de vista, desde el cual no se puede ya contemplar este drama. Durante el tiempo que trabajé en él, que debido á varias interrupciones, fué bastante largo, yo mismo cambié mucho; y naturalmente, mi obra participó tambien de la suerte que durante esa época, cupo á mi modo de pensar y de sentir. Asi es que lo que en un principio me atraia mas á ella, dejó mas tarde de agradarme y acabó por serme indiferente. Las ideas nuevas que entretanto habian nacido en mí, espulsaron á las antiguas Cárlos cayó en desgracia, quizás tan solo por haberle yo adelantado en edad y por el motivo opuesto, vino á ocupar su lugar el marques de Posa. De modo que cuando llegué á los actos cuarto y quinto, mi corazon era ya otro; pero los tres primeros actos estaban ya en poder del público, y yo no podia alterar completamente el diseño de aquel todo. No me quedaba otra alternativa, sino suprimir todo el drama (á lo que creo se hubieran opuesto la mayor parte de mis lectores) ó amoldar lo mejor posible esta segunda mitad á la primera. Si no lo he conseguido del modo mas feliz, me sirve al menos de consuelo, que una mano mas hábil que la mia, no hubiera tenido mucho mejor éxito. La falta mayor está en que la obra ha bullido demasiado tiempo en mi imaginacion, y una obra dramática no puede, ni debe ser mas que la flor de una primavera. Además habia concebido un plan demasiado vasto para las límites y reglas del teatro. Este plan, por ejemplo, exijia gue el marques de Posa se grangeara la confianza ilimitada de Felipe, y para lograr este objeto estraordinario, la economía de la pieza solo me permitia disponer de una sola escena.

Estas aclaraciones pueden justificarme tal vez ante mis ami-

gos, mas no ante el arte. Puedan al menos poner fin á las muchas declamaciones que en este sentido fulminan los críticos contra mí.

II.

El carácter del marques de Posa es considerado generalmente como demasiado ideal. Para ver hasta qué punto es justa esta asercion, reducirémos á su verdadero valor la conducta singular de este hombre. Yo tengo que luchar aquí con dos partidos opuestos. A los que desde luego le escluyen de la clase de los seres naturales, les debo esplicar su conexion con la naturaleza humana, desmotrándoles que tanto sus sentimientos, como sus acciones, emanan de impulsos muy humanos, y estriban en el encadenamiento de las circunstancias; á los que le llaman un hombre divino, no necesito sino hacerles reparar en flaquezas, muy humanas por cierto. Las ideas que manifiesta el marques, la filosofia que le guia y los sentimientos favoritos que le animan, por mucho que se eleven sobre la vida ordinaria no pueden ser, considerándolas como meras ideas, las que le escluyan con razon de la clase de los séres humanos, ¿pues qué hay que no pueda concebir el hombre? ¿qué parto del cerebro no puede convertirse en pasion en un corazon ardiente? Tampoco pueden ser sus acciones, porque aunque con poca frecuencia, se encuentran repetidas veces en la historia: el sacrificio del marques por su amigo, no tiene mas mérito que la muerte heróica de Curcio, de Régulo y de otros muchos. Luego el error ó la imposibilidad consistiria en la contradiccion de estas ideas con aquella época, ó en la insuficiencia de estas, para arrastrarle animado por un verdadero entusiasmo á emprender esas acciones. De modo que solo comprendo se hagan objecciones contra la naturalidad de este carácter, si me figuro imposible que un hombre haya podido pensar como el marques, en el siglo de Felipe II; que pensamientos de este género se hallan convertido en voluntad y accion, con tanta facilidad como sucede en el drama; y que un ensueño ideal pueda realizarse con tanta energía, al mismo tiempo que con tanta consecuencia.

La época en que presento al marques, me parece que está mas en su favor que en contra suya, puesto que él nace, como casi todas las inteligencias superiores entre tinieblas y luz. Se forma en una época de fermentacion general, de lucha de las preocu-

paciones con la razon y de anarquía de opiniones, aurora de la verdad, y en todos tiempos hora del nacimiento de hombres estraordinarios. Las ideas de libertad y de dignidad humana que una feliz casualidad ó tal vez una educacion favorable, infundieron en este alma bien organizada, la admiran por su novedad y hacen tanto mas poderoso su influjo; contribuyendo á aumentarlo, hasta el mismo sigilo con que probablemente le fueron comunicadas. Todavia carecian de esa trivialidad que les presta el escesivo uso, que hoy dia tanto debilita su influjo: y ni la charlatanería escolástica, ni las agudezas de los hombres de mundo habian gastado todavia su atractivo. Su alma se sentia al acariciarlas, como llevada á otra region nueva y hermosa que bañándola con su vivísima luz la halagaba con las ilusiones mas gratas. El contraste de esclavitud y de supersticion que le rodeaba, la atraia cada vez mas poderosamente á esa region favorita, así como en el calabozo es, donde alhagan al hombre los ensueños mas hermosos de libertad. Diga V. mismo, querido amigo, ¿dónde podria haberse concebido el ideal mas atrevido de una república humana, de tolerancia general y libertad de conciencia, mejor, mas naturalmente que en los tiempos de Felipe II y bajo el dominio de su inquisicion?

Todos los sentimientos y principios del marques, giran en torno de la virtud republicana. El mismo sacrificio por su amigo lo prueba; pues el sacrificio propio es el resúmen de todas las virtudes republicanas.

Tambien era justamente en aquella época, cuando mas se hablaba de los derechos del hombre y de la libertad de conciencia. La reforma religiosa daba impulso á estas ideas, y la rebelion de las provincias flamencas las mantenia en circulacion. Su independencia, su calidad de caballero de Malta, le dejaban el ocio suficiente para hacer madurar hasta sazon conveniente estos ensueños especulativos.

Luego ni en la época, ni en el Estado en que se presenta este carácter, ni tampoco en las circunstancias que le rodean, se halla el motivo, porqué el marques no habia de ser capaz de semejante filosofía, y no habia de entregarse á ella con fanático entusiasmo. Si la historia abunda en ejemplos de hombres, que por opiniones han renunciado á todo lo terreno; si á la idea mas descabellada se le concede el poder de preocupar el espíritu de tal modo, que lo hace capaz de los mayores sacrificios, seria muy estravagante negarle este poder á la verdad. Me parece que justamente en una época tan rica en esos ejemplos, en la que con

tanta frecuencia veíamos á los hombres esponer su vida y sus bienes por dogmas, que no tenian en sí nada para entusiasmar, no debe chocar un carácter que arriesga lo mismo, por la mas sublime de las ideas; á no ser que se pretenda, que la verdad no puede conmover al corazon humano como el sofisma. Ademas desde luego se anuncia al marques como un héroe, que en su primera juventud habia dado ya pruebas con su espada, de un valor que luego habia de manifestar en asuntos mas graves. Me parece que una verdad que inspira entusiasmo, y una filosofia que eleva el alma debian influir de distinto modo en un héroe que en el cerebro de un sabio de gabinete ó en el gastado corazon de un afeminado hombre de mundo. Dos son las acciones del marques que han chocado principalmente. Su conducta hacia el rey en la escena X del acto III, y el sacrificio por su amigo. Puede ser muy bien que la ingenuidad con que emite ante el rey sus ideas, provenga menos de su valor, que de su conocimiento exacto de aquel carácter, y suprimiendo el peligro, no se puede hacer la objecion. Con todo yo daré mis esplicaciones sobre esto, cuando me ocupe de Felipe II; ahora tengo que hablar todavia del sacrificio del marques por el príncipe, lo que dejo para mi próxima.

III.

Pretende V. encontrar en mi Don Cárlos una prueba, de que la amistad apasionada, puede ser un asunto tan tierno para la tragedia, como lo es el amor apasionado, y estraña que yo le diga, que he dejado para otra ocasion el hacer la pintura de semejante amistad. ¿Conqué V. tambien, como la mayor parte de mis lectores, da por sentado, que el objeto que me propuse en las relaciones de Cárlos con el marques fué nna amistad fanática, y desde ese punto de vista habrá V. juzgado ambos carácteres y tal vez todo el drama? ¿Qué dirá V., amigo mio, si le demuestro, que semejante juicio es de todo punto erróneo y que del enlace todo de la pieza, se desprende que no fué este su objeto, ni que absolutamente pudo serlo; que el carácter del marques, como se ve en todas sus acciones, no se puede absolutamente conciliar con una amistad semejante y que justamente las acciones mas bellas que se atribuyen á esta, sirven para probar lo contrario?

La primera noticia que el público tiene de esta amistad, po-

dia confundir algo en un principio; pero aun en este caso, solo en apariencia, pues la mas ligera atencion á la conducta tan distinta de ambos personajes, hubiera bastado para desvanecer este error. Al hacerla arrancar el poeta desde la niñez, no por eso se desvia en lo mas mínimo de su elevado plan; al contrario, no podia haber elejido mejor punto de partida. Las relaciones que entre ellos existian, la formaba la reminiscencia de los antiguos años de colegio. El lazo que los unia entonces, era la armonia de sentimientos, un amor igual á todo lo grande y lo bello, y un entusiasmo igual por la verdad, la libertad y la virtud.

Un carácter que como el de Posa, se desarrolla luego del modo que vemos en el drama, debia desde un principio haber empezado á ejercer esta sensibilidad esquisita en un objeto fecundo; y una benevolencia, que mas tarde habia de abarcar á todo el género humano, debia haber salido de un lazo mas estrecho. Su espíritu ardiente y creador necesitaba un objeto sobre el cual influir y ¿podria ofrecérsele otro mas hermoso, que el jóven hijo de un monarca, de corazon sensible y virtuoso, asequible á sus efusiones, y que le abria espontáneamente sus brazos? Pero aun en aquellos remotos tiempos, columbramos ya por algunos razgos, la gravedad de este carácter. Ya aquí es Posa el amigo frio de mas adelante, y su corazon demasiado vasto para consagrarlo á un solo individuo, tiene que ser conquistado por un sacrificio.

> «Entonces te empezé á importunar con mi amor fraternal, que tú, de altivo corazon, me devolvias friamente, etc. Pudiste despreciarme, lastimar mi corazon, pero no alejarlo de tí. Tres veces rechazastes al príncipe, y tres veces volvió á implorar tu cariño etc.»

Aquí se indica ya claramente, lo poco que se funda el cariño del marques hacia el príncipe, en simpatia personal. Desde muy temprano vé en él, al hijo del monarca, y esta idea se interpone entre su corazon y su amigo. Cárlos le tiende los brazos y el jóven cosmopolita se postra ante él. Antes que la amistad á Cárlos, habian madurado en su alma los sentimientos por la libertad y dignidad del hombre, y aquella rama fué ingertada despues en este tronco mas vigoroso. Hasta en aquel momento, en que vió su orgullo vencido por el sacrificio de su amigo, no olvida al príncipe y le dice: «Yo te pagaré cuando seas rey». ¿Es posible que en un corazon jóven, que está penetrado constantemento del sentimiento de la desigualdad de su posicion, pueda existir la amistad, cuya esencial condicion es la igualdad? Luego aun en-

tonces, era mas bien gratitud que cariño, mas bien compasion que amistad, lo que Cárlos se grangeó del marques. Aquellos sentimientos, ensueños y proyectos, que oscura y confusamente se agolpaban en el alma jóven de Posa, necesitaban comunicarse, necesitaban verse reflejados en el alma de otro, y Cárlos era el único que tambien los podia sentir, el único que podia responder á ellos. Una inteligencia como la de Posa debia aspirar, desde temprano, á disfrutar de su superioridad, ¡y cuan humilde y dócilmente se prestaba á ello el bondadoso Cárlos! Posa se complacia en ver su imágen reflejada en este hermoso cristal, y aquí tiene V. el origen de esta amistad de colegio.

Pero luego se separaron, y todo vária. Cárlos pasa á la corte de su padre, y Posa entra en el mundo. El primero acostumbrado hacia tanto tiempo al cariño de aquel noble jóven, no encuentra en toda la córte de un déspota, nada que satisfaga su corazon. Todo cuanto le rodea es vano y estéril. Se halla aislado en medio de tantos cortesanos, oprimido por aquella atmósfera, y busca consuelo en los recuerdos del tiempo pasado. Así se conservaron en él, en todo su vigor, aquellas tempranas impresiones, y su corazon que estaba formado para la benevolencia y que no hallaba un objeto digno de él, se consume en deseos nunca satisfechos, y le hace caer poco á poco en un estado de exaltacion ociosa y de inaccion contemplativa. La lucha continua con su destino agota sus fuerzas, y el trato poco afable de un padre tan distinto de él, derraman sobre su existencia una profunda melancolía, que es el gusano roedor de las flores del alma y la muerte del entusiasmo; y en este estado de opresion, de ociosidad, meditabundo y fatigado de luchas infructuosas, vagando entre estremos temibles, y falto de energia para elevarse por sus propias fuerzas, lo encuentra su primer amor. En semejante disposicion no pudo oponerle resistencia alguna, pues sus antiguas ideas, que eran las únicas que hubieran podido equilibrar esta pasion, eran ya mas estrañas á su alma, y la pasion llega á dominarle por completo, produciendo en él un estado de sufrimiento dolorosamente voluptuoso. Todas sus fuerzas las absorve ahora un solo objeto. Un deseo vago y nunca satisfecho, mantiene á su alma cautiva dentro de sí misma. ¿Cómo habia de desbordarse en el universo? No pudiendo satisfacer ese deseo, ni mucho menos vencerle por sus propias fuerzas, decae en una consuncion visible, sin hallar ningun consuelo á su dolor, ningun corazon que comparta su pena, y en el cual pueda desahogarla.

«Yo no tengo á nadie en el vasto circuito de la tierra, á nadie. En todos los paises á que se estiende el poder de mi padre, en todos los paises á que llevan nuestros buques el pabellon español, no hay un solo lugar, ninguno donde pueda dar curso á mis lágrimas, mas que este.»

Este desamparo, esta pobreza de corazon, le conducen justamente al punto de donde la riqueza de sentimiento le hubiera hecho partir. Siente ahora, mas que nunca, la necesidad de la simpatia, porque se encuentra solo y es desgraciado, y asi lo encontró su amigo al volver á España.

Muy diferentemente le ha ido á este mientras tanto. Entra en el anchuroso mundo, dotado de claros sentidos, con todo el vigor de la juventud, con toda la pujanza del génio y todo el ardor del corazon, y ve al hombre funcionar en lo grande y en lo pequeño; no le faltan ocasiones de probar en las fuerzas activas de toda la especie el ideal que lleva consigo en el santuario de su alma. Todo lo observa con vivo interés y cuanto piensa y siente, lo hace con relacion á ese ideal.

El hombre se le presenta bajo distintos aspectos, aprende á reconocerle en los diversos climas, constituciones, grados de civilizacion y de fortuna, formándose así una idea cabal y sublime del hombre, en general y en concreto, ante la cual toda proporcion estrecha y mezquina desaparece. Dirige luego la vista fuera de si mismo, y dilata su alma por el espacioso universo. Los hombres notables que encuentra en su carrera, atraen su atencion inspirándole respeto y amor. El lugar del individuo viene á ocuparlo ahora toda el género humano Aquel afecto juvenil y pasagero, crece hasta una filantropía universal, sin límites y de un entusiasta ocioso, se convierte en hombre activo. Aquellos ensueños y presentimientos que aun yacian en germen en su alma, se han ido desarrollando y convirtiendo en ideas claras; sus proyectos en hechos, y aquel afan vago por salir de la inaccion, ha pasado á una actividad conveniente. Estudia el génio de las naciones, pesa sus fuerzas y recursos, examina sus formas de gobierno y el contacto con inteligencias que le son afines, rectifica sus ideas: espertos hombres de estado, como Guillermo de Orange, Coligny y otros las despojan de lo romántico y las templan poco á poco hasta la utilidad práctica.

Enriquecido con estas ideas nuevas y fecundas, lleno de aspiraciones, de vastos proyectos, con una cabeza pensadora y un corazon ardiente, imbuido en las entusiasmadoras ideas de la

energia y nobleza del hombre, y ansiando mas que nunca la felicidad de este gran todo, que se le representa en tantas individualidades; (1) tal era su disposicion moral al volver de sus largos viajes, anhelando encontrar un teatro en que pudiese realizar estas ideas, y utilizar estos acumulados tesoros. Entonces se ofrece á su vista la condicion de Flandes. Todo lo encuentra preparado para una revolucion, y conociendo el espíritu, los recursos y las fuerzas de esta nacion, que ha comparado con las de su opresor, cree ya terminada su empresa. Nunca hubiera encontrado su ideal de libertad republicana un momento mas favorable, ni un campo mas apropósito.

> «¡Qué provincias tan ricas, tan florecientes! ¡qué pueblo tan grande, tan vigoroso y qué pueblo tan bueno al mismo tiempo! En verdad, decia yo, ser padre de un pueblo como este debe ser un placer divino.»

Mientras mas desgraciado encuentra á este pueblo, tanto mas crece en su corazon ese deseo; y tanto mas se apresura á convertirlo en realidad Entónces, y solo entónces, es cuando se acuerda del amigo á quien dejó en Alcalá, que tanto se interesaba por la felicidad del hombre, y cree ver en él al redentor de esta nacion oprimida, al instrumento de sus elevados planes. Con indecible afecto, puesto que le enlaza con el objeto favorito de su corazon, vuela á Madrid en busca suya, esperando hallar ahora en flor aquel gérmen de humanidad y de virtud heróica, que habia derramado en su alma, esperando estrechar en sus brazos al libertador de los Paises-Bajos, al futuro creador de su soñada monarquía.

Mas afectuoso que nunca le recibe Cárlos.

---

(1) En la entrevista con el rey, espone, las siguientes ideas favoritas suyas.

> «Una sola plumada de vuestra mano y rejuveneceis la tierra. Dad libertad al pensamiento! Y generoso como el fuerte, derramad de vuestro cuerno de abundancia la felicidad. Dejad al espíritu humano madurar en vuestro vasto imperio. Restableced la degradada dignidad del hombre y que sea el ciudadano, lo que ántes era, el objeto del trono; que ningun otro deber le sujete, sino el de los derechos igualmente sagrados de sus hermanos, etc., etc.

«Te estrecho en mis brazos y siento tu corazon latir contra el mio: Ahora ya acabó todo. Descanso en el seno de mi Rodrigo.»

El recibimiento no podia ser mas espresivo; pero cómo ¿corresponde á él Posa? El que dejó á su amigo en la flor de la juventud y lo encuentra ahora convertido en un cadáver ambulante, ¿contempla mucho tan triste cambio? ¿se informa con inquietud de los motivos? ó pregunta tal vez, por los asuntos particulares de su amigo? La consternacion y la gravedad responden á esta acogida inesperada.

«No esperaba yo encontrar así al hijo de Don Felipe, etc. Este no es el jóven de corazon, á quien un pueblo oprimido, pero heróico me envia, pues ahora no estoy aquí como Rodrigo, el camarada de Cárlos cuando niño, es un diputado de la humanidad entera, quien os estrecha ahora en su seno; las provincias flamencas son las que lloran ahora á vuestros pies, etc.

La idea que le dominaba, se le escapa involuntariamente en el primer momento de una entrevista tan deseada, cuando nunca faltan bagatelas importantes que contarse, y Cárlos tiene que recurrir á lo mas triste de su posicion, tiene que recordarle las escenas mas remotas de su juventud, para borrar un momento esa idea favorita de la cabeza de su amigo, para despertar su simpatía, y fijarla en el triste estado en que se encuentra. Posa vé con dolor fallidas las esperanzas, que le condujeron hácia su amigo. Esperaba encontrar un carácter heróico que ansiase hechos, para los cuales, él iba ahora á abrir el campo; él contaba con aquel fondo de sublime amor al hombre, con el voto hecho en aquellos dias de entusiasmo sobre los santos Evangelios, y solo encuentra una pasion por la esposa de su padre,...

«El Cárlos que ves aquí, ya no es aquel que se separó de tí en Alcalá, y que en dulce embriaguez presumió renovar algun dia en España, la edad de oro. ¡Oh aquella era una ilusion de niño, pero sin igual hermosa! ¡Huyeron esos ensueños!...

pasion sin esperanza, que consumia toda su energía y hasta ponia su vida en peligro. ¿Qué hubiera hecho en semejante situacion un amigo celoso, que solo fuese amigo? ¿y qué hace Posa el cosmopolita? Posa, como amigo y confidente del príncipe, hubie-

ra temido demasiado por la seguridad de su Cárlos, para atreverse á facilitar una entrevista tan peligrosa, con la reina. El deber de un amigo, era el tratar de ahogar esta pasion; pero de ningun modo alimentarla. Posa, como abogado de Flándes, procede de distinto modo. Nada le importaba tanto, como el poner fin á todo trance y cuanto antes á aquel estado desesperado, que consumia toda la energía de su amigo, pues mientras suspirara por deseos nunca satisfechos, no podria sentir el dolor ageno; mientras la melancolía abatiera sus fuerzas, no podria elevarse á resoluciones heróicas. Flándes no podia esperar nada del desdichado Cárlos; pero tal vez sí, del dichoso; por eso se apresura á satisfacer sus mas ardientes deseos, conduciéndole él mismo á los piés de la reina, y aun vá mas léjos. Posa conoce que en el alma del príncipe, no existia ya el móvil que en otros tiempos le arrastraba á resoluciones heróicas, y conociendo esto, ¿qué otra cosa pudo hacer sino encender ese apagado espíritu heróico en la llama de otro fuego y aprovechar la única pasion, que llenaba el alma de Cárlos? Con esta pasion trata de enlazar las ideas nuevas que habian de dominarla. Una ojeada en el corazon de la reina, le convence de que puede contar con su cooperacion pasiva. No quiere valerse mas que del primer entusiasmo de la pasion; porque si esta ayuda á dar á Cárlos ese benéfico impulso, no la necesita ya, pues está persuadido de que la ahogarán sus propios efectos. Asi lo que era, hasta de presente, un obstáculo para realizar sus elevados fines, esta desdichada pasion, se convierte ahora en un instrumento mas para conseguirlo, y el destino de Flándes habla al corazon de su amigo por boca del amor.

> «En este amor desesperado columbré yó el dorado rayo de la esperanza. Yo queria conducirle á la perfeccion, etc.

Cárlos recibe de manos de la reina, las cartas que para él trajo Posa de Flándes, y la reina evoca al génio que le habia abandonado.

Esta subordinacion de la amistad al interes que mas le importaba, se manifiesta con mas evidencia en la entrevista del convento. El mal éxito del proyecto del príncipe para reconciliarse con el rey, unido al descubrimiento que creyó haber hecho en favor de su pasion, le hacen recaer en ella con mas vehemencia que nunca, y Posa cree observar que no estaba exenta de sensualidad. Nada podia avenirse menos con sus elevados planes. Todas las esperanzas que á favor de los Paises-Bajos tenia

fundadas en el amor de Cárlos á la reina desaparecen, si este amor decae de su elevacion. La indignacion que esto le causa pone en evidencia sus sentimientos.

> «¡Oh! ya veo á lo que no me debo acostumbrar! Sí, Cárlos, hubo un tiempo en que tú eras otro. Tu alma era entonces noble y grande. El universo entero cabia en tu pecho. Todo esto ha desaparecido ante una pasion egoista y mezquina. Tu corazon está árido y muerto. Ni una lágrima á la desgraciada suerte de Flándes, ni siquiera una lágrima. ¡Oh Cárlos! qué pequeño y qué pobre eres, desde que no amas á nadie mas que á tí mismo!»

Temeroso de otra recaida, juzga necesario recurrir á una medida violenta, pues mientras Cárlos permanezca al lado de la reina, la causa de Flándes no puede esperar nada de él. Su presencia en aquel pais, puede dar á los asuntos un giro distinto, y sin titubear un momento, trata de inducirle á esto, aunque sea del modo mas violento.

> «Es preciso que desobedezca al rey, que vuele en secreto á Bruselas, donde le esperan los flamencos con los brazos abiertos. Todos los Paises-Bajos se levantaran á una señal suya. El hijo del monarca dará fuerzas á la buena causa, etc.»

¿Hubiera tenido el amigo de Cárlos valor para disponer así del buen nombre y hasta de la vida de su amigo?—Pero Posa, á quien la redencion de una nacion oprimida importaba mas que los mezquinos asuntos de un amigo, debió obrar precisamente asi y no de otro modo. Todos los medios que adopta en el trascurso del drama, revelan un arrojo temerario, que solo puede ser inspirado por un fin heróico. La amistad es á veces tímida y siempre temerosa; pero ¿dónde vemos en el carácter de Posa, ni siquiera un viso de ese cuidado inquieto por una persona aislada, ó de esa inclinacion que todo lo escluye, que es lo que particularmente caracteriza á una amistad apasionada? Cuándo ha dejado de posponer el interés del príncipe, al interes mas elevado de la humanidad? Sigue con firmeza y perseverancia la senda que se ha trazado, y todo lo que á su alrededor pasa, no le interesa sino por la conexion que con sus altos fines pueda tener.

IV.

La declaracion que precede, disminuirá tal vez el número de

los admiradores del marques; pero podrán servirle de consuelo los pocos, que en cambio adquiera: además que un carácter como el de Posa no podria aspirar nunca á una aprobacion general. Una benevolencia elevada y activa hácia toda la especie, de ningun modo escluye ese vivo interes en las penas y alegrias de un solo individuo; y que él amase mas al género humano que á Cárlos, en nada perjudicaba á su amistad. Siempre habria tenido un interes particular por Cárlos, aunque la suerte no le hubiera colocado sobre un trono; tambien le hubiera llevado en el corazon de su corazon, como Hamlet á su Horacio. Algunos creen que la benevolencia se debilita y entibia, haciéndola estensiva á muchos objetos; pero este caso no puede aplicarse al marques. El objeto de su amor se le presenta bañado por la luz mas viva del entusiasmo; esta imágen se eleva idealizada ante su alma, como la imágen de una muger querida; y como Cárlos era el único, que podia realizar ese ideal de felicidad humana, lo traslada á Cárlos y los une inseparablemente en un mismo sentimiento. En Cárlos solo, ve Posa ahora á la humanidad que tanto ama; su amigo es el foco donde converjen todas sus ideas acerca de ese todo complejo; luego en Posa no influye mas que un objeto, al que se consagra con todas las potencias de su alma.

> «Mi corazon consagrado á uno solo comprendia en él, al mundo entero. En el alma de Cárlos, creaba yo un paraiso para millones de criaturas, etc.»

Luego lo que vemos aquí es amor á un individuo, sin olvidar los cuidados que exige la amistad y sin lo injusto y esclusivo de aquella pasion; vemos una filantropía universal, que lo abarca todo, concentrarse en un solo rayo de luz. ¿Y habia de perjudicar esto al afécto que ha ennoblecido? Esta pintura de la amistad perderia en ternura y belleza lo que ganó en estension? Seria el amigo de Cárlos menos acreedor á nuestras lágrimas y á nuestra admiracion, porque ha unido á la manifestacion limitada de un afecto benévolo su mayor estension, y porque ha templado lo divino del amor universal, aplicándolo del modo mas humano?

La escena IX del acto III abre un campo nuevo á este caracter.

V.

La pasion del príncipe hacia la reina, le lleva al fin hasta el borde de su ruina. Su padre tenia pruebas de que era culpable, y su vehemencia indiscreta daba á cada instante ocasion

á que sus enemigos se afirmasen en sus sospechas. El se halla en evidente peligro de ser victima de su frenético amor, de los celos de su padre, del ódio de un fraile, de la venganza de un enemigo ofendido y de una amante despreciada. Su situacion esterior exige con urgencia auxilio, y aun mucho mas lo necesita el estado interior suyo, que amenaza frustar todos los planes del marques. Si estos planes han de realizarse, es preciso sacar al príncipe de ese peligro, libertarlo del estado moral en que se halla. El marques es de quien esperamos esto, y quien nos dá derecho á ello.

Pero, justamente lo que ha rodeado al príncipe de tantos peligros, produce en el rey una disposicion de ánimo, que le hace sentir por primera vez la necesidad de ser comunicativo. Los celos le han sacado de esa sujecion, no natural de su condicion, y le han trasladado otra vez á su estado primitivo de hombre; le han hecho conocer y sentir cuan vana y artificial es su despótica grandeza, y han engendrado en su corazon deseos, que no puede satisfacer su poder, ni la altura en que se halla.

> «¡Rey, siempre rey, ninguna contestacion mejor; solo el eco vano de esa palabra! ¡Golpeo esta roca en busca de agua, de agua para mi sed abrasadora, y me dá en su lugar, oro candente! etc.»

Me parece que solo una série de acontecimientos como estos y tal vez ninguna otra, podia producir en un monarca como Felipe II, semejante disposicion de ánimo; y precisamente en este estado debia hallarse, para preparar la accion siguiente, y conducir al marques hasta su presencia. Padre é hijo han sido llevados por distintos caminos al punto donde el poeta los necesitaba; por diferentes caminos fueron atraidos hacia el marques de Posa, en quien se reune ahora todo el interes, que hasta entonces se hallaba dividido. Los amores de Cárlos á la reina y sus consecuencias naturales en el rey, le abren al marques su carrera; por eso fué necesario que el drama empezara con la pasion de Carlos; á consecnencia de esto, tuvo el marques que permanecer en la oscuridad y contentarse con un papel subalterno, hasta tanto que recayese en él todo el interes del drama, por cuanto que ella (la pasion) era, la que habia de dar todos los materiales para su actividad futura. La atencion del espectador no se debia apartar de este punto antes de tiempo, y por eso fué necesario que la ocupase hasta aquel momento convirtiéndose en ac-

cion principal, mientras que el interes que habia de dominar mas tarde, solo se anunciaba de una manera secundaria. Pero cuando un edificio está ya levantado, se quitan los andamios y asi, la historia del amor de Cárlos, como mera accion preparatoria, desaparece para dejar el campo á aquella, por la que ha trabajado: mas claro, aquellos móviles ocultos del marques, que no eran otros sino la independencia de Flandes y el destino futuro de la nacíon, pero que envueltos en el manto de la amistad, solo los podia uno adivinar, se ostentan ahora claramente y empiezan á cautivar la atencion general. Posa consideraba á Cárlos, segun hemos demostrado ya, como el instrumento único, y absolutamente necesario para alcanzar el fin á que aspiraba con tanta fé y firmeza y como tal, sentia el mismo entusiasmo hácia Cárlos.

De ahí emanaba ese interes por su amigo, como no lo hubiera producido la simpatía personal mas fuerte. En la amistad á Cárlos, puede disfrutar completamente de su ideal, y esta viene á ser el punto de reunion de todas sus acciones y deseos. Hasta ahora no conocia otro camino mas corto para realizar sus ensueños de libertad y felicidad humana, que el que Cárlos le ofrecia. No se le ocurria, que pudiera lograrlo de otro modo, ni mucho menos directamente por mediacion del mismo rey; por eso, cuando este le manda llamar, manifiesta la mayor sorpresa é indiferencia.

> «¿A mí? ¿Me manda llamar, á mí? Eso no puede ser. Seguramente equivocais el nombre. ¿Qué puede querer de mí?»

Pero no se abandona mucho tiempo á esta admiracion pueril y ociosa. Una inteligencia como la suya, acostumbrada á ver desde luego la utilidad de cada circunstancia, á hacer servir la casualidad á sus planes, á pensar en cada acontecimiento, solo en cuanto tiene relacion con su objeto favorito, no tarda en descubrir el alto uso, que podia hacer de este momento. El mas corto espacio de tiempo, lo considera él como un bien sagrado que le han confiado, y que debe hacer valer. Lo que él entonces piensa, todavia no formaba un plan claro y resuelto: era mas bien un presentimiento oscuro y ni aun eso, era una idea pasagera, un deseo de ver, si casualmente podia conseguir algo. ¡Iba á comparecer ante el hombre, en cuyas manos estaba la suerte de tantos millares de criaturas! Él mismo dice, que se debe aprovechar la ocasion que solo se presenta una vez, que aun cuando

no hiciera mas que lanzar una chispa de verdad en el alma de aquel hombre, que nunca la habia oido, ¿quién sabe la importancia á que podia elevarla la Providencia? Por entonces, él no pensaba mas que en aprovechar esta casualidad del mejor modo posible, y en esta disposicion aguarda al rey.

VI.

Me reservo para otra ocasion el esplicarme sobre el tono con que Posa trata desde un principio al rey, como tambien sobre su conducta durante toda esta escena, y el modo como la recibió el rey, si no molesto á V. demasiado. Por ahora solo quiero detenerme, en lo que está en relacion imediata con el carácter del marques.

Segun el juicio que el marques tenia formado del rey, todo lo que buenamente se podia prometer de esta entrevista, era que engendrase en el rey una admiracion humillante, al ver que el gran concepto que tenia de sí mismo, y su mezquina opinion, acerca del hombre, podian ser erróneos y ademas la perplejidad natural de una inteligencia pequeña, que se halla frente á frente con otra grande. Esta impresion podia ser benéfica, si lograba ahuyentar, siquiera por un momento, las preocupaciones de este hombre y si le hacia sentir, que mas allá del horizonte, que se habia trazado, habia mas de lo que soñaba su filosofía. Este era un tono que podia resonar despues por mucho tiempo en su vida, y esta impresion podia conservarse tanto mas tiempo, cuanto que era única en su especie.

Pero Posa juzgaba muy superficialmente al rey ó aunque en efecto le hubiera conocido, no podia saber en qué disposicion de ánimo se hallaba, para haberla tomado en consideracion. Esta disposicion le era sumamente favorable, y preparó á sus aventurados razonamientos una acogida, que bajo ningun concepto podia esperar. Este descubrimiento, dió mas impulso á Posa y un giro nuevo al drama, pues animado por este éxito que sobrepujó á sus esperanzas y por algunos visos de humanidad, que descubre inesperadamente en el rey, se alucina en términos de figurarse, que puede realizar por medio del mismo rey el ideal de la felicidad de Flandes, que tenia siempre presente. Esta ilusion le escita de tal modo, que descubre hasta el fondo de su corazon y saca á luz todos sus pensamientos y los resultados de todas sus meditacio-

nes, demostrando claramente, lo mucho que aquella idea le dominaba. Entónces, en tal estado de pasion, es cuando vemos los resortes, que hasta ahora le habian puesto en movimiento; pero entónces le sucede, lo que á todos los entusiastas subyugados por una idea favorita. No modera sus arranques, en su exaltacion ennoblece al rey, que le escucha atónito, y hasta llega á fundar en él esperanzas para arrepentirse despues en cuanto vuelva á serenarse. De Cárlos no se acuerda ya ¡qué rodeo tan grande, tener que esperarle! ¿porqué retardar hasta el heredero de Felipe, la felicidad del genero humano? Hubiera podido olvidarse asi, un amigo íntimo de Cárlos? Hubiera podido otra pasion mas que la que le dominaba, conducirle hasta este punto? ¿Es el interés de la amistad tan voluble, que se pueda transferir á otra persona con tanta facilidad?... pero todo se comprende y se esplica, si subordinamos esta amistad á aquella pasion dominante y no estrañamos entónces que la pasion reclame, en todas ocasiones sus derechos, y no titubee en mudar de medios é instrumentos.

En el mero hecho de esponer al rey con tanto calor é ingenuidad sus sentimientos, que hasta entónces habian estado ocultos entre él y Cárlos, y hacerse la ilusion de que el rey, no solo los comprenderia, sino que tambien los convertiria en realidad, se hacia Posa culpable de infidelidad para con su amigo Cárlos. Posa, el cosmopolita, pudo obrar de este modo, y solo asi se le puede perdonar; mientras que considerado como amigo íntimo de Cárlos, hubiera sido esto tan vituperable como incomprensible. Pero una ceguedad semejante no podia naturalmente dejar de ser pasagera y es disculpable en la primera sorpresa de la pasion, porque si continuára despues de haberse serenado, se le podia tener con razon por un visionario; el pasage en que discurre sobre esto ó lo rechaza formalmente, prueba que se hizo un momento esta ilusion.

«Suponed, dice á la reina, que yo tratára de colocar mis creencias en el trono.»

REINA. «No, marques, ni aun en broma puedo concederos una suposicion tan estraña y prematura. No sois vos el iluso que emprenda, lo que no puede llevarse á cabo.»

MARQUES. »Eso es lo que aun está por averiguar.»

El mismo Cárlos habia penetrado ya suficientemente en el alma de su amigo, para motivar en su imaginacion semejante proyecto, y lo que Cárlos dice acerca de él en esta ocasion, bastaria á desvanecer las dudas sobre cual fué el punto de vista del autor.

«Tú mismo, esclama, en la creencia de que el marques le sacrifica. Tu realizarás ahora lo que yo debia realizar y no he podido. Tú darás á los españoles la edad de oro, que en vano esperaban de mí. Yo ya soy inútil para todo. Esto lo has conocido tú. ¡Oh esta fatal pasion ha cortado en flor las esperanzas, que en mí fundaban. Yo he muerto para tus grandes proyectos. La Providencia ó él acaso te conducen hasta el trono. A costa de mi secreto ganas al rey, y llegas á ser su ángel bueno. Para mi no hay ya salvacion, pero tal vez sí para España, etc.»

Y en otro lugar dice al conde de Lerma, para disculpar la pretendida infidelidad de su amigo.

«¡Él me ha querido mucho, mucho! ¡Yo ocupaba el primer lugar en su corazon! ¡Oh bien lo sé! Me ha dado mil pruebas de ello. ¿Pero el género humano, la patria no ha de serle mas cara que un solo individuo? Su alma era demasiado vasta para un solo amigo, y la felicidad de Cárlos muy insignificante para su amor. El me ha sacrificado á su virtud.»

VII.

Posa no desconoció que habia faltado á su amistad hácia Cárlos, al haber hecho al rey confidente de sus sentimientos, y haber intentado sondear su corazon, y por lo mismo que conocia, que aquellos sentimientos eran, los que propiamente formaban el lazo de su amistad, creyó haberlo roto en el mero hecho de profanarlo en la persona del rey. Cárlos ignoraba esto; pero Posa sabia muy bien que esa filosofia y esos proyectos para el porvenir constituian el sagrado «Palladium» de su amistad, y el derecho principal con que Cárlos poseia su corazon, y conociendo esto, y sospechando que á Cárlos no se le oscureceria tampoco ¿cómo habia de tener valor para confesarle, que habia faltado á esta sagrada garantía? Esto equivalia á confesarle, que le importaba poco su amistad. Pero si el derecho de Cárlos al trono, si el ser hijo del rey no tenia parte en esta amistad, si esta subsistia por sí sola y era puramente personal, entónces esta confidencia hecha al rey, pudo ofenderla; pero de ningun modo hacerla traicion ó destruirla, y esta circunstancia casual no tenia

nada que ver con su esencia. Por delicadeza ó por compasion, Posa como cosmopolita, ocultó al futuro monarca, las esperanzas que habia fundado en el actual; pero como amigo de Cárlos, no podia ofenderle mas gravemente, que empleando esta reserva. Es verdad que las razones con que Posa justifica luego este silencio, único manantial de las complicacionesque se siguieron son muy diferentes. Véase el acto IV escena VI.

> «El rey ha confiado en el hombre á quien hacia depositario de su mas íntimo secreto, y la confianza exige gratitud. ¿A qué hablar, cuando mi silencio no puede causarle ningun dolor, y tal vez lo evita? ¿A qué enseñar al que duerme la nube amenazadora, que se cierne sobre su cabeza? etc.

Y luego en la escena III del acto V.

> «Pero yó, llevado de una delicadeza mal entendida, y ciego con la ilusion de llevar á cabo solo mi atrevida empresa, oculto á la amistad mi arriesgado secreto.»

Cualquiera que conozca algo el corazon humano, comprenderá que con semejantes razones (que son de poco peso para justificar un paso tan importante) Posa solo trata de engañarse á sí mismo, porque no se atreve á confesar el verdadero motivo. Otro pasage derrama aun mas luz, sobre el estado moral en que se hallaba en aquella época, y allí vemos claramente, que hubo momentos en que titubeó, si deberia ó nó sacrificar á su amigo.

> «De mi dependia, dice á la reina, el atraer sobre estos reinos una nueva aurora. El rey me habia abierto su corazon. Me llamaba su hijo—yo era su consejero, y sus Albas dejaron de existir. . . . . .
>
> . . . . . .
>
> Yo abandono al rey. ¿De qué puedo servirle? En ese árido suelo no prospera ninguna de mis flores. El destino de Europa se desarrolla en manos de mi augusto amigo ¡A él apele España! Hasta entónces que sufra bajo el dominio de Don Felipe!—pero ¡ay de mi y de él, si tuviera que arrepentirme de haber elegido mal! etc.»

Luego hubo eleccion, y para elegir debe haber creido posible lo contrario. De todos los casos que he citado, salta á la vista, que el interés de su amistad estaba subordinado á otro mas elevado, que determinaba su direccion. Nadie ha juzgado mejor las

relaciones en que se hallaban estos amigos, que el mismo Felipe, aunque de nadie mejor que de él podiamos esperarlo. En los lábios de este conocedor de los hombres, he puesto mi apología y mi propio juicio sobre el héroe del drama. Sus palabras concluirán este exámen.

> «¿Y por quién ha hecho este sacrificio? Por un niño, por mi hijo? Mentira. Posa no ha muerto por él. La pobre llama de la amistad no alcanza á llenar el corazon de un Posa. Su corazon latia por la humanidad entera. Su pasion era todo el género humano con sus futuras generaciones.

VIII.

V. dirá ¿á qué viene todo este exámen? Poco importa que sea inclinacion natural, armonía de carácter, simpatia mútua, que sean circunstancias particulares ó una eleccion espontánea, lo que formaba el lazo de esta amistad, los resultados son los mismos y el curso de la pieza no se altera por esto, en lo mas mínimo.

¿Porqué ese empeño en sacar al lector de un error, que tal vez le sea mas grato que la verdad misma? Qué seria del atractivo de los fenómenos morales, si iluminasemos lo mas recóndito del corazon humano, y los viéramos nacer, por decirlo así? Bástenos saber, que todo lo que Posa ama, se concentra en el príncipe; que este es el representante de su ideal, ó que al menos solo por su mediacion puede verlo realizado, que este interés casual ó condicional que prestamos á su amigo, lo une Posa inseparablemente con la existencia de Cárlos, y que todo cuanto el amor á su ideal le inspira, lo manifiesta en este afecto personal. Entónces disfrutaremos de la belleza pura de este cuadro de amistad, como mero elemento moral, sin ocuparnos de las partes en que lo dividiria un filósofo.

Pero, amigo mio, la rectificacion de este error, es de la mayor importancia para el drama. Si colocamos el objeto de las aspiraciones de Posa mas allá del príncipe, si este solo interesa á Posa, como instrumento de sus altos planes, y si en esta amistad satisface otro impulso mas que ella misma, no podemos reducir el drama á límites mas estrechos, y el objeto de este debe coincidir con el del marques. Pero el destino de una gran nacion, la felicidad del género humano por muchas generaciones,

que es á donde van á parar, como ya hemos visto, las aspiraciones del marques, no pueden servir de episodio á una accion, cuyo objeto es el desenlace de unos amores, y si comprendimos mal la amistad de Posa, mucho temo que nos pase lo mismo respecto del objeto principal de la tragedia. Examinémosla desde este nuevo punto de vista; tal vez desaparezcan ahora muchas de las incongruencias que llamaban á V. la atencion.

Pero ¿dónde está lo que llaman unidad en el drama, si no lo es el amor, ni tampoco la amistad? De aquel tratan los tres primeros actos, y de esta los dos últimos; pero ni el uno, ni la otra ocupan el todo. La amistad se sacrifica, y el amor es sacrificado; pero ni el uno, ni la otra, se hacen recíprocamente este sacrificio. Luego debe haber una tercer cosa, que no siendo ni amistad, ni amor, sea por la que han trabajado ambos, y por la que ambos se sacrificaron, y ¿si hay unidad en el drama, dónde puede estar sino en esa tercer cosa?

Recuerde V., querido amigo, la conversacion, que hace tiempo tuvimos sobre el tema favorito de estos últimos años, sobre la propagacion de sentimientos humanitarios, sobre la mayor libertad de que puede disfrutar el individuo, sin menoscabo del esplendor de la monarquía, en fin, sobre el mayor grado de perfeccion asequible al género humano, segun sus fuerzas y su naturaleza. Recuerde V., como esta conversacion exaltó nuestra fantasia con esos ensueños, que con tanto gusto acaricia nuestro corazon, y que la terminamos con el infantil deseo de que pluguiera al acaso (que por cierto ha hecho ya milagros mayores que este) infundir en el hijo de uno de los soberanos futuros, en este ó en el otro hemisferio, nuestras ideas, nuestros ensueños y convicciones, fecundizándolos con la misma buena fé y voluntad. Lo que en aquella conversacion formal no pasaba de ser un juego de nuestra imaginacion, me pareció susceptible de elevarse en el teatro á la dignidad de una cosa séria y verdadera ¿qué hay de imposible para la fantasia, y qué no le es permitido á un poeta?

Ya hacia tiempo que tenia olvidada esta conversacion, cuando hice conocimiento con el príncipe Don Cárlos; no tardé en descubrir, que adornando á este jóven de mejores prendas, podria ser el que realizára nuestros proyectos, y como lo pensé así lo hice. Todo lo encontré ya preparado como por un espíritu tutelar. Ideas de libertad en lucha con el despotismo, las cadenas de la ignorancia rotas, preocupaciones de mil años fuertemente sacudidas una nacion reclamando los derechos del hombre, la virtud republicana en práctica, ideas mas claras en circulacion, los ánimos

enardecidos por un interés entusiasmador, fermentacion en las inteligencias y para completar esta feliz constelacion, un alma jóven, pura y bien organizada sobre un trono, sin contagiarse en medio de la opresion y de los sufrimientos, pero desdichada: asi convinimos en que debia ser el príncipe, que realizara nuestro ideal.

> «Sed humanitario en el trono de Felipe. Vos tambien conocísteis el dolor.»

No debíamos escogerle del seno de la sensualidad y de la fortuna, ni el arte debia haber puesto la mano en su cultura, ni el mundo haberlo marcado con su sello. Pero ¿cómo era posible que un príncipe real del siglo XVI, que el hijo de Felipe II, discípulo de los frailes y cuya razon apenas desarrollada, era vigilada por guardas tan severos y perspicaces, cómo era posible, que llegase á tan liberal filosofía? Tambien pensé en esto. La suerte le deparó un amigo en esos años decisivos, en que se abre la flor de nuestro espíritu y concebimos tipos ideales, cuando el sentimiento moral se purifica; un jóven de talento claro y de corazon noble, sobre cuya educacion (¿porqué no he de suponer esto?) habia velado una estrella protectora, y á quien algun sábio desconocido de su siglo formó, favorecido tal vez de circunstancias especiales, para esta bella mision. Y esa filosofía apacible y humanitaria, que el príncipe piensa practicar en el trono, es producto de la amistad. Se reviste de todos los atractivos de la juventud y de toda la belleza de la poesia, es depositada con entusiasmo en el corazon del príncipe, es la primera flor de su alma, su primer amor. Al marques le importa sobremanera conservarla en esa lozanía, y que influyera en el príncipe como una pasion, porque solo una pasion podia hacerle vencer las dificultades, que entorpecian su realizacion.

> «Decidle, le encarga á la reina, que debe respetar cuando sea hombre los ensueños de su juventud, que no abra el corazon, esa flor tierna y divina, al insecto mortífero de la razon, que se jacta del acierto, que no se deje estraviar, cuando la sabiduria mundana blasfeme del entusiasmo, hijo del cielo. Yo ya se lo he dicho ántes.»

De este modo formaron ambos amigos *el proyecto entusiasta de crear el órden de cosas mas feliz que alcanzar puede la sociedad humana, y de este proyecto y de cómo se nos presenta en pugna con la pasion*, es de lo que trata el drama. La cuestion era pre-

sentar un príncipe que realizara el ideal mas elevado de felicidad política, asequible en su época; pero no el educar primero á dicho príncipe con este objeto, pues eso debia ya haberse hecho mucho antes, y no podria servir de argumento para una obra como esta; tampoco le debiamos presentar comenzando esa empresa, pues ¿cómo no hubiera traspasado eso los estrechos límites de una tragedia? de modo que la cuestion estaba solamente en presentar á dicho príncipe, en hacer esa disposicion de ánimo, que debe servir de base á un efecto semejante, la disposicion dominante en él, y en elevar su posibilidad subjetiva á la mayor verosimilitud, sin cuidarse de si él acaso ó la fortuna pueden convertirla en realidad.

IX.

Deseo esplicar con mas claridad el contenido de mi última.

El jóven, que predestinamos para ese efecto estraordinario, debia haber vencido ántes las inclinaciones, que podian perjudicar á una empresa como esta; debia, á semejanza del romano, haber puesto ántes su mano en el fuego, para probarnos que era bastante fuerte para triunfar del dolor, y haber pasado por el crisol de una prueba terrible para confirmarlo. Solo entónces, al verle triunfar de un enemigo interior, podremos confiar en que vencerá los obstáculos esteriores, que mas tarde han de entorpecer la marcha atrevida de la la reforma, y solo cuando le vemos en los años de la sensualidad, con la sangre ardiente de la juventud, resistir á la tentacion, podemos estar seguros de que esta no será temible para el hombre ya hecho. ¿Y qué pasion podria causar este efecto en mayor escala, que el amor, que es la mas poderosa de todas?

Con escepcion de esta, todas las pasiones que podian perjudicar al elevado fin, á que le destinamos fueron espulsadas de su corazon, si alguna vez tuvieron en él cabida. En medio de una corte corrompida é inmoral, ha conservado sin mancha la pureza de la primera inocencia, sin deberlo á su amor ni á sus principios, sino solo á su instinto moral.

> «La voluptuosidad se estrelló en este pecho, antes que Isabel reinara en él.»

Con la princesa de Eboli, que por pasion ó por plan se olvida tantas veces de sí misma, manifiesta una inocencia, que raya en

sencillez. ¡Cuántos de los que leen esta escena, no hubieran comprendido ántes que Cárlos á la princesa! Yo quise infundirle un candor superior à toda seduccion! El beso que dió á la princesa fué, como él mismo dijo, el primero de su vida y este beso era muy inocente, por cierto; pero tambien habia de ser superior á una seduccion aun mas refinada, y por eso tiene V. todo el episodio de la princesa de Eboli, cuyos galantes artificios, se estrellan en el amor mas elevado de Cárlos. Luego solo con este amor tiene que luchar, y en venciéndolo, la virtud se apoderará de él por completo. Ahora comprenderá V. porqué he pintado al príncipe justamente así, y no de otro modo, porqué he dejado que la noble belleza de este carácter, fuese empañada por tanta vehemencia, como sucede al agua cristalina y pura por la ebullicion. El príncipe debia poseer un corazon sensible y filantrópico y sentir entusiasmo por todo lo grande y lo hermoso, debia tener delicadeza, valor, constancia, generosidad, hermosos rasgos de talento; pero no debia ser sábio. El futuro hombre grande debia dormitar aun en él, porque su sangre ardiente no le permitia serlo ahora. Todo lo que constituye un buen gobernante, todo lo que podia satisfacer las esperanzas del mundo que le aguardaba y las exigencias de su amigo, todo lo que era necesario para realizar el ideal proyectado de un nuevo reino, todo debia hallarse en este carácter; solamente que no debia estar todavia desarrollado, que no debia estar separado de la pasion, ni depurado hasta el estado de oro fino. Poco me hubiera costado el acercar mas al príncipe á la perfeccion; pero un carácter mas perfecto, me hubiera dispensado de escribir el drama. Tambien, comprenderá V. ahora, porqué fué necesario dejar tanto espacio al carácter de Felipe y al de sus secuaces,—(lo que hubiera sido imperdonable, si estos caracteres solo hubieran servido de máquinas, para enredar y desenlazar unos amores)—y porqué he dejado un campo tan ancho al despotismo espiritual, político y doméstico. Como mi propósito era hacer surgir de la pieza, (por decirlo así) al futuro creador de la felicidad del hombre, me pareció muy en su lugar, presentar á su lado al creador de la desdicha, y hacer resaltar por medio de esta pintura completa del despotismo, aquel encantador constraste. Vemos al déspota sentado en su triste trono, en medio do sus tesoros, carecer de todo; él mismo nos dice, que está solo en medio de tantos millones de súbditos, que las furias de la sospecha agitan su sueño y que sus cortesanos le dan oro candente, en vez de una bebida refrigerante; si le acompañamos á su habitacion silen-

ciosa, vemos que el dueño de medio mundo, ruega á la Providencia le conceda un ser humano, y luego que la suerte le otorga este deseo, le vemos como un loco destruir esta dádiva, que no merecia; vemos que sirve, sin apercibirse de ello, á las pasiones mas bajas de sus esclavos, y tambien somos testigos de cómo estos, labran los hilos, con que manejan como si fuera un niño, al que cree ser el único autor de sus acciones. Al que hace temblar las mas remotas regiones del globo, le vemos humillarse y dar estrecha cuenta de sus pensamientos á un fraile dominante, que castiga ignominiosamente el mas ligero desliz. Le vemos en contínua lucha con la naturaleza y la humanidad, á las cuales no puede vencer por completo, demasiado orgulloso para reconocer su poder, y demasiado débil para sustraerse á él, le vemos abandonado de todos los goces de aquella; pero perseguido de todas sus flaquezas y miserias, colocado fuera de su especie, medio creador, medio criatura, escitar nuestra compasion. Nosotros despreciamos semejante grandeza; pero mas nos aflije su error, porque apesar de este estravio, descubrimos en él rasgos de humanidad, que le reconcilian con nuestra especie y porque solo es desgraciado, por esos restos de humanidad, que aun conserva. Pero cuanto mas nos repugna este cuadro, tanto mas nos atrae la apacible imágen de la benevolencia, que resplandece en la figura de Cárlos, en la de su amigo y en la de la reina.

Ahora, querido amigo, vuelva V á contemplar el drama desde este nuevo punto de vista. Lo que le parecia á V. antes «sobrecargado» no lo encontrará ahora tanto, y todas las partes de que consta, se pueden disolver en la «unidad,» sobre la cual, ya hemos convenido. Todavia podria continuar esta série de observaciones, pero me contento con haber indicado ligeramente, dónde se halla en el mismo drama su mejor esplicacion. Puede ser que para encontrar la idea principal, sea necesario reflecionar con un poco de mas detencion, de la que es compatible con la ligereza, con que se suelen leer estos escritos; pero el fin que se ha propuesto el artista, debe manifestarse cumplido al final de su obra. Con lo que concluye la tragedia, ese debe haber sido su argumento; oigamos ahora, como Cárlos se despide de la reina.

«He estado sumergido en un largo y profundo letargo. Yo amaba, ahora despierto. Olvidemos el pasado. Aquí teneis vuestras cartas. Romped las mias. No temais ya ningun arrebato de mi parte. Ya esto acabó. Una llama mas

viva ha purificado mi existencia. Al fin conozco que existe un bien mas digno de ambicion, mayor, mas elevado que el poseeros. . . . . .

Voy á erigirle un monumento, como no lo tuvo jamas monarca alguno. ¡Sobre sus cenizas florecerá un paraiso!

REINA. Asi esperaba encontraros. Este ha sido el alto objeto de su muerte.»

X.

Yo no soy iluminado, ni mason; pero si ambas sociedades tienen en comun un fin moral, y este fin es de la mayor importancia para la sociedad humana, por fuerza ha de tener mucha afinidad con el que se propuso el marques de Posa. Lo que aquellos tratan de conseguir por medio de una asociacion secreta de muchos miembros activos, esparcidos por la tierra, trata de alcanzarlo este ultimo, de un modo mas corto y completo, por medio de un solo individuo, de un príncipe próximo á subir al primer trono del mundo, y capaz, por su alta posicion, de llevar á cabo una empresa semejante. Hace dominar en este individuo tal modo de pensar y de sentir, cuya necesaria consecuencia ha de ser aquel benéfico resultado. A muchos podrá parecer este asunto demasiado abstracto y serio, para tratarlo dramáticamente, y si solo aguardaban la pintura de una pasion, verán frustradas sus esperanzas; pero me pareció digno de un ensayo, hacer pasar á la region de las bellas ideas, «verdades» que deben ser las mas sagradas, para todo el que ame á su especie, y que hasta ahora solo eran propiedad de las ciencias, animarlas con luz y calor y presentarlas, como móvil poderoso infundido en el corazon humano, en lucha abierta con la pasion.—Si el genio de la tragedia se ha vengado de mí por esta trasgresion, las ideas importantes que contiene, no deben perderse al menos para el lector de buena fé, á quien tal vez agrade ver en una trajedia, la aplicacion y confirmacion de ideas, que le recuerden á Montesquieu.

XI.

Antes de despedirnos para siempre de nuestro amigo Posa, permítame V. le diga algunas palabras mas, sobre su conducta enigmática con el principe, y sobre su muerte.

Muchos le han reprochado, que profesando las ideas tan altas de libertad, que siempre tenia en los lábios, se arrogue una arbitrariedad despótica sobre su amigo; le guie ciegamente, como si fuera un niño, llevándole de este modo hasta el borde de su perdicion. ¿Cómo quiere V. disculpar, se me dirá, que el marques en lugar de descubrir á Cárlos ingénuamente su situacion respecto del rey, en vez de ponerse con él de acuerdo sobre las medidas, que debian adoptar y haciéndole sabedor de sus planes, evitar todos los arrebatos á que podian conducirle y le condujeron su ignorancia, su temor, su sospecha ó su mucha vehemencia? ¿cómo quiere V. disculpar, que en lugar de elegir este camino, que era el mas corto y el mas natural, prefiera esponerse á grandes peligros y arrostrar las consecuencias, que tan fácilmente se hubieran podido evitar, y luego cuando estas llegan, trate de remediarlas por un acto (el arresto del príncipe) que podia tener tan malos resultados, como era brutal y violento? Él conocia el corazon dócil de Cárlos, pues poco ántes le habia hecho el autor dar pruebas del mucho poder que sobre aquel tenia. Dos palabras hubieran bastado para evitar este paso violento. ¿A qué recurrir á la intriga, cuando un proceder franco le hubiera conducido con mas certeza y brevedad á su objeto?

Como la conducta violenta del marques acarrea las situaciones siguientes, y particularmente su sacrificio, se ha supuesto, con demasiada ligereza, que el poeta se dejó llevar de esta ventaja insignificante, y adulteró así la verdad íntima de este carácter, torciendo el curso natural de la accion. No hay duda, que esta manera de esplicar la estraña conducta del marques es la mas cómoda, y tal vez por eso no se haya buscado otra mas profunda en la conexion de este carácter, pues seria demasiado pretender, que un crítico modificase su juicio, por caridad hácia el autor; sin embargo, yo creo tener derecho á exigir que se me haga esta justicia, porque mas de una vez, en el trascurso del drama, he subordinado á la verdad, las situaciones mas brillantes.

Ciertamente el carácter del marques hubiera ganado en hermosura y nobleza, si obrando con menos reserva, se hubiera sobrepuesto á los medios innobles de la intriga: confieso que he sentido en el alma no haberlo hecho; pero lo que yo tengo por verdad, pudo mas en mí; y por verdad tengo «que el amor á un objeto verdadero, y el amor á un ideal deben ser tan distintos en sus efectos como lo son en su esencia; que al hombre mas desinteresado, mas virtuoso y mas noble, le induce su entusiasmo hácia su ideal de virtud y felicidad, á disponer de un individuo con

la misma arbitrariedad, que el déspota mas egoista; porque el objeto de ambas aspiraciones reside *en ellos*, y no *fuera de ellos*; y porque el que modela sus acciones segun el tipo, que en su imaginacion se creó, está casi tan en oposicion con la libertad de los demas, como aquel cuyo único fin es *su propio yo.*» —La verdadera grandeza de ánimo perjudica á veces á la libertad agena tanto como el egoismo y el espíritu de dominacion, porque obra por amor á la accion y no por amor al individuo; y justamente por obrar siempre atendiendo al todo, desaparece ante esta vasta perspectiva el mezquino interés del individuo. La virtud lleva á cabo grandes acciones por amor á la ley, el entusiasmo por amor á su ideal y el amor por su objeto. En la primera clase podemos contar legisladores, jueces, reyes; en la segunda héroes; pero solamente puede pertenecer nuestro amigo á la tercera. Nosotros respetamos la primera, sentimos admiracion hacia la segunda y amamos á la tercera. Cárlos tambien se arrepiente de no haber pensado en esta diferencia y haber hecho de un hombre grande su amigo.

> «¿Qué te importa á tí la reína? ¿La amas tú por ventura? ¿Puede tu virtud severa ocuparse de los pequeños intereses de mi amor? ¡Ah! aquí no hay nada que condenar mas que mi torpe ceguedad en no haber visto hasta hoy, que tú eras tan grande como afectuoso!»

Hacerlo todo sin auxilio, silenciosamente y con modesta grandeza, tal era el empeño fanático de Posa; y como la Providencia vela por el que duerme, así se proponia él resolver el destino de su amigo; él queria salvarle como un Dios, y justamente por eso le pierde. El tener siempre la vista fija en su ideal de virtud y bajarla muy pocas veces á mirar á su amigo, fué la perdicion de ambos. Cárlos sucumbe, por no haberse contentado su amigo con salvarle de una manera sencilla.

Y aquí me parece tropezamos con una verdad notable del mundo moral, que no debe ser estraña para los que observen cuanto les rodea ó el curso de sus propias sensaciones, y es: que el móvil moral, inspirado por un ideal de perfeccion, que se desea alcanzar, no está naturalmente en el corazon humano; y como el arte tiene que infundirlo, no es siempre benéfica su influencia, pues se halla espuesta por una transicion inherente al hombre, á abusos perjudiciales. El hombre no debe tomar por guia en sus acciones morales, al refinado parto de la razon especulativa, sino leyes prácticas. Basta que todo ideal moral de esta especie, no pase de ser una idea, y como tal, participe del li-

mitado modo de ver del individuo, sin que en su consecuencia pueda aplicarse con la generalidad que se suele hacer para convertirla en un instrumento peligroso en sus manos, tanto mas peligroso en su aplicacion, por la relacion en que se pone con ciertas pasiones, que se hallan en mayor ó menor escala, en todos los corazones humanos; aludo al espíritu de dominacion, á la presuncion y orgullo que se une á ella (la aplicacion) inseparablemente. Nómbreme V., querido amigo, entre mil ejemplos uno solo; nómbreme V. un fundador de una órden, ó bien la órden misma, que aspirando á los fines mas puros y animados de los impulsos mas nobles, se hayan mantenido exentos de toda arbitrariedad en la aplicacion de sus principios, exentos de toda violencia hácia la libertad agena, ó del espíritu de clandestinidad y de dominio; que al llevar á cabo su fin moral, por mas puro que fuese, (considerándolo subsistente por sí mismo, y proponiéndose alcanzarlo con la misma pureza, con que se les presentó á su imaginacion) no hayan involuntariamente perjudicado á la libertad agena ó pospuesto derechos que de otro modo hubieran sido sagrados para ellos; no se hayan valido del despotismo mas arbitrario, sin que por eso sus fines ni sus fundamentos hayan variado en lo mas mínimo. Yo me esplico este fenómeno, por la necesidad que siente nuestra limitada razon de acortar el camino, de simplificar su tarea y de convertir en generalidad, individualidades que la distraen y confunden; por nuestra inclinacion á dominar ó bien por la aspiracion de alejar de nosotros todo lo que se opone al libre ejercicio de nuestras facultades. Por eso escogí un carácter benévolo y superior á toda codicia egoista, le infundí el mayor respeto hácia los derechos agenos y hasta le dí por objeto, el crear una fruicion general de libertad; y no creo haber incurrido en una contradicion, si aun en el camino de su ideal, dejo que se estravíe hasta llegar al despotismo para con su amigo. Entraba en mi plan que él cayese en este lazo, tendido á todos los que caminan por la misma senda. ¿Qué me hubiera costado á mí hacerle salvar felizmente ese escollo, y dejar al lector que le cobró cariño, disfrutar de todas las bellezas de este carácter, sino hubiera tenido por mas ventajoso, ser fiel á la naturaleza humana y confirmar con su ejemplo una verdad, que nunca podrá encarecerse bastante, cual es, que en materias morales nunca se aleja uno, sin peligro, de lo que dicta el sentimiento natural y práctico, para elevarse á abstracciones generales: y que el hombre se entrega con mas confianza á lo que le sugiere su corazon ó al sentimiento innato é individual de lo justo é injusto,

que á la peligrosa direccion de ideas universales de la razon, que él se ha creado artificialmente; pues nada conduce á lo bueno, sino es natural.

XII.

Solo me resta añadir algunas palabras sobre su sacrificio.

Se ha censurado tambien, que el marques se entregue voluntariamente á una muerte violenta, que podia muy bien haber evitado. Aun no estaba todo perdido, me dirán, ¿porqué no habia él de poder huir lo mismo que su amigo? ¿Estaba él, por ventura, mas vigilado que el príncipe? ¿No le imponia la amistad, el deber de conservarse para su amigo, y no le hubiera sido mas útil con su vida, que con su muerte, aun suponiendo que todo hubiera sucedido como él creia? ¿No podia....

¡Ciertamente! ¡qué no hubiera podido hacer un espectador en completa tranquilidad de ánimo, y con cuanta mas sabiduria y prudencia no hubiera dispuesto de su vida! Lástima que el marques no participara de esa feliz sangre fria, y de esa tranquilidad, indispensable para hacer un cálculo tan juicioso; pero se me dirá tambien que era imposible se presentase desde luego á su imaginacion, el medio violento y hasta sutil á que recurrió para morir; que porqué no empleó el tiempo y la refleccion que le costó el buscarlo, en inventar un buen plan de salvacion ó en adoptar el que era mas natural, y que saltaba á la vista de cualquiera Si no quiso morir para ser la víctima ó (como dice uno de mis censores) si no quiso morir para ser mártir, no se puede comprender, como se le ocurrió un medio tan escogido para su perdicion, en lugar de otros muchos mas naturales para escapar de la situacion critica en que se encontraba. Engaña mucho esta objecion, y por lo tanto merece la pena de esplicarla He aquí la solucion: en primer lugar esta objecion se funda en la suposicion errónea é impugnada ya suficientemente en mis anteriores, de que el marques muere por su amigo, lo cual no podia buenamente ser, despues de haber probado «que no ha vivido para él,» y que esta amistad era de una índole muy diferente. Posa no muere por salvar al príncipe, pues para esto, es de creer, que se le habrian ofrecido otros medios menos violentos: él muere «para dar y hacer por su ideal, depositado en el alma del príncipe, todo cuanto el hombre puede hacer y dar por lo que tiene de mas caro, para manifestarle del modo mas espresivo posible, la mucha fé que tenia en la verdad y belleza de este proyecto, y lo mucho que le importaba

que se realizase.» Muere en fin, por lo que han muerto infinidad de hombres grandes que dieron su vida por una verdad, que querian fuese seguida y acogida con interes por muchos; y para probar con su ejemplo, cuan digna era de que se sacrificase todo por ella. Cuando el legislador de Esparta vió su obra terminada, y el oráculo de Delfos declaró que la república duraria y prosperaria mientras respetase las leyes de Licurgo, convocó este al pueblo espartano, y le exigió jurase que observaria la nueva constitucion, siquiera hasta que él volviese de un viaje, que tenia proyectado. Tan luego como consiguió jurasen esto solemnemente, abandonó á Esparta; no volvió á tomar alimento, y la república esperó su vuelta en vano. Antes de morir, mandó que arrojasen sus cenizas al mar, para impedir que llevasen á Esparta ni un átomo suyo, y que con el mas leve viso de derecho, pudiesen considerarse sus conciudadanos relevados de su juramento. ¿Podia Licurgo creer seriamente, que habia obligado al pueblo lacedemonio á ser fiel á su juramento, por medio de esta sutileza y que con semejante astucia habia asegurado la constitucion del Estado? ¿Puede uno imaginarse, que un hombre tan sábio fuera á dar por una idea tan novelesca, una vida tan preciosa para su patria?

Pero muy bien puede uno imaginarse, y me parece muy digno de él, que diera su vida para dejar grabada en el corazon de sus conciudadanos, por lo grande y estraordinaaio de su sacrificio, una impresion indeleble de sí mismo, y revestir su obra de una veneracion mas elevada, haciendo al creador objeto del cariño y de la admiracion de su pueblo.

En segundo lugar, no se trata, como V. comprenderá, de si este medio era en efecto necesario, natural y útil, sino si se le ocurrió fácilmente al que debia adoptarlo. Luego no debemos tomar tanto en cuenta las circunstancias, como la disposicion moral de la persona, sobre quien habian de influir. Si el marques estaba familiarizado con las ideas que le indujeron á su heróica resolucion, y se presentaban con frecuencia á su imaginacion, no podemos decir que su resolucion fué escogida y violenta; si esas ideas eran las que dominaban su alma, eclipsando á las que tal vez le hubieran sugerido medios menos violentos, su resolucion fué entonces necesaria, y si las sensaciones que en otras personas lucharian con aquella, no tenian poder sobre él, entónces tampoco le pudo costar mucho trabajo llevarla á cabo; y esto es lo que vamos á averiguar.

Primero, ¿en qué circunstancias adopta el marques esta reso-

lucion? En la situacion mas desesperada que puede hallarse el hombre, pues el terror, la duda, la indignacion consigo mismo, el dolor y la desesperacion asaltaban á una vez á su alma. El terror, porque vé á Cárlos á punto de comunicar á su mayor enemigo, un secreto del que dependia su vida. La duda, porque ignoraba si habia ya salido de sus lábios; si la princesa lo sabia ya, debia conducirse hácia ella como hácia una persona enterada de todo; si no lo sabia aun, una sola sílaba podia convertirlo en descubridor y asesino de su amigo. La indignacion consigo mismo, porque solo su malhadada reserva habia inducido al príncipe á dar este paso. El dolor y la desesperacion porque vé que Carlos está perdido, y con este las esperanzas que en él habia fundado.

> «Abandonado de tu único amigo, te echas en brazos de la princesa de Eboli: ¡Infeliz! en los brazos de un demonio, pues ella fué, la que te vendió. Te veo volar á ella. Un presentimiento fatal pasa por mi corazon. Te sigo, pero demasiado tarde te encuentro postrado á sus pies y la temible confesion tal vez habia salido ya de tus lábios. Estabas perdido sin remedio.—¡Una negra noche envolvió mis sentidos! Yo no hallaba ningun remedio, ningun refugio.»

¿Y en semejante momento, cuando su alma se halla asaltada por sensaciones tan diferentes, quiere V. que improvise un medio para salvar á su amigo? ¿Cuál ha de ser? Posa habia perdido el uso del discernimiento, y el hilo de las circunstancias que solo puede seguir la razon tranquila. Deja de ser dueño de sus pensamientos, y se halla á merced de aquellas ideas con que está mas familiarizado. ¿Y qué clase de ideas eran estas? ¿Quién no descubre en todo el curso de su vida, como se desprende tambien de todo el drama que su fantasía estaba empapada y llena de imágenes de romántica grandeza, que los héroes de Plutarco vivian en su alma, y que de dos medios que se le presentasen siempre escogeria el heróico? ¿No nos probó la escena con el rey, cuanto era capaz de arriesgar por lo que consideraba bello y bueno? ¿porqué no habia de ser entónces natural, que la indignacion consigo mismo le sugeriese en aquel momento entre tantos medios de salvacion los que le fuesen mas sensibles, que le pareciese en cierto modo justo salvar á su amigo á á costa suya, puesto que su irreflexion fué la causa de que se hallase espuesto á tal peligro? Añada V. á esto que no podia perder tiempo, para salir cuanto antes de este estado de sufri-

miento y volver á ser dueño de si mismo, y me concederá V. que un espíritu como este, no busca auxilio fuera, sino dentro de si mismo; y si lo primero que hubiese hecho un hombre prudente, hubiera sido examinar su situacion por todos lados hasta descubrir una ventaja, está al contrario en el carácter de un entusiasta heróico, el acortar el camino y recuperar por medio de una accion estraordinaria, y elevada el aprecio de sí mismo. De este modo podemos esplicarnos la determinacion del marques, como un paliativo heróico por medio del cual trata de libertarse de aquella momentánea sensacion de aturdimiento, y aun de desaliento; estado, el mas insoportable para un espíritu como el suyo. Añada V. á todo esto, que desde su niñez, desde que Cárlos voluntariamente sufrió por él un duro castigo, el deseo de pagarle esta generosa accion, le mortificaba como una deuda antigua y aumentaba en estos momentos el peso de las razones, que ya he espuesto. Y que aun tenia presente este recuerdo, lo prueba el pasage en que involuntariamente dice á Cárlos, al instarle este que huya, antes que sienta las consecuencias de su atrevida accion

«Escucha Cárlos, fuí yo tan concienzudo cuando en nuestra infancia, derramaste tu sangre por mí?»

La reina llevada de su dolor hasta le culpa de haber abrigado largo tiempo ese proyecto.

«No, no, os precipitais en esa accion, que llamais sublime. No lo negueis. Yo os conozco. Hace tiempo que anhelabais esto.»

Ademas que yo no pretendo, que el marques estuviera enteramente libre de los arrebatos de su fantasía. El fanatismo y el entusiasmo se tocan, y la línea que los separa es tan estrecha, que la traspasamos con demasiada facilidad, cuando nos acalora la pasion, y el marques solo podia disponer de breves momentos para elegir. En la misma disposicion de ánimo, en que se hallaba cuando consumó el hecho, dió tambien el paso irrevocable que habia de producirlo. De muy distinto modo se sentia, al contemplar de nuevo su resolucion antes de ejecutarla ¿quién sabe si entonces no hubiera adoptado otra diferente? Otro era, por ejemplo, el estado de su alma cuando se dirije á la reina y esclama «¡Oh, apesar de todo, la vida es hermosa»—Pero este descubrimiento lo hace demasiado tarde. Se envuelve en la grandeza de su accion, para no arrepentirse de ella.

FIN.

3 0112 115874205

ERRATAS MAS NOTABLES.

Página.	Línea.	DICE.	LÉASE.
21	29	consuma	consagra
23	11	aunque ya de morir	Y que he de morir
35	6	¿Porqué estravio de la naturaleza lo es etc.	Por qué estravio de la naturaleza vino etc.
»	19	una vida pasada sin hijo	una vida pasada sin hijos
59	23	en razon	en sazon
73	20	No es esto todo	Esto solo no basta
85	8	maudo	mundo
87	32	el uido	el ruido
»	38	para qué sirve un etc.	para qué hace falta etc.
107	11	necesito recomendaros etc.	no necesito etc.
126	6	ahora acabarás etc.	ahora realizarás lo que yo debia realizar etc.
176	23	ideas	artes